

El tríptico del soñador

**Novela
sobre el destino
de algún ángel
y sus cantos**

César “Cano” Moliné

**Producciones
Escritos desde el pecho**

www.cesarmoline.com

Escritos desde el pecho

Es difícil para mí narrar emociones sin incurrir en los sentimentalismos del ego. De la misma forma es difícil callarlas o virarles la cara sin sentirme asesino. Después de todo son parte de mí y de mi turno existencial. Algunas veces he vertido estas mismas vibraciones sobre noches bebidas y papeles electrónicos. Para esto he utilizado los reducidos sustantivos, verbos, adverbios y adjetivos que provee el dialecto y mi torpe manera de alinearlos en oraciones subdesarrolladas.

A veces especulo que el sánscrito me hubiese provisto de mejores sinónimos y que el lenguaje de dos amantes sordomudos con la luz apagada supliría sensaciones más completas. Quizás de aquí a varios miles de años ya no harán falta las palabras para manifestar estas faenas del sentir. Aunque me arriesgo a aseverar de que no importa el recurso a usarse, siempre quedará insuficiente para expresar el dictamen de una emoción. Así que me perdonan mis escritos desde el pecho, así como ellos me han perdonado por haberlos traído a este mundo de palabras impotentes.

Algunos de mis escritos los he cargado desde hace años mientras otros los he perdido por las ineptitudes de mi propia manera de vivir. Para estos últimos, ofrendaré una mención póstuma y una semblanza panegírica a su breve incursión por el reino de las conjeturas manuscritas. Sin más, aquí les presento mis escritos desde el pecho. Les ruego que los traten misericordiosamente ya que estos están compuestos básicamente de sentimientos y por tanto son muy susceptibles a la insensibilidad.

© Escritos desde el pecho 2012

www.cesarmoline.com
cesar.moline@hotmail.com

Dedicatoria

Esta novela se la dedico a nuestros sueños...

Prólogo a la novela El Tríptico del soñador

Con la publicación de El Tríptico del soñador, su autor encuentra la comonalidad entre su experiencia vivida dentro de su relación con sus lectores, que somos cada uno de nosotros. El encontrar la comonalidad que nos ata a todos debe ser el sueño y propósito de cada escritor, y Moliné lo logra sin complicar la prosa dentro de un relato profundo, pero a la vez comunicado en una manera que lo hace propio para todos.

La primera novela del escritor y poeta puertorriqueño, César "Cano" Moliné, El tríptico del soñador, es un relato surrealista de la sociedad ante los ojos góticos de quién se lo cuestiona todo. Durante el trayecto de la narrativa no sólo entretiene al lector, sino que lo entrelaza en enseñanzas sobre la educación, el civismo, la familia, la sociedad y el amor.

La forma en que César Moliné presenta su historia nos deja ver también que hay abundante poesía también en su prosa. Sus ideas a pesar de no estar enmarcadas en lo tradicional se fundamentan en lo que el mismo llama "El Sentido Común", que sin otra referencia sería llamado en otro contexto, "El pensamiento crítico".

Desde que conocí a César Moliné, encontré dentro de su profundidad como ser humano, un punto inmediato de referencia, y con el paso de las horas, semanas, días y meses, que ahora atan nuestra experiencia conjunta como comunicadores humanitarios, encuentro en él, un marco del compartir obligado de las realidades vividas haciéndolas propias dentro de su paso a través de nuestros semejantes.

Y es que Moliné abarca una experiencia conjunta dentro de su modo de expresión al reconocer que sencillamente TODOS SOMOS UNO dentro de nuestra experiencia en el plano terrenal, que, aunque por el sendero individual y personal se traza, dentro del resultado final nos une a todos como parte del entrelazo de una humanidad compartida.

La labor del Cano es encomiable, habiendo levantado de sus entrañas cinco libros durante un año, esto en busca de una ofrenda duradera a la humanidad que claramente entiendo como su propósito de vida dentro de su elocuente y consistente prosa.

Como Cano, son pocos, ya que su personalidad única enseña un compromiso marcado con sus semejantes y con la patria, uno que se hace aparente desde que sus palabras comienzan a danzar en la mente del lector. Y es en ese danzar intelectual que nos convertimos en cómplices del profundo mensaje que entrelaza Moliné en el Tríptico, uno que comparte su experiencia con la mía, y a su vez con la de ustedes.

Nuevamente, y sin temor a ser redundantes, es necesario encontrar significado dentro de la comonalidad existente entre todos los seres humanos para entender que es mucho más lo que nos une que aquello que nos separa, y es dentro de este entendimiento la única manera en que la humanidad a de encontrar el juego en el viento que ha de permitir que nos elevemos en una misma dirección.

En su primera novela, así como en mucho de sus trabajos, Moliné nos indica un camino a seguir, un camino conjunto y en unidad que debe enaltecer nuestra capacidad de pensamiento, y, por ende, nuestro

entendimiento. Es de eso que se trata el entender lo que compartimos todos, y el significado dentro de que TODOS SOMOS UNO.



Juan Moreno Velazquez

**Galardonado escritor,
periodista, profesor y
comunicador puertorriqueño
radicado en New York**

**Ejerce en La Voz Hispana
Departamento en Boricua College**

www.juanmorenovelazquez.com

www.facebook.com/johnniem1547

El Tríptico del Soñador

*"En un lugar tumultuoso
y recóndito de mi interno ser
lee un aviso que me guía a
no sentirme responsable
por sentimientos trastocados,
por esquemas profanados
o por estilos ignorados.
Es allí mi propio corazón."*

Un tríptico es una colección de tres pinturas que presentan una escena en su conjunto. A su vez, cada una de las pinturas puede apreciarse como una imagen independiente, aunque carente del acento que le otorgan sus dos hermanas. Generalmente, un tríptico consta de una figura central mayor y dos complementos menores que se presentan a cada lado del compuesto.

Tanto "El Mamotreto" como "El Embeleco" son el primer cuadro de esta combinación que me persigue. "El Reguerete" y "El Reperpero" son lo que yo concibo como la tercera imagen de mi relato. "El Tríptico del Soñador" es un acopio de tres oscuras piezas de una historia que desearía nunca hubiese acaecido. En él quedan escondidos y postergados los intereses cobardes y los difamados sinsabores que la verdad corresponde desnudar.

El trozo faltante de este triple relato, es el cuadro mayor o "Imagen Central" de la colección. Esa pieza quedará quizás al capricho y la clarividencia de quienes me acompañen en mi resurrección por estas

páginas, curtidas en la indisoluble inspiración de quien lo cuestionó todo sin ponderar proporción o precio.

He invertido innumerables noches de obsesiva fijación, por redimir el desatino que me persigue y que me incita a lanzar una pesquisa por los esquivos rincones de lo prohibido. Necesito sanar las insondables cicatrices que viven en mí, para reencontrarme dentro del recio entorno de la verdad y el auto perdón. Sólo eso me urge y te ruego que me ayudes.

El mamotreto

*"Nada es más trascendental que
aprender a buscar la verdad
y nada es tan sublime
como enseñar a encontrarla"*

Todas las noches de insomnio son hermanas. Pero aquella se convirtió en un lapso interminable dentro de una madrugada demasiado sobria. La solemnidad que rige la etiqueta nocturnal se desvanecía en la rebuscada tarea de un diáfano corazón. Una señal de luz distinta se recostó sobre el pavimento mojado reflejando la inquebrantable soledad de la vía. El brote se filtraba desde una ventana ínfima y custodiada por una vieja tela metálica. La apertura era tan humilde como la roída casa que respiraba por ella.

El aire incipiente de aquel manso recinto le permitía esconderse dentro de su propio vecindario obrero. Dentro de una sólida estructura de paredes angostas y compartidas, se albergaban tres hogares pintados de colores distintos. Yo pienso que esas casas adheridas, mal llamadas dúplex, le ahorran a alguien el deber y a otros el derecho. Pero, en fin, nadie protesta por los cimientos compartidos. Por lo menos nadie que afirme su vida sobre ellos lo haría.

La luz profana procedía de la unidad del centro. Esta, además de ser la casa más pequeña, poseía las tonalidades más tristes y pasteladas de toda la cuadra. Un balcón enrejado, servía de recibidor de la tímida brisa y de hogar a un pequeño can, intentando llegar a labrador de pelo corto, que dormía pesadamente. El escueto lugar era un espacio vital

sin marquesinas, sin patio y demasiado apretado para entenderse cómodo. Existía arqueológicamente adornado, con decenas de variados tiestos, que presentaban más bien un desconcierto de estilos y arquetipos. Concreto, barro cocido, plástico y hasta corroídos envases de galletas, servían de taller a las horticulturales manos de algún morador.

Sobre el marco de la puerta, la proscrita imagen de la Virgen del Pozo protegía la entrada de los mitológicos enemigos invisibles. La calle, las plantas, las rejas custodias y las anexionadas casas dispersaban un aire de desgastada madurez urbana al suburbio inconfundible. Nada le faltaba al reparto de Puerto Nuevo para alcanzar el decrepito honor de ser por siempre un barrio capitalino.

Una tenue melodía fluía proveniente de la fuente de luz desigual, borrando el silencio sacro de la madura noche. Quién se desvelaba hasta las tres, perfilaba la delicadeza de escuchar repetidamente una macabra pero seductora pieza. Extraño era, que un martes cualquiera, algún curioso ser, cometiera tal vigilia navegando en los acordes de la sonata de Beethoven, "Luz de Luna".

El misterio irreverente acompañó el luminiscente haz por otra hora más en el solitario silencio. Solo algunos escasos autos chasquearon la ruta bañada por una triste lluvia, compitiendo sin saber con los eternos acordes del impulsivo y angustiado piano. Entonces extinguida por el sueño, el juicio o alguna otra de esas crisis que ambulan, la tarea de luz y sonata cedió al silencio sensato y casi perfecto.

Tras casi cuatro horas inertes y fugases, un radio despertador impugné el hechizo de Morfeo. Una metralla de estridentes incoherencias escapó

disparada de un infernal enser electrónico. Las noticias matutinas vivían la infame misión de desgarrar los sueños mañaneros, estrellándolos contra una realidad rigurosamente ruda y hasta cierta medida paranoica. Una desenfrenada voz de ecos familiares desenlazó fatídicas frases del absurdo quehacer mundano.

¡BUENOS DIAS! HOY ES LUNES, 27 DE ABRIL DE 1976. SON LAS SIETE EN PUNTO DE LA MAÑANA. EL PRONOTICO DEL TIEMPO PARA HOY ES PARCIALMENTE NUBLADO CON AGUACEROS DISPERSOS.

¡Y AHORA LA GRAN NOTICIA DE HORA! ¡MAESTROS DEL DEPARTAMENTO DE EDUCACION ANUNCIAN PARO DE UN DIA EN EL SISTEMA PÚBLICO PARA EL PROXIMO LUNES!

Sólidos encabezados elaborados con un toque de malicia comercial violentaban la esencia de la joven alba. Entradas musicales desmesuradas separaban las toscas noticias mientras acentuaban su sensacionalismo radio difundido.

¡EL SECRETARIO DE EDUCACION CALIFICA EL PARO DE INJUSTIFICADO Y ADVIERTE QUE SERAN PENALIZADOS SEVERAMENTE LOS MAESTROS QUE FALTEN A SUS LABORES!

¡LA FEDERACION DE MAESTROS TILDA AL SECRETARIO DE EDUCACION DE MENTIROSO COMPRADO Y LO RETAN A....TICK!

Una mano tallada en venas se izó desde las sábanas floreadas de un lecho tibio. De una estocada certera desarmó al portavoz de rumores radiales, desvaneciendo abruptamente el ruidoso dime y te diré mañanero. Emergió lentamente de su reposo, una figura blancuzca y poblada de años. Una persignación y un “Gracias Señor por...”, inauguraron el día. Decenas de fotografías familiares, un cuadro del Sagrado Corazón y recuerdos de un tiempo pasado recibieron a una leve señora de algunas siete décadas.

Sus cabellos grises, ondulaban sin premura, sobre un tierno camisón blanco. En su rostro, parecían vivir desde hacía tiempo, varios pares de pesadas ojeras sembradas por el sueño o el dolor de la vida. Con indicios de mareada pesadez se agarró de uno de los pilotes de caoba de su inmensa cama añeja. Sentándose, sus pies cayeron exactamente sobre dos pantuflas peludas que yacían en el frío suelo.

Se levantó, y caminó hacia la puerta del guardarropa, con pasos soñolientamente rastreros y lentos, como las horas más solitarias. Husmeó ciegamente varias piezas de vestir dominadas por el negro y el blanco de un eterno luto. Tomó una cómoda bata de algodón tendida a la derecha de todo y la miró como si la conociera desde siempre. Vistió la sencilla pieza hogareña mientras se movilizaba pausadamente al baño. En la ruta del baño a la cocina, se detuvo frente a la puerta de la segunda y última habitación que permanecía cerrada. Cuatro palmadas en la madera y una voz estrujada por la morra matinal servían de señal imperativa.

“¡Cariño!, a levantarse que ya es hora...”

La dama, sin más contemplaciones, continuó su ruta calmosa hacia la cocina. Un cerillo grande, le bastó para revivir dos viejas hornillas y el velón conmemorativo de San Judas Tadeo. Un rutinario cambio de agua, a un jarrón de ya no tan olorosas azucenas, terminó con los preámbulos. Rápidamente, se definió un menú de huevos revueltos, tostadas de pan criollo, jugo y café con leche. Entre los aromas, se entrelazó un tirón de puerta en el pasillo y una voz en la cocina.

“Vamos Tomás, que se te hace tarde... Ya el desayuno está listo... Oye, acuérdate de levantar la tapa...”

En el baño, se escuchó un chorrillo de orín repicando, acompañado de otros ruidos clásicos de esas gestiones. Luego de algunos minutos, se divisaron dos desayunos servidos sobre una pequeña mesa comedero, vestida con un descolorido mantel plástico. El comedor como todo en la casa, estaba pintado de modestia y decorado con honrada austeridad. Un último aviso, apresuró aún más la mañana apremiante.

“Oye, se te va a enfriar si no vienes ahora...”

De la penumbra del pasillo, surgió una figura descalza, despeinada y más pequeña que la dama. Se estrujaba los ojos con manos dormidas, mientras caminaba hacia la vieja que lo esperaba sentada, pero sin probar bocado. Un beso afín y un pequeño abrazo rompieron oficialmente el día.

“Bendición Mamita...”

Ella aprovechó el mimoso intercambio, para peinar y desmenujar un poco el pequeño reguero humano, mientras lo obsequiaba con su bendición.

“Que el Señor te guarde y te acompañe mi amor...”

El niño tenía una pinta muy propia para su edad primaria. Sus ojos y orejas ligeramente grandes, su nariz redondeada y su cabeza desproporcionada en referencia a su cuerpo. Sus bien definidas facciones litigaban con la inocencia de sus manos y su desaliñada cabellera negra. Su estatura y peso brindaban indicios claros de que aquel varón apenas inauguraba la vida con ocho o nueve años. El crío compartía con la dama la mayoría de su genética facial, aunque la brecha generacional era distante.

“¡Hum!... Huele bueno. Que te aproveche, Mamita”

Afirmó el chico mientras se sentaba en la silla contigua a la de la anciana. Comió muy entusiasmado, pero con los típicos modales de su breve edad. Lucía una camisa blanca tipo polo y un pantalón escolar negro de una tela cercana la mezclilla. Un monograma en el corazón de la camisa ilustraba: C.S.S. - Puerto Nuevo. Los estirones y bostezos del pibe obligaron a la dama a imponer un tema en aquel desayuno.

“¿Te acostaste tarde anoche? Cuando quedé, dormida se escuchaba tu música todavía. ¿A qué hora te acostaste?”

El pequeño evadió la mirada inquisidora de su comensal mientras le contestó en un tono casi imperceptible.

“No sé qué hora era, pero estaba terminando el proyecto de la clase de Estudios Sociales. Tengo que entregarlo hoy.”

Sin dudar un ápice de lo escuchado, le aconsejó la mujer con una natural maternidad.

“Lo que no quiero, es que te amanezcas tanto para que después te duermas en las clases. Por favor, Tomás, hazme caso y acuéstate, más temprano esta noche. Te desvelas demasiado y un niño como tú, tiene que dormir más.”

El chiquillo asintió sabiendo que esa había sido solo una de las muchas noches insomnes que le perseguían. Sin embargo, evadió todo conflicto con su consejera.

“Oqueei Abuela... está bien, hoy me acostaré temprano.”

Una vez terminado el desayuno, el menor se marchó a su habitación para terminar de vestirse. En su aposento lucían afiches, alegóricos a populares largo metrajes sobre viajes intergalácticos y superdotados héroes.

Recortes poco ágiles de los más recientes personajes de ciencia-ficción decoraban una pared cercana a la cama. Dibujos de calidad aceptable eran desplegados en la puerta del guardarropa simulando una pequeña galería. Entre los trabajos más coloridos, figuraban unos relativos a barcos antiguos y dos sobre castillos medievales.

Un pequeño escritorio hecho de un material que pretendía plagiar madera, un radio grabador manufacturado en la República China y una

vieja enciclopedia castellana de quince tomos sobresalían como las piezas más meritorias del precoz aposento. Una vez acicalado, el pequeño levantó el pesado colchón de su cama y tomó un colorido cuaderno ilustrado que leía, "El Capitán Sol".

Aquello era nada más y nada menos, que un álbum para coleccionar estampitas relativas a otro comercializado héroe dentro del fantástico y lucrativo mercado de los niños. Su increíble historia era vendida diariamente por televisión mediante una serie de dibujos animados y una línea de juguetes, que por cierto eran demasiado caros para él. La no tan original leyenda épica, relataba que el Capitán Sol, además de ser un héroe sobrenatural, poseía cualidades de carismática estrella de la música "rock" a nivel universal. Los ojos del niño destellaban alegría al manipular el apreciado álbum y varias estampillas que tomó sigilosamente del mismo lugar.

Cerca del escritorio reposaba un inmenso maletín escolar color café cortado y tan grueso como la fatalidad griega. El niño inhaló fuerzas para levantar firmemente el angustioso bulto. Su cuerpo se curvó hacia el lado opuesto de su mano ocupada, haciendo un acto de balance. Un impostergable trayecto de un kilómetro comenzaba en aquel estrecho momento con los acostumbrados besos tibios de la septuagenaria y los agites frenéticos de la cola del perro. La bendición de despedida fue complementada con instrucciones costumbristas de última hora.

“Tienes el pago del colegio en tu bolsillo y por favor no te olvides del programa de las carreras.”

El escolar caminó sobre una acera angosta e invadida varias veces por autos estacionados sin compasión alguna en el tramo correspondiente a

los peatones. Los casuales obstáculos encendieron más las imágenes mentales que brotaban de la fértil fantasía del pequeño. Caminando con sumo cuidado, para no pisar las líneas divisoras de la senda, viajaba Tomás en un imaginario helicóptero de reconocimiento.

Los charcos de lluvia los figuraba en apacibles lagos y la grama de los patios en espesos bosques poblados de seres que saludaban su paso. Para él, los inconvenientes autos eran siempre gigantescas montañas que se le atravesaban en su aventura mañanera. Como casi todos hacemos, aquel niño acortaba la distancia soñando en grande.

Previo a divisar la disecada silueta colegial, sintió la gritería silvestre de cuatrocientos niños. En la tercera esquina, avistó un plantel de dos pisos coloreado de un aburrido amarillo escolar. Una imagen comatosa de un santo hombre semidesnudo se levantaba en bronce ilustre próxima al acceso central. Aquel martirizado a flechazos recibía el caótico comenzar mirando al cielo como quien implora; “¡Dios mío! ¡Otro día!”.

Una primera piedra simbólica reposaba al pie de la imagen, portando una placa de bronce. Encabezaba en grabadas letras góticas, "COLEGIO SAN SEBASTIAN".

En letras de molde figuraban la fecha de fundación del ilustre centro y una lista de responsables o interesados nombres de alcurnia. Los padres y madres se despedían de sus vástagos en formas tan variadas como el caótico séquito de automóviles que conducían. Tres niños desmontaron de un Gran Marqués, con caras de realeza española y repartiendo secos cariños protocolarios.

Una pequeña que llegó en un Volvo negro le pidió a su padre un poco de dinero. El padre le confió un cheque firmado y con la cantidad sin especificar. Una madre que manejaba un subcompacto japonés arrastró sus dos atribulados hijos en el pavimento en una desbocada carrera contra un reloj de responsabilidades atrasadas. Mientras los padres trastornaban la mañana, los niños componían su orden natural. Ya dentro del colegio, los alumnos se aglutinaban en bandas espontáneas que discriminaban por variados criterios.

La segregación por género, grado y otras diferencias adquiría forma sin que nadie la coordinara o le importara. Entre ellos, sin embargo, no existían divisiones por condición social de sus familias, tendencias políticas, rangos profesionales de sus padres, coloración de la piel o por la pronunciación de sus apellidos. Solo los intereses propios de los niños interferían en la espontánea tertulia matutina.

El desvelado Tomás cruzó el portón del colegio tras veinte minutos de faena tambaleante, varias misiones de su precoz imaginación y seis cambios de mano para aliviar la extenuante carga. Otro niño de su misma edad y estampa, pero procedente de un hogar próximo al colegio, arribó en auto al mismo tiempo. Un extravagante, pero natural intercambio de saludos se produjo al avistarse ambos al umbral del recinto.

“¡Tomasito... Mamaíto!”

Le profirió uno con sagacidad águila mientras el otro le ripostó un zarpazo similar.

“¡Luisín... Cagalín!”

Ese fue el verdadero comienzo de aquel incontenible día escolar. Allí se omitieron todos los rigurosos ademanes que damos por muy sociales. No hizo falta apretones de mano, referencias al bienestar de las familias, ni siquiera intercambiaron un hola. De allí en adelante, sus realidades comenzaron a nadar en la volátil idiosincrasia de los niños. La conversación entre ellos fluyó cómodamente y con cierta sinceridad profana.

“¿Trajiste el álbum Mamaíto?”

“Seguro Cagalín. Con quien tú crees que hablas... Y tú... ¿Trajiste todas las estampas?”

Luis sacó de su bulto un libro y dentro del mismo encontró un sobre conteniendo alrededor de treinta coloridos papelillos muy bien cuidados y sistemáticamente organizados. Los niños se sentaron inmediatamente en un banquillo a la diestra de la imagen del mártir portero. En el mismo lugar donde pasaron la mañana anterior tertuliano sus párvulos intereses. Quince minutos de intercambio didáctico giraron en torno a las estoicas colecciones de estampillas y del álbum vestido de comercializada odisea.

La satisfacción de ellos no radicaba en complicadas presunciones o en severos estigmas rebuscados. Dependía más bien en presupuestar anticipadamente más estampillas para ese día y de disponer sanamente de la desocupación esporádica que provee el horario escolar.

Un sólido timbre activó un aviso frenético imponiendo una dominante orden de avanzada. Post infantes, niños y preadolescentes comenzaron un desfile turbulento hacia el corazón arquitectónico del colegio. En

una pequeña plazoleta cobijada por la sombra de cuatro robustos robles se acomodaron en orden de grados y consecuentemente por orden de tamaño. Niñas a un flanco y niños al otro, enfilaron casi todos sin requerir instrucciones verbales de ningún tipo.

Luis y Tomás se integraron a su camada escolar sin dejar de conversar sobre el Capitán Sol y sus inverosímiles aventuras. Repentinamente, una escena típica de la hora transformó la faz de Tomás que observaba con extraña indignación. Desde su lugar, vigiló la actitud inerte de algunos desalineados preadolescentes y comenzó un tema que poco competía a su cuate, Luis.

“Se supone que son los más grandes y son los más lentos en organizarse. Es más, algunos nunca hacen la fila como nosotros. Hasta les gusta que los vean lucirse desobedeciendo.”

Otro compañero que escuchaba en la fila brindó una respuesta simplista que le negaba un poco de satisfacción a Tomás.

“Lo que pasa es que ellos son grandes y se "bufean" a los maestros.”

Tomás, continuó mirando el desaire organizacional que representaban los jóvenes y le contestó a su compañero algo carente de inherencia en aquella fila.

“Yo sé lo que pasa. Ellos le perdieron el amor por la escuela. Por eso todos los días buscan otras cosas, aprenden menos y desobedecen más. Se supone que sean mejores ahora y no lo son. Han dejado de querer a la escuela. “

Luis lo miró con unos ojos chillones y le dijo bufonamente. “

“Yo le perdí el amor a la escuela desde kínder.”

Otro niño en la fila fue más severo y bizarro.

“Yo desde antes de "kínder"”.

A lo que Tomás le perdió el interés en aquel instante, fue a la conversación unidireccional en que él mismo se había entrampado. Siempre he pensado que entre niños como entre algunos adultos la perspicacia suele premiarse con el acoso de la soledad. En esos momentos, una dama de algunos cuarenta años y setenta libras de sobrepeso se acercó a la fila estudiantil y comenzó un conteo automáticamente rutinario.

Un estampado traje propio de un remate en una tienda de descuentos delataba su no tan saludable situación económica. La maestra saludó a algunas de las niñas con suaves palmaditas en la cabeza mientras enderezaba la inquietante fila. Utilizando una voz tronada muy bien practicada pero maternalmente modulada, demarcó las directrices de rigor.

“Buenos días, Cuarto Uno. Vamos a entrar al salón en silencio y cuando lleguen, por favor, se sientan tranquilos.”

A los niños que continuaron hablando, la maestra les hizo llegar el mensaje personalmente y con un acento ya no tan maternal.

“Cállate Manuel, despierta Tomás y camina.”

Otro timbre retumbó y los menores comenzaron a caminar a buen ritmo hasta una puerta rotulada; Señora Quiñones 4-1. Una camada automática penetró a un salón trilladamente obvio.

El escenario emulaba atavíos propios de un hospital psiquiátrico de principios de siglo. Un crucifijo, un cuadro del venerado mártir y un tablón de edictos con quince dibujos de rosarios decoraban arcaicamente el salón. Un pequeño escritorio sin gavetas y sin adornos personales, un par de abanicos de techo con edad para retiro y un perseverante sillón de oficina servían de subsistencia para la profesora.

Los niños ocuparon sus lugares esperando algo que les abordaría desde algún inalcanzable lugar. La maestra observó los asientos que quedaron vacíos para tomar nota de los ausentes, que no eran muchos.

El acostumbrado recibimiento irrumpió ciegamente desde lo alto de la pared frontal de la habitación. Una voz femenina de desgastado acento aragonés repartió discordantes mensajes. Por medio de un íter comunicador electrónico, portaban mecánicamente la deshumanizada gestión institucional. Un Padre Nuestro, una canción religiosa irrelevante y un recordatorio de que todos deberían tener las cuentas del colegio al día eran las bendiciones de llegada.

Hasta la maestra consideró el gesto oficial un poco imprudente. Sin embargo, la emisaria educativa no se aventuró a emitir comentario alguno. La gestión académica despertaba entre recuerdos borrosos que desenlazaba la instructora sobre una pizarra verde opaco y chamuscada por la tiza y el abuso.

La mujer comenzó escribiendo la fecha corriente y una serie de palabras desacentuadas adrede. Se armó de una letra algo estilizada y del tamaño de su palmo para restringir algún desenfreno de preguntas. Dos niños rieron y comentaron clandestinamente que la maestra movía las partes traseras cuando escribía el que hacer en la pizarra.

La señora Quiñones, al percatarse de la mofa licenciosa, les indicó en forma estrujada que se equiparan con la tarea asignada. Uno de los niños denotó en su cara un profundo vahído estomacal, delatando su desafortunado incumplimiento. Poco después comenzó un cotejo de cuadernos que estropeó el estreno del día al desarmado niño. Palabras próximas al insulto y nada estimulantes premiaron la inconsistencia del muchacho.

El compañero que contó con un trabajo incompleto recibió una dosis menor de regaños, que no comparó con la tanda de su desafortunado cómplice. La clase de español apenas pudo sobrevivir entre copiar en la pizarra, regaños y otro par de inoportunas interrupciones. Netamente, la mitad del período asignado se atascó en el perdido pantano de burocracias escolares. Seguido, dio inicio la próxima clase, la difusa materia obligada, el confuso teorema lingüístico, la clase de inglés.

Aquí la monumental tarea correspondía a otra profesional de la empinada faena educacional. La Señora López entró al salón 4-1 con un firme grito de guerra.

“Good morning students!”

LA ESCUELA EN PUERTO RICO? Instrucciones de último momento señalaban claramente las reglas del terreno.

“¡Muy bien niños! Recuerden que cuando les llame, se ponen de pie y leen la introducción del trabajo para evaluarla. La parte escrita la entregan para corregirla después. Tienen dos minutos cada uno para leer la introducción. El que no entregue el trabajo tiene dos eses y no quiero peros. Quiero ver las manos de los voluntarios para comenzar.”

Un silencio sin manos invadió el salón.

Ninguno, aunque preparados, quería comenzar tan innovadora tarea y mucho menos voluntariamente. Primero, alguien se debería prestar como holocausto para que los demás se beneficiaran de su temeraria experiencia. Al no contar con voluntarios, la maestra sin pensarlo mucho, depositó la pesada responsabilidad en una de sus mejores alumnas.

“Cristina Ramírez, vamos, comienza tú mi amor.”

Una niña inmaculadamente castaña y pulcramente vestida, se levantó de su santo pupitre, primero en la fila del centro del salón. En sus manos sostenía un papel de tonalidad rosada, escrito diáfananamente con una caligrafía virtuosa. El silencio no había abandonado el salón y las miradas se concentraron en la niña señalada.

Comenzó una lectura bendecida por la buena dicción, la soltura, la fluidez y una sonrisa. En menos de dos minutos todo había terminado. Fue un recuento cuasi “literátum” de la sección seis del capítulo dos del libro "Conociendo a Puerto Rico". La discutida sección relataba una

increíble epopeya que comenzaba con las primeras escuelas privadas españolas, mencionaba brevemente a “el maestro de los pobres” Rafael Cordero, recalcaba la pesada influencia norteamericana y terminaba con la idealización positivista de la educación actual.

En la página final de la ilusoriamente llamada "La Educación en Puerto Rico" tributaba con una enorme fotografía de “Su Excelentísima Reverendísima Eminencia El Cardenal”, brindando una charla a sonrientes niños de colegio. Muchas de las oraciones del libro fueron leídas “verbatim” y la aportación original se limitaba a la mera sinterización de las ideas más importantes.

Esto era algo obvio, ya que, a esa edad, los alumnos están para meras síntesis a duras penas y algo de análisis surgiría con la llegada de cierta madurez académica. En palabras llanas, Cristina hizo lo que se esperaba de ella, identificó las ideas centrales y las leyó en clase más que aceptablemente. La maestra muy complacida, la felicitó y estampó una "A" en su registro escolar.

Un pequeño proyecto de seis páginas a manuscrito fue entregado para terminar con la odisea de la pequeña. La Sra. Quiñones ojeó el trabajo cerciorándose que todo estuviese en orden sagrado. En el proyecto se ampliaron los temas mencionados en la introducción y se incorporaron puntos encontrados en otras fuentes externas. Esto entusiasmó a la Sra. Quiñones, que le obsequió un ramo de frases elogiosas en su dramático tono maternal.

Otros tres niños fueron llamados al deber en un orden caprichoso y brindaron resultados muy similares. Repitieron inclusive la hermosa y lejana historia del maestro Cordero. La maestra, sin embargo, estrechó

su margen de aceptación y los evaluó con "B" a cada uno de los informes orales.

En los correspondientes trabajos escritos se observaron trazos muy similares al de Cristina, pero con una menor precisión gramatical. Para el quinto turno la maestra colocó su mirada sobre el registro y encontró un nombre entre todos.

“Tomás A. Landa Hernández, su resumen por favor.”

La maestra estaba prácticamente automatizada al momento de evaluar ese quinto informe. Miró su reloj para liquidar el tiempo invertido. Tomás se incorporó, miró su introducción con sudor en sus manos y un poco de frío en su alma. La maestra pidió que comenzara la farsa.

En diecisiete años de experiencia en el mismo grado y en la misma clase, la Señora Quiñones había acumulado un vasto anecdotario. Sin embargo, nada se aproximaba a lo que ella estaba a punto de presenciar. Tomás comenzó a leer muy calmadamente y con las debidas pausas, un decreto retórico nunca visto en el salón Cuatro Uno.

“La Educación es como una mesa. Pero una mesa de tres patas. Una de las patas de la mesa es la Escuela, la otra es la Familia y la última es el Estudiante. Lo importante en una mesa de tres patas, es que todas sean más o menos de el mismo tamaño. Si no, lo que esté, sobre ella podría caerse.”

Tomás tomó una larga bocanada de aire y continuó leyendo su insólita presentación.

“Sobre el tope de la mesa queda la verdad, donde se sostienen todas las cosas. Si una de las patas es menor, lo que está encima de ella, se podría derramar hacia la mentira. El trabajo de la educación es balancear la escuela, la familia y el estudiante para que nada ni nadie caiga fuera de la verdad.”

Tanta metáfora difundió consternación general y levantó una susurrada burla insurrecta. Los compañeros de clase lucían confusos unos y riendo a boca tapada otros. La maestra sólo pensó que el niño no podía estar actuando en serio y que pagaría caro su atrevimiento.

Sin embargo, la señora se percató de que algo de aquel revolú de la mesa trípode, contenía un rebuscado sentido en algún lado. Una inquisitiva pregunta surgió interrumpiendo la perturbante exposición.

“¿Tomás Landa, dime por favor... qué es eso que estás leyendo?”

El niño, sudado de manitas, se impresionó un poco, pero no se dejó descarrilar:

“Misis... Mejor dicho... Señora Quiñones, esta es la introducción a mi trabajo.”

Una maestra de tanto kilometraje no quería permitir que aquel atrevido se quedara enmascarado en su supuesta manifestación literaria. Armándose de una sutil paciencia, la señora le hizo el juego sin acusarlo de nada directamente. Dado que aquel evento no era algo muy común, procedió con inútil prudencia.

“Muy bien Tomás, ¿Dónde está la educación de Puerto Rico en todo esto?”

El tembloroso niño señaló estoicamente su papel parcialmente estrujado. Sin añadir palabras solicitó con un gesto la oportunidad de continuar la interrumpida presentación. La maestra permitió que prosiguiera, pensando que el impostor se hundiría más en su complicada trama. El pequeño ubicó sus dedos sobre el papel localizando el último párrafo leído y remató la inspiración anterior con cierto grado de culminación esgrimista.

“Bueno yo iba por... que no se cayeran de la tabla... ah... aquí...”

“Sobre la firmeza de la verdad y la participación de todos se sirve la educación. Allí, juntos se alimentan siempre los hombres y mujeres libres. Nuestro deber es el de crear una gran mesa, de fuertes patas, hecha de la madera del sentido común. Sobre su tope siempre quedará firme el más importante banquete, el futuro del país.”

La aturdida maestra no pudo encontrar por donde entrarle al dilema parabólico. Su gesto facial ofrecía un discurso sobre el punto medio entre el escepticismo y el éxtasis. La académica pensó que indudablemente el chico era un maldito tramposo o un curioso lector de viejas citas. Pero todo desbordaba un sentido más allá de la situación inmediata. Su programada mente se debatía entre la automática objeción y el aplauso. Por primera vez, en diecisiete magisteriales años, la Sra. Carmen Matilde Quiñones Peña vivió el impulsivo deseo de verbalizar su adjetivo literario favorito.

“¡Tomás, eso es... sublime!”

Aunque los niños acentuaron la risa, Tomás sonrojó de complacencia inocente. Pensó que por fin había llegado el momento de cosechar el producto de sus noches vestidas de insomnio.

Escudándose en el ánimo atónito de su instructora, que yacía indigestada de símiles, el niño comenzó la segunda fase de su épica tarea. Colocando su enorme maletín escolar sobre el tope de su pupitre, sumergió lentamente ambas manos dentro del mismo. Con cierta dificultad sacó una grotesca gruesa de libretas escolares grapadas entre sí por sus portadas. Parecían ser seis cuadernos económicos sin forros protectores y con muchas de sus páginas curtidas de amarillo por el uso o el tiempo.

Explotaba la clase de curiosidad y el silencio se repartió entre los ojos inquietos de treinta y dos niños y un adulto. Sin que nadie pidiera nada, Tomás entregó la misteriosa yunta de pliegos a la maestra. Esta la miró con cierta cautela felina, sin ojear su contenido. La Señora Quiñones le preguntó desubicada:

“Y ahora, ¿Qué, rayos es esto?”

Tomás comenzó a brindar justificaciones temblorosas y alejadas de respuestas relevantes.

“Misis... perdone la presentación, pero no lo he podido pasar en claro. Además, yo no sé maquinilla. Misis... perdón, Sra. Quiñones... ¿Está bien?”

De primeras, la maestra no pudo contestar su inquietante pregunta. Pero, arremetida por la curiosidad, abrió la primera portada de la colección y leyó silenciosamente un encabezado inaudito.

**Pensamientos sobre la Educación y sus tres cosas más importantes:
La escuela, la familia y el estudiante Por: Tomás A. Landa
Hernández 4-1**

Todavía a la educadora se le imposibilitaba asociar el enigmático lote que le pesaba en sus manos con la asignación requerida, con la clase de estudios sociales y con el niño. Silenciosamente asumió facciones ecuanímes, respiró profundo y comenzó un inquieto pasar de páginas. Todas las hojas estaban escritas a lápiz por ambas caras. En muchas de ellas se atestiguaban rastros de amplios borrones nerviosos y manchas de grafito.

La letra era indudablemente la de Tomás, pero a veces se tornaba más indescifrable que de costumbre. Las divisiones entre párrafos y secciones no parecían estar muy definidas. Tampoco los márgenes habían sido respetados en lo absoluto. Después de ojear varias páginas, la maestra cerró el manuscrito y observó sus tres pulgadas de espesor. Sin mucha ceremonia lo colocó sobre su escritorio y caminó lentamente hasta el lugar de Tomás. Allí en un tono sobrio, que disimulaba serenidad, le repitió la pregunta.

“Tomás Hernández, ¿Qué fue lo que tú me entregaste? ¿De dónde lo copiaste?”

El niño se sintió un tanto intimidado a consecuencia de la proximidad de tan voluminosa pedagoga, enterró su avergonzada vista en el tope

del pupitre y pausó para desarrollar una salida. Una respuesta empañada por una voz muy apagada llegó al estrado. Con todo y su tímida voz, sus palabras retumbaron en la curiosidad y el silencio imperante del salón.

“La asignación, Misis. No la copié. Yo la escribí de mi imaginación. Esa es la asignación.”

Uno de los niños más próximos, se adjudicó chillonamente dotes de padrino.

“¡Asignación, eso es un tremendo "Mamotreto!"

La risa se dispersó inmediatamente entre todos los niños. Aquellos revoltosos comenzaron a dar aportaciones llenas de la cruel ironía niña.

“¡Chacho, tienes dos Aes! ¡Es más, pasaste el grado!” “¡Con eso Tomás se gradúa de la universidad!” “¡Eso es un testamento!”

La maestra se percató que Tomás estaba a punto de llorar debido a los epítetos proferidos a su documento e intercedió inmediatamente. Para asumir el control de la jauría, esta descargó estrepitosamente sobre todas las mofas.

“¡Silencio que esto no es una gallera! Exijo respeto por su compañero. El próximo que comente media palabra, tendrá algo más que contar en su casa hoy... ¡Caramba!”

Esta interjección era una de las más cargadas permitidas por el reglamento, aunque el manual no mencionaba nada sobre acentuarlo con tanto coraje. Repentinamente el silencio regresó por quince

segundos muy largos. En ese momento un timbre extremadamente oportuno cerró el telón para esa clase tan arrebatada. Los niños de otros salones comenzaron un apresurado bullicio hacia el patio. No había oposición al toque de queda del salón 4-1. La maestra los despidió con una clara e irresistible advertencia.

“Van a salir al recreo en silencio. No quiero que nadie comience a burlarse de Tomás, ni quiero que hagan comentarios o chismes de esto. Si entendieron, entonces pueden salir”.

Sin más instrucciones, comenzó un éxodo pausado y silente hacia el patio. Tomás, en vez de salir, se acercó a la consternada maestra y devolvió su única duda.

“Señora Quiñones... ¿El trabajo está bien?”

Rústicamente, la maestra evadió el comprometedor punto y le prometió una pronta respuesta. Sin mucha ceremonia le instruyó a Tomás a que se fuera al recreo como si nada hubiera pasado, a lo que el niño accedió con calladas reservas. Cuando todos se fueron, la dama cerró la puerta de su salón de clases y se sentó en su escritorio.

Acompañada del silencio y la soledad y con una despistada curiosidad meditó un por par de segundos sobre la evaluación del informe oral de Tomás. Aunque sentía una satisfacción curiosa con su contenido, todavía reservaba dudas de su misterioso origen y de su oficio en la clase de estudios sociales. Para proseguir con la vida, en el registro anotó una "B" furtiva que justificó íntimamente. Demasiado largo, muy complicado y ambiguo fueron los argumentos que afectaron el proceso mental de la evaluación.

La maestra racionalizó que la presentación no era lo requerido y que el niño se atribuyó otras directrices. Cerró el registro de notas y se topó irremediabilmente con el otro dilema de Tomás, su descomunal trabajo escrito. Tomándolo a dos manos, comenzó a explorar sus pliegos parsimoniosamente, hasta que escurrió sus dedos sobre una página al azar y leyó las primeras líneas.

"El hambre de aprender es distinta al hambre de comer. Uno come porque lo necesita y aprende porque lo desea. Sin embargo, ambas cosas son importantes para sobrevivir. El deseo de aprender aparece en los estudiantes según entiendan la exigencia propia de lo aprendido. Entre más entiendan que es importante más hambre tendrán."

Sencillo, admirable e inspirador, pero la señora Quiñónez no encajaba lo leído con un autor de nueve años. El plagio, el fraude o la desilusión no se podían descartar tan temprano. Había que leer un poco más, antes de tomar cualquier decisión.

En el segundo cuaderno introdujo su pulgar derecho y husmeó otras líneas no menos intrigantes.

"La pesada figura de la verdad es de formas irregulares. Según desde donde el observador la mire, así la entenderá. Sin embargo, ella es sólo una, aunque con muchas caras. El estudiante debe rodear la figura de la verdad y observarla en todas sus caras para afirmar que la conoce."

Existen a veces cosas que nos impiden ver las otras caras y allí es donde un maestro bueno tiene que modelar la figura. Quien sólo

conoce o quien sólo quiere mostrar un lado de la verdad no es el mejor maestro.

A veces partes de la figura se esconden tras los prejuicios y otras manchas que el buen maestro debe limpiar. Pero un estudiante puede obstinarse en ver sólo un lado de la figura, sentándose frente a ella sin moverse. Entonces la parte difícil es para el maestro, que está retado a rotar tan pesada carga. Por eso es preferible que el estudiante circule a voluntad propia en vez de que se le acostumbre a que le roten la figura."

La Sra. Quiñones cerró el manuscrito y sonrió de paz por varios segundos. La complacencia de lo leído y la resolución del dilema académico se enfrentaban en la fórmula de su conciencia. Técnicamente, el vocabulario, los recursos y hasta el contenido no parecían propios de quién se atrevía a acreditarse la autoría.

Eso no le restaba a que fuese lo más hermoso que estudiante alguno le hubiese entregado como asignación jamás. El entusiasmo dominó su cautela neutra y la puso de pie. Abandonó el salón, mamotreto en mano. Al salir, ni siquiera se molestó en cerrar la puerta de su aula. Con prisa indiscreta, movió sus abultadas partes hacia la oficina central con una agilidad sorprendente. Una vez allí, fue recibida por la Principal, Hermana Isabel María Solórzano, Religiosa del Apostolado de las Santísimas Hermanas de la Misericordia S.A.

Tengo entendido que esta célibe mujer era muy culta y demasiado astuta, por cierto. La misma estaba leyendo apaciblemente una revista extranjera en su despacho cuando fue interrumpida por su destino.

Como siempre, vestía su eterno hábito blanco y un crucifijo de madera que caía sobre su impecable figura.

Su competencia y autoridad eran indiscutidas por aquellos predios y su dedicación al trabajo desinteresado le permitían el lujo de competir con los beatificados. La maestra se presentó con un inusual agite físico y describió el episodio como si relatará una aparición fantasmagórica. La Principal permaneció silenciosa mientras tomaba el vigoroso trabajo en sus manos. Lo ojeaba sosegadamente mientras escuchaba.

Cuando la maestra terminó de exponer lo sucedido, según su emocionado punto en la escena, la ilustre hermana, le pidió que le repitiera los hechos omitiendo tantas opiniones triviales. La obesa señora, ya más calmada, le dijo que el trabajo no era redacción propia de un niño de cuarto grado. La interpretación obviamente sobraba.

La Hermana se encontró tentada a leer algo dentro de la sorprendente y escabrosa prosa manuscrita. Términos muy conocidos dilataron sus pupilas como quien observa piezas de brillante joyería real.

"El Amor es Luz. La Luz es Energía. La Energía es Movimiento. El Movimiento es Progreso. El Progreso es Justicia. La Justicia es Verdad. Siempre que la Verdad viva entre los hombres, estará la Justicia, el Progreso, el Movimiento, la Energía, la Luz y el Amor. La buena Educación siembra la semilla de la Verdad en los niños para cosechar el fruto del Amor entre los hombres."

La Principal descartó inmediatamente el que la maestra estuviese exagerando cuando presentó su inquieta disyuntiva. Sólo quedaba un

testimonio por escuchar y no se haría esperar. Requirió que trajeran a Tomás Landa Hernández a su oficina sin dilaciones.

El muchacho fue fácil de localizar. Permanecía merendando solo, cosa rara en él. Ni siquiera Luis le acompañó en esa errática mañana. Mientras esperaba en su oficina la Hermana leía hambrientamente aquí y allá. A pesar de su vasta experiencia ella nunca pensó ser servida con tales manjares en tan humilde plato.

"La nave humana viaja hace siglos a la deriva. Nuestra tarea de navegantes es sobrevivir y buscar la verdad del universo. En realidad, nadie conoce el verdadero tamaño de nuestro mundo y no recordamos nuestros viajes más audaces. Más aún, olvidamos como hemos llegado aquí. Lo único que nos puede salvar de tanta desorientación, es el deseo de recordar el viaje que nos ha traído, para así borrar toda falsa leyenda de nuestros mapas."

La curiosa monja pensó en el audaz comentario y descifró rápidamente su agudo dictamen. Inclusive el juicio emitido le pareció un análisis un tanto rudo aún para un adulto. Otro segmento místico fue leído por ella inmediatamente de otra página al azar. Comenzaba a intrigarse más por su contenido semántico que por su dudosa autoría.

"Escuchar es la virtud del curioso, del inquieto, del líder, del sabio, del maestro y del aprendiz. Todo el que escucha con cautela, organiza y gana espacio dentro de su propio pensamiento. Escuchar es reconocer los distintos tipos de silencios y disfrutarlos según son. Escuchar es descubrirse a sí mismo dentro de estos silencios. Sólo el idiota está perdonado de no escuchar, porque éste nunca calla."

En esos momentos se abrió la puerta de la oficina y entró el jovencito estampado en un sentenciado gesto de culpa. Los últimos trazos de la merienda ocupaban sus manos mientras exploraba la temible oficina. Cuadros del mártir, del Papa y de la Virgen de la Misericordia miraban al pequeño ya pavoroso. La maestra y la hermana permanecían de pie y con aspectos fiscalizantes. La religiosa portó la voz cantante en el suspicaz interrogatorio que apenas comenzaba.

“Tomás, hijo, la señora Quiñones me dice que tú entregaste esta asignación y ella quiere saber varias cosas de cómo la hiciste. Quiero que nos cuentes. ¿Quién te ayudó a escribir estas cosas tan interesantes? ¿Cuáles libros usaste como referencia? ¿Dime de dónde sacaste tanta idea curiosa?”

El niño se percató fácilmente, de que su joven credibilidad estaba en juego. Comprendió en ese momento, que había sido tosco en abundancia, al presentar semejante escrito sin anticipar a los adultos al respecto. Las dudas sobre cuáles serían las consecuencias lo sobrecogían. Sin embargo, sabía que debía ser convincente para salir airoso de semejante enredo. Tratando de vender un poco de convicción, declaró, aunque con una acorralada mirada que delataba pavor.

“Sister... Perdón Hermana María, lo escribí yo solo. Usé la imaginación y dos diccionarios, el de español y el de sinónimos. Lo estoy escribiendo desde el año pasado y lo traje porque pensé que estaba bien para la asignación de Estudios Sociales. Si algo está mal, me lo dicen y yo trataré de arreglarlo.”

La maestra extravió momentáneamente la compostura y en un ataque de desconfianza se movió hacia el escritorio de la Principal. De allí

tomó los augustos cuadernos manuscritos y cuestionó incisivamente al implicado.

“Entonces tú lo escribiste todo esto sin que nadie te ayudara y sin copiar de otras referencias. Pues, explícame esto en tus propias palabras.”

Comenzó a leer con voz autoritariamente oficialista lo que a todas luces era una pequeña pero pesada parábola. La Principal miraba al niño con ojos oscultantes mientras escuchaba la lectura con oídos poetas. El jovenzuelo lentamente comenzó a sonreír de algo que le brindaba cierta satisfacción traslúcida.

“Y entonces fueron a comer El Instructor y El Maestro. El primero no paraba de hablar de sus maneras y hazañas.

- Los estudiantes que quieran aprender tendrán que hacer las cosas como yo las hago. Verán el mundo con mis ojos y vivirán mis días primeros que los de ellos. Comerán de lo que yo les sirva o les haré pasar el hambre del saber por siempre.

El Maestro un poco triste, le devolvió su punto al compañero de mesa.

- Los estudiantes aprenden, no porque tú quieras, si no, porque comienzan a mirar al mundo con sus propios ojos. Estamos aquí para que cada cual trace su propio camino. Nuestro trabajo es el instrumento de luz fugaz de muchos andantes y no el camino. Hermano no te confundas.”

La maestra pausó involuntariamente a meditar lo leído. Tomás aprovechó para comenzar su análisis del segmento. Anticipó una defensa montada en agasajos antes que se ampliase lo que en el papel parecía interminable.

“Misis... hay dos tipos de Misis. Las que quieren que los estudiantes piensen como ellas y las que ayudan al estudiante a ser ellos mismos. Las dos comen en la misma mesa, pero no se ganan la vida de la misma forma. Usted Misi, aplaude siempre cuando alguien hace algo nuevo o propio. Por eso usted es Maestra.”

El ego de la Señora Quiñones no disfrutó de tiempo para regocijos banales. Tan pronto Tomás terminó su explicación, la imagen de una "B", contradijo los halagos recibidos. Ella comprendió, que su última evaluación en la clase de Estudios Sociales estuvo parcialmente viciada por el gran pecado del instructor. Un inquisidor sentimiento le golpeó lastimosamente.

Con mirada de Pilatos, la maestra entregó el mamotreto y toda la responsabilidad a la religiosa que esperaba su turno. Esta a su vez, le pidió al niño que se marchara sin comprometerse con juicio alguno.

Antes que se consumiera la mañana, la Hermana del Apostolado indagó escrupulosamente los expedientes de Tomás A. Landa Hernández 4-1. Piezas de información armaron un perfil singular pero no único en la vida colegial. Igual que un tercio de la población escolar, Tomás no vivía con su padre. En su ficha sólo se le hacía referencia por su nombre, omitiendo cualquier otro rastro. Se llamaba Tomás igual que el niño, pero ese era el único vínculo que se le conocía. Su madre, maestra

de vocación y de nombre Mayra, estaba registrada como fallecida desde que el niño llegó al colegio hacía cinco años.

Su todo era su abuela materna, Doña Prudencia Martínez. Era de conocimiento general que la anciana mantenía al niño en el colegio escalando incontables sacrificios, ya que era viuda y pensionada. La monja analizó intrigada las evaluaciones esporádicas de aquel curioso espécimen. En el área de razonamiento lógico y verbal se le ubicaba como un niño sobresaliente, mientras en otras aptitudes se le reconocía como promedio.

En las materias específicas, había obtenido calificaciones espléndidas. Su promedio general era de 3.82 en la escala de 4.00 hasta donde había cursado. La Hermana se mostró parca de entusiasmo con el cuadro general. Si por ella fuera, enumeraría una centena de niños con evaluaciones psicométricas y académicas similares o superiores. Todos ellos incapaces lógicamente de escribir tan siquiera un ápice de lo visto.

No es que a esos niños les correspondieran mentes estériles, sino que aquello pintaba monumental hasta para un adulto competente. Salomónicamente, la religiosa no emitió juicios riesgosos o comprometedores en aquel momento. Su acción se limitó a transferir el caso, los expedientes, el mamotreto y toda la amenaza que representaba a Doña Luz E. Rodríguez. Todo lo que he sabido de esta profesional, es que Doña Luz era todo un recurso como se conoce en el argot magisterial.

Orientadora, Psicóloga Escolar y hasta casi trabajadora social, en fin, toda una ingeniera del intelecto escolar. Por último, la religiosa contactó telefónicamente a Doña Prudencia y estableció una

conversación oficial, de casi media hora, de la cual tomó numerosas notas.

Aquel fue un día intensamente prolongado para Tomás. Al final, como siempre, la salida escolar contaba con una algarabía más entusiasta que la llegada. El último timbre despidió una desbandada de chiquillos que salían como escapados de un pavoroso lugar.

Para Tomás, el camino de regreso fue más largo que nunca. De vuelta, recordó recoger el programa hípico que le solicitó su abuela. De paso, compró tres sobres de estampillas y un cuaderno nuevo. Tan pronto tocó el portón de su casa, fue recibido por su perro y por una desusada mirada de la predecible anciana. Entró a la casa a cumplir con las rutinas de rigor.

Cambio de ropa, visita a la nevera, rotación de los canales del televisor y por último a su cuarto. Allí pegó las estampillas nuevas y comenzó a estudiar de español hasta caer en una siesta vespertina muy profunda. La abuela, quien apenas había cursado palabra hasta el momento, lo despertó a las seis y media para cenar.

Durante la comida, un aire áspero manchaba el ambiente hogareño. El niño extrañaba el acompañamiento televisivo reglamentario de esa hora. Su abuela evadía el cotidiano capítulo de la telenovela para sostener el más tétrico de los silencios.

“Mamita, ¿Qué te pasa?”

La señora contestó pidiendo cuentas por un día escolar que Tomás trataba de olvidar. Él ya sabía que los chismes escolares viajan más

rápido que los estudiantes. Aunque su costumbre era la de no emplear falsos testimonios u ocultarse tras eufemismos, en este caso el niño fue en extremo sincero.

“Mira Mamita... Misis Quiñones pidió un proyecto sobre la escuela en Puerto Rico para la clase de Estudios Sociales. Tú sabes, esos resúmenes de secciones del libro. Eso está bien, pero parece que yo quise pasarme de listo y le entregué algo mucho mejor.

Tomé las libretas en que escribo pensamientos y cosas sobre la escuela y se las entregué a la maestra para que las corrigiera. Creo que ella piensa que los copié de algún sitio. Tú sabes que esos trabajos los hago yo solo por las noches. No le hablé de las voces. Eso solo lo sabes tú.

Total, ni siquiera me dijeron si estaban bien o mal. ¿Tú me crees, verdad abuela?

La abuela, no totalmente complacida, le cobijó con caricias en su testa despeinada por la niñez. Ella como toda abuela de calibre se conmovía con el pudor de su nieto y le obsequiaba atesorados consejos.

“Yo, como abuela, siempre he confiado de lo que me dices. Si alguien me cuenta algo de ti, lo confronto contigo y tú nunca me has fallado. Si la gente duda de tu palabra, y tienes la verdad contigo, sostente y esfuérzate por probar tu verdad.

Todos hemos dicho mentiras alguna vez en nuestras vidas por distintas razones. Pero si queda duda sobre tu credibilidad, acuérdate que la palabra de un hombre se pierde sólo una vez.

Por cierto, cariño, me alegra que no mencionaras las voces. Eso es sagrado y a nadie le importa, ni siquiera yo puedo meterme en eso. Te amo sabes, te amo y nunca dejas de sorprenderme. Eres el regalo de mi vida.”

El niño sonrió, pero no emitió contestación alguna a su abuela. Sólo se quedó disfrutando de la comida mientras se auxiliaba en el silencio. Antes de acostarse seleccionaron entre ambos una jugada de caballos para las carreras del día siguiente y jugaron un par de partidas de briscas. La primera se la adjudicó el niño y la segunda la progenitora de su progenitora. Al término de aquella velada sin televisor, el niño se despidió dando gracias por el consejo recibido y le brindó un tibio abrazo de afirmación.

“Bendición Mamita y no te voy a fallar.”

Esa noche el niño durmió temprano. Al otro día, en el desayuno, Tomás percibió con incertidumbre ciertas irregularidades matutinas. Su abuela vestía a la usanza de una diligencia importante. Complementaba su atuendo blanco y negro con mucho talco y un perfume que no requería dos dosis. La justificación no se hizo esperar.

“Tomás, la Principal me citó para que te acompañara a clases hoy. No te mencioné nada anoche para no estropear tu sueño. Lo único que quiero es que digas la verdad de lo que allí te pregunten y que como me aseguraste anoche, no me falles. Sólo recuerda que las voces no son asuntos de nadie. Eso es un don que el creador te ha confiado.”

Camino al colegio, se compartieron el martirio del pesado bulto escolar y varios comentarios de gente a pie. Al llegar al plantel, la anciana

buscó un necesitado segundo aire. Se sentó en uno de los banquillos de la entrada y comentó fatigada:

“Yo me acuerdo cuando este colegio era un chinchorro. Ninguno de esos salones existía. Se ve que el colegio es un buen negocio.”

El niño ya se había topado con ese decir tantas veces. La fuerza de la costumbre le enseñó una respuesta que no sorprendió a la doña. Era algo común en la vida de dos mentes que a pesar de sus distancias vivían muy unidas.

“Abuela, el colegio es caro, pero tú sabes que lo más caro que hay es vivir en ignorancia.”

Poco después el dúo familiar se reunió con la Señora Rodríguez, que los esperaba en su oficina, mientras trataba de descifrar el mamotreto pródigo. Al momento no alcanzaba la mitad del impenetrable panfleto, pero ya se había armado de algunas hipótesis extraoficiales. Después de devorar más de ciento veinte páginas de un dilema existencial académico, el cual ella no había osado preguntar, eran más las dudas que las respuestas.

Tras luchar contra una caligrafía irreverente y un rebuscado lenguaje que a veces rayaba en lo incoherente, aclaraba levemente un extraño cuadro. Con lo leído pudo inferir que el manuscrito comprendía un tratado sobre la educación académica, familiar y social de Puerto Rico. Todas las ideas y postulados del volumen estaban redactados en complicadas pero bellas metáforas, símiles y parábolas que se entrelazaban con caprichosos apuntes sobre situaciones reales vividas en clases.

Era un viaje retórico por lugares imaginarios de los que muy pocos pedagogos habían soñado sobre una escuela. Precisamente, su belleza y amplitud singular levantarían la guardia de los entendidos en la materia instruccional y a más de un escolástico le harían temblar sus empolvados cimientos. Una interrogante obvia tendría que desvanecerse aquel día, la alegada autenticidad.

Para llegar a este punto, la profesional se expresó libre de tapujos fingidos mientras los citados escuchaban recelosamente callados.

“Doña Prudencia, usted conoce nuestra preocupación en el caso de Tomás y la supuesta autoría del trabajo que él presentó. Una vez resolvamos este asunto, el resto es cuesta abajo. Si se entiende que el niño no escribió este trabajo como alega, verificaremos el porqué de su comportamiento y todos aprenderemos algo de esto.

En el caso contrario, digamos que se confirme su versión, tendremos que darle el mérito y la atención especial que merece. Sólo me queda preguntar si ustedes tienen algo que decir.”

Tomás comenzó con un alegato sencillo con sabor a subterfugio.

“Misis Rodríguez... Yo lo escribí y mi abuela sabe que yo escribo muchas cosas casi todas las noches. Escribo siempre de lo que veo, pero en forma de lo que siento. Lo llevé a la clase para usarlo como proyecto de Estudios Sociales.”

Doña Prudencia no tardó en apoyar las palabras de su nieto.

“Mi niño es muy listo y observador al extremo. Pero lo que me afianza en él es la formalidad y respeto que siempre me ha demostrado.”

La señora Rodríguez, muy diplomáticamente, trató de no desechar ninguna posibilidad y ofreció una postura notablemente cauta.

“Doña Prudencia, cuando tratamos con muchachos no podemos descartar nada. Prácticamente, todos los niños portan una serie de facetas que no siempre conocemos. En la misma envoltura son una cosa en su casa, una cosa en la escuela y otra cosa con sus compañeros.

Usted se sorprendería de cuan versátiles suelen ser. A mí me sucede inclusive con mis hijos mayores. Por esa misma razón, no descartemos que este pelú que está aquí sentado sea un pequeño Rousseau escolar. Para apoyarnos en cierto mérito científico, lo que procede es a ensayar mediante experimentación si ustedes me lo permiten.”

Tomando una libreta de notas y dos lápices nuevos, la diestra señora Rodríguez, instruyó a Tomás para que se trasladara a una pequeña oficina contigua. En el lugar sobresalía un vasto escritorio de trabajo junto a una ventana que permitía una visión de la urbe periférica. Sobre el mueble descansaban dos diccionarios, uno de ellos de sinónimos, asociaciones semánticas y antónimos.

La escena trataba de recrear las austeras condiciones expuestas por el alegado escritor. Una vez el niño entró al anexo, la profesional le impartió amablemente unas sencillas directrices.

“Todo lo que he leído en las libretas que entregaste me ha gustado mucho. Quiero que, por favor, escribas algo de la misma calidad para tu abuela y para mí. Toma tu tiempo y si necesitas algo, pídelo que estaremos aquí cerca. Con una o dos páginas es suficiente, no vayas a exagerar.”

Cuando cerró la puerta, Tomás se sentó en una silla muy alta para él. Miró por la ventana hacia la lejanía rebuscando musas en el paisaje matutino. Pasaron casi quince minutos eternos y el papel permanecía virgen.

La frustración parecía cegar su iniciativa furtiva. Se levantó ahogado en su confusión infecunda y abrió la puerta con cierto frenesí. Se dirigió hacia las inquietas damas que aguardaban allende. Ambas percibieron un par de manos vacías y el aturdimiento nefasto de su rostro. La duda cruzó por la frente de la abuela que preguntó sobresaltada.

“¿Té pasa algo, Tomás?”

El pibe devolvió un requerimiento imprevisto.

“Necesito música. Siempre escribo con música.”

Se le complació supliendo un pequeño radio que servía para amenizar las largas horas de aquella oficina. Tomás volvió a compenetrarse en el área de trabajo y cerró la puerta herméticamente. Ubicó el aparato radiofónico cerca de la ventana y lo activó en un moderado nivel de volumen. Exploró metódicamente el cuadrante de derecha a izquierda. De la variada gama de emisoras que competían aquella mañana, seleccionó la que difundía la melodía más sutil y serena. La magia

musical transformó las tribulaciones paralizantes en mareas de escritos que fluyeron en un ingenioso río conceptual.

El momento de la musa parecía verterse rebosante, pero sin derramar tan siquiera una letra indebida sobre el papel recipiente. Sus manos viajaban a la velocidad de sus labios, que a su vez repetían sigilosamente una fuga vertiginosa de pensamientos preclaros. En esos mismos instantes, Doña Prudencia vivía deleites exquisitos sirviéndose de la supuesta experiencia literaria de su fogoso nieto. La Señora Rodríguez le facilitó el mamotreto para su examinación. Esta paseó su lectura hasta un pasaje desconcertantemente extraño que la obligó a repetir lo leído.

"La embarazada le decía con el pensamiento a la gestión de su vientre. - Escúchame hijo... acá afuera el mundo es duro, pero yo estaré contigo. Te protegeré y te enseñaré a protegerte. Te alimentaré y te enseñaré a alimentar a los demás. Te amaré y tú procurarás que todos crezcamos por dentro con tu compañía. En la dureza del mundo crecerás firme. Serás hombre o mujer que lucha por enseñar y aprender. Pero por favor... cuando lleguen tus hijos acuérdate de mí. Cuando la gestión se convirtió en dolor, el dolor se convirtió en un hijo.

Allí fue sólo el comienzo del camino sobre el duro mundo. La madre entonces fue más severa en su encomienda. Buscó los caminos más escarpados e hizo que su cachorro los subiera. Endureció la juventud de su cría con juegos demasiado parecidos a los días que ella trataba de olvidar. Poco a poco, lo introdujo al serio arte de sobrevivir y

hacer sobrevivir. El hijo ya entonces un mozo, le dijo a su madre y maestra:

- Siempre que sueño contigo, veo a otros niños que no conozco. Estos se baten en difíciles hazañas que yo les impongo y ellos cumplen. Sin embargo, cuando ellos están fatigados recurren a tus brazos donde se cobijan. Ninguno se queja de mí, pero no dudan buscarte y abrazarte... No sé porque sueño con ellos cuando sueño contigo. La madre abrazó a su hijo, sonrió y le dijo.

- Hijo mío... esos son mis nietos, que me agradecen tu educación."

Al leer semejante pasaje, Doña Prudencia admitió silenciosamente que la consternación se cobijaba en su mente. Su imaginación nunca previno a su cría elaborando reflexiones de tan fragantes y de tan complejos horizontes. Aun a pesar de las voces. Aun después de atestiguar otros milagros. Para ella, la conceptualización del aroma bendito de una madre era un laurel más allá de los límites de Tomás.

Aunque reconoció las huellas caligráficas del vástago que ella había abonado, recataba su confianza ante tan extravagante ejecutoria, aun sabiendo de la singularidad del niño. Sin embargo, conservó su derecho a excluir todo comentario y asumió un gesto libre de semántica interpretable en su complacido silencio.

Después de algunos tres cuartos de hora, la puerta de la oficina cedió. El niño retado a engendrar su propia credibilidad cumplía su esperada hora. Este surgió de su refugio armado de dos papeles magullados por la escritura y una cómoda e indoblegable sonrisa en su rostro niño. Entregó el fresco producto de sus manos a la Señora Rodríguez y ésta

lo observó metódicamente por más de un minuto. Tras cotejar el origen de la evidencia y validarlo como auténtico y verídico, se lo devolvió a Tomás y le dijo:

“Se ve muy bien. ¿Podrías leerlo para nosotras?”

Sin que le fuesen requeridas las explicaciones, el pequeño autor ofreció la justificación u origen lógico de la inspiración que lo condujo en su último viaje literario. Doña Prudencia conservaba su mudez de piedra, mientras la psicóloga rebuscaba todos sus gestos y palabras tras una mirada rasa.

“Cuando escribí el trabajo siempre deseé que alguien lo leyera conmigo como si fueran cuentos. Esta persona disfrutaría las ideas del trabajo no porque suenen bonitas. Ella se alegraría de que yo esté tratando de dar lo mejor de mí siempre.

Casi todos los libros que se usan en la escuela tienen una parte al principio que le llaman dedicatoria. Esto que escribí ahora es eso mismo, una dedicatoria del trabajo sobre la escuela que hice.”

Tomás Landa Hernández comenzó a leer las robustas inspiraciones germinadas por sus manos hacía un par de minutos. Ninguna de las damas osó interrumpir su incontenible exposición.

“El intento es más valioso que el logro. El intento es semilla, el logro fruto. Una semilla puede traernos mil frutos. Ningún fruto nos llegará antes que una semilla. Vivimos intentando y así moriremos. Todos los logros son hijos de un intento. El que no intenta no tiene derecho a probar el fruto del logro.”

“¡Gracias!”

"Ninguna herramienta es más útil y versátil que el sentido común. Aprieta la duda hasta convertirla en afirmación. Afloja la terquedad y la somete. Pule lo áspero de las mentes estériles y brilla el viejo lustre del conocimiento clásico. Aprende a usarlo y serás un artesano de vidas útiles y libres."

“¡Gracias!”

“En ocasiones, la verdad es dolor o fealdad. La verdad a veces es ocultada por los que no la quieren conocer. Esquivamos mirar a sus tenebrosos ojos cuando la encontramos a nuestro paso. Aquel que quiera disfrutar de lo hermoso de la vida, tiene que mirar la verdad a los ojos y ver en su profundidad la verdadera belleza de la vida.”

“¡Gracias!”

"Sólo una persona que en realidad me ama, sería capaz de hablarme de cosas semejantes. Este trabajo, por el cual seré juzgado, se lo dedico a Doña Prudencia Martínez viuda de Hernández.

Por siempre impulsarme a hacer el valioso gesto del intento, por estimular mi sentido común como herramienta de vida y por desarrollar en mí, la inquietante sed de la búsqueda de la verdad no importa como luzca ante mis ojos. Por eso le escribo esta dedicatoria y le ofrendo tres gracias eternas a mi abuela, Mamita."

Terminando su dramática ponencia, Tomás entregó el papel a su abuela junto a un tierno beso facial. Las damas permanecían enmudecidas por

un nudo que les quebraba la rígida compostura adulta. Sobre la Señora Rodríguez no quedaron vacilaciones inquietantes.

El invisible poder de las bellas letras, le desvistió su habitual mirada analítica y desnudó su íntima fibra espiritual. Un hilo húmedo muy hermoso brotaba de los ancianos ojos de Doña Prudencia que no esperaba tal agasajo. Nada, ni nadie merecía el derecho de interrumpir tanta emoción apretada. Sólo el niño tuvo la osadía de repetir su única incógnita. “

¿Está bien?”

El Embeleco

*"Quien en el amor
encuentra su bandera,
esgrimirá la verdad
como su espada y
no le faltarán causas
para ofrendarse."*

La vida nos debe respuestas a todos, aunque no nos atrevamos a cobrarlas. Aquellos que conforme queden, sin indagaciones y extraviados en la madeja de otros, vivirán pues, desconociendo sus propios caminos y soñando vidas alquiladas. Temerosos o pasivos viajarán por coloquios ciegos de adjetivos y por ajenas miradas sin senderos. Se engañarán desabridamente, comandados por el pisar firme de la inseguridad y la miopía del que acepta sin preguntar.

De alguna forma tapizarán fácilmente sus existencias sin el hermoso riesgo de cuestionarlo todo. No requerirán de incómodos argumentos o de aquellas respuestas tan duras de digerir, pero reafirmantes del ser por el conocer. Para mí es axiomático. A más preguntas, más búsqueda, a más búsqueda más respuestas, a más respuestas más reencuentros, a más reencuentros más vida, así de sencillo.

Pero, por alguna anónima razón que todavía desconozco, la naturaleza conserva su prerrogativa de cultivar esporádicamente, seres fraguados en la tentación de demandar una respuesta. Estos seres, inquietan la verdad guiados por los quebradizos impulsos de un hechizo semántico y por pinceladas flagelantes de una inescrutable necesidad. Quizás ellos optan quedar desligados en el cruel destierro de la incompreensión como

pago a sus incesantes pesquisas. Todo eso, únicamente, por reclamar el derecho a un porqué, limpio de mitos antes de cumplir sus sentencias en el tiempo.

De esas letras pequeñas de la vida y otras más, aprendería Tomás y con más rapidez de lo que hubiese deseado aprender. A su corta edad, su amplio amor por el discernir lo conducía por irreversibles vertientes de leyenda. Pensar sistemáticamente en la escuela fue un evento y analizar su íntima sustancia fue otro. Pero al escribir un monumental tratado retórico cuestionando todo, la situación se le escurría entre sus pequeñas manos. Doscientas setenta y ocho páginas manuscritas de juegos líricos le convertían inevitablemente en una curiosa pieza de murmuraciones e hipérboles a sus tiernos nueve años y medio.

La supra discernida obra, con todos sus recursos literarios, le reclamaba un atril en la galería de lo extravagante. Su nombre, su estampa y su niñez se disipaban rápidamente, usurpados por irrelevantes posturas favoritistas. Difícilmente, Tomás Landa Hernández, volvería a ser el niño de cuarto grado del pintoresco colegio católico. Ahora y sin mediar solicitudes, fungía como el pródigo autor de las complicadas reflexiones instruccionales o el portavoz honorario de la educación nova. Sin embargo, él entendía que escribir sobre el aprendizaje era un arte tan viejo y saludable como el amor mismo.

Una vez la Señora Rodríguez sentenció su trabajo como auténtico, genuino y propio, se le acercaron y consultaron diversos sectores de la dórica vida colegial. La Principal, Hermana María Isabel Solórzano; el Director del Colegio, Padre Ramón Salamanca y el Coordinador Arquidiocesano, Monseñor Avelino Urrutia; rindieron saludos oficiales

y felicitaciones pausadas al novicio escritor. Un representante religioso, Padre Dionicio Alabastros, le solicitó al autorcillo su autorización para reproducir el manuscrito en forma de libro o panfleto.

“Lo que queremos es que nos permitas fotocopiar tu trabajo, para reproducirlo en una forma legible. Para esto, es necesario que tú y tu abuela, firmen este documento autorizando a la arquidiócesis a reproducir tu escrito.”

Ni Tomás, ni su abuela objetaron tal petición, que resplandecía como luces de un inesperado honor otorgado por la Santa Iglesia. Una vez los clérigos se apoderaron de una copia, comenzaron un tedioso trajín de burocráticas transcripciones egiptológicas. Las imágenes xerográficas fueron enviadas a una fría oficina arquidiocesana, poblada de espejuelos, guayaberas y cuellos romanos.

Allí los religiosos investigadores, hicieron alardes de dotes científicas adquiridas en sus últimos seminarios en Israel. Una meticulosa reproducción, página por página, palabra por palabra y letra por letra, desenredaba la torcida caligrafía. Luego de dos días de escarpado trabajo, apenas se visualizaba una tercera parte del producto.

A todo esto, el niño permanecía ajeno y desinteresado. Él prefería sus infantiles tertulias con su panita Luis, diseñadas en torno a colecciones de estampitas y a súper héroes. Esto no impedía que se le impusieran al niño todo tipo de extrañas e indeseadas anécdotas. Una de estas detallaba relatos sobre una sombría cátedra cabalística a la cual el niño asistía secretamente.

Otro rumor recurrió a cuentos de un místico gurú oriental que le impartía agilizantes ejercicios para su joven mente. Una señora que vestía siempre un paño sobre su cabeza alegaba, que el niño era un espíritu reencarnado de un gran prócer patrio y que su nombre empezaba con la letra "J". Yo sinceramente no le doy ningún mérito a ninguna de esos relatos. A todos estos pueblerinos rumores paisajistas, el niño optaba por simplemente ignorarlos.

Su deseo de confundirse en el contorno escolar fue frustrado a cada momento por méritos no solicitados y por inusitadas concesiones que surgían. Todo se agravó aún más, cuando de su trabajo original, fue extraído un pequeño segmento de cinco páginas mecanografiadas. Correspondía a la Señora Quiñones tomarse tal licencia editora. La impulsiva educadora inscribió el fragmento seleccionado como una pieza presentada por Tomás en el certamen literario intramuros del colegio.

El pasaje sometido versaba sobre una futura madre que escribía un pensamiento por cada día de su gestación. Cada escrito supuestamente fue plasmado en la parte posterior de las páginas de un calendario de hojas. Tantas hojas, tantos pensamientos. En total fueron doscientos setenta y cuatro días, de los que la maestra pudo extraer porciones de algunos catorce. Cada sección contaba desusadas imágenes describiendo la relación hijo-madre y su imperante papel en la amorosa tarea de educar. Tres de los extractos fueron plasmados en la cuartilla dominical de la parroquia para el día de las madres.

“Segundo día de la cuarta semana

– Mi jornada contigo es un verso que rima con tu porvenir, es una melodía que se entona cada día con el mismo deseo, es una canción que siempre escucharé con oídos de madre”

“Cuarto día de la vigésimo sexta semana

– No confundiré tus primeros pasos o tus primeras desentendidas palabras con errados caminos o con insolencias que emanen de tu boca. Seré tu madre todos los días, pero nunca cómplice de lo impuro.”

“Tercer día de la duodécima semana

- Eres algo que queda después que desaparece la última estrella, eres un ideario de leyes inéditas, eres el sabor que perdura en mi boca después que digo tu nombre, eres masa arcillosa a mi esfuerzo y eres el molde de mis días. Hijo, eres mi hijo, eres parte de mí, más nunca me has pertenecido.

La fracción no encontró cerrada competencia en el certamen escolar. Ganó inclusive el primer premio correspondiente a la categoría que abarcaba hasta noveno grado. Sin embargo, Tomás nunca solicitó que prosa alguna fuese incluida en tal certamen. Mucho menos deseaba competir en un grupo de estudiantes mayores que él. Ganar el inesperado mérito llegó acompañado de indelegables deberes.

El niño y su trabajo representarían al Colegio San Sebastián de Puerto Nuevo en el Certamen Literario Regional Católico, del año de nuestro señor, 1971. A pesar de que originalmente el trabajo fue entregado en la clase de Estudios Sociales de Cuarto Grado, éste fue inscrito para

competir en la categoría de literatura libre en la sección de sexto a noveno grado. Extraño honor vanguardista para un niño que recién aprendía a acentuar las palabras esdrújulas.

El certamen regional se escenificó en los predios del Colegio Santo Cristo de los Pobres. Este colegio, ubicado en el exclusivo reparto de Condado Norte y circundado por numerosos hoteles, restaurantes y lujosos condominios, se adjudicaba un nombre sutilmente inapropiado. Allí estudiaban los hijos de las carteras más florecientes de la capital. Además, contaba con el porcentaje mayor de la notoria prole de la estirpe política del país. Este renombrado colegio, ostentaba el más moderno centro multidisciplinario de todo el sistema educativo de la Iglesia Católica del país.

Entre sus paredes de vetado mármol azul, se escenificaban anualmente una cronología de diecisiete debuts sociales y un ostentoso concurso de belleza. El elemento de mayor seductividad del glamoroso anfiteatro era sin duda, una matriz de treinta y dos monitores televisivos donde se presentaban todos los movimientos en una perfecta sincronía teatral.

Los electrónicos artefactos, lo mismo emulaban una sola imagen animada, que una serie de diversos acentos dentro de la total actividad. La supuesta pantalla gigante, miraba a los presentes desde el lateral izquierdo frontal del escenario. Sus dinámicas presentaciones, iluminaban mecánicamente las secas caras de los asistentes con un enorme mosaico de anticipados ánimos coreográficos.

Para la noche de cierre del certamen, asistieron casi mil personas, lo que representaba apenas una tercera parte de la capacidad del reconocido centro. Chispeantes arreglos florales y elegantes cintas

amarillas demarcaban el área reservada para los invitados oficiales de la acentuada pomposidad.

En el mosaico electrónico se visualizaron digitales siluetas de algunas personalidades literarias estratégicamente escogidas. Los congelados rostros de Cervantes, Calderón de la Barca, Unamuno y Alfonso Décimo parpadeaban con luminiscencia cromada a los mil rostros asistentes. Nadie lo percibió, pero ningún rostro puertorriqueño o caribeño fue invitado al amenizar electrónico.

Entre las veinticuatro facciones reproducidas en la ceremonia, no se asomaron los livianos anteojos de García Lorca, o la redondez frontal de Neruda. Muy ausentes estuvieron los bigotes poblados de García Márquez y la tupida barba de Hostos. Ausentes y sepultados por el peso de sus indigeribles controversias centenarias y sus magistrales dones de tocar la llaga abierta. Rostros maestros, maquiavélicamente o no, ignorados por los sintéticos auspiciadores de tan plástica noche peliculera.

La ceremonia se extendió entre densos discursillos sobre la pureza agonizante de los vernáculos e instintivos aplausos esporádicos. Uno de los invitados al podio, disparó involuntariamente tres barbarismos fugitivos en su ponencia de cuatro minutos. Entre la audiencia cundió una leve histeria engendrada por profundos ataques de conciencia lingüística.

Pareciera, que nadie allí hubiese osado jamás, usar semejante impureza del léxico. El pecado del lugar y del momento se resumían en las frases: estar redi, llegar al parquin y sentir aquel filin en el aire. Si algo

salvó al discursista de ser macerado sin juicio previo, fue su historial de aportaciones económicas al anfitrión colegio.

De turno polarizó la actividad, un notorio catedrático, que desenfundó espeluznantes teoremas recalcitrantes. Entre sus aportaciones, exigió la inmediata extracción de anglo adiciones idiomáticas aceptadas en la última década. Llegó a sugerir el establecimiento de una academia local de la lengua para que actuara de árbitro y censura del lenguaje hablado y escrito en el país. En toda su arcaica letanía, no rozó ni por equivocación los sencillos términos: escuela, maestro, estudiante o niños.

Todo su montaje parecía girar entre desorganizados ataques hacia la amenaza invisible y traicionera de la lengua rival. Ausentes de la atención estaban también muchos de los niños. En vez de escuchar tanto discursotes, cuchicheaban inquietamente entre ellos los temas de la inmediatez infantil. Tomás, que asistió acompañado de Doña Prudencia y de Luis, conversaba sobre su preferencia de asistir al cine sobre la premiación. Luis mencionó cuatro títulos taquilleros a los que Tomás secundaba sin reservas.

Cuando llegó el momento de la premiación, a cargo quedó el director del departamento de español de uno de los colegios más celebrados, el Señor Miguel Narváez. Este profesional laico, de manierismos acentuadamente afeminados e indumentaria muy estilizada, comenzó una esquematizada presentación del honorable panel de jurados.

Después de algunos joviales comentarios y abundante coba a los distinguidísimos y nunca bien honrados como se atrevió a describir, concedió el turno al gran anfitrión de todo aquel montaje, el Monseñor

Urrutia. Este monseñor bronceado por un acento español y con un pie de ronca voz gallega, era nacido y había soñado con el fútbol en las calles de La Coruña.

Entre estrecheces de la vida y reencuentros del destino, llegó a este país hacía catorce años. Aunque siempre le parecían tres. Su afición por el tabaco negro y el templado vino tinto, cabían dentro de su enorme sencillez humana. Estaba dotado de una inmensa sensibilidad escondida, que, para sorpresa de muchos, desenfundó aquella celebrada noche.

“Primero que nada, debo dar las gracias a todos los exponentes que hoy nos han brindado su tiempo. Gracias a los distinguidos miembros del jurado y a todos aquellos que hoy velan celosamente por nuestro vernáculo. Pero espero que quede en perspectiva, que nada ni nadie aquí, es más importante que esos que acompañamos hoy, los niños.”

Una moderada llovizna de aplausos interrumpió sus sinceras declaraciones.

"Los que hoy nos acompañan y los que no están aquí, los que escriben, los que compiten, los que juegan y los que no..., esos son la sal de nuestra tierra. Son la razón y el ser de nosotros mismos, así que a ellos les dedicamos esta actividad."

Aplausos mucho más cerrados volvieron a interrumpir la emotiva declaración. Espontáneamente, la audiencia entró en un momento de palpable trance donde el absoluto silencio suplicaba por más de las roncadas palabras del monseñor.

“Hoy he leído algo producido por un participante muy joven del certamen. Tengo que decirles que lo que he leído me ha calado hondo. En siete años participando directamente con esta actividad y tratando de leer algo de cada trabajo, nunca me había sucedido nada similar. Tomé este papel en mis manos y lo comencé a leer livianamente.

Después de dos párrafos no pude detener mi lectura y debo confesarles que me conmovió. No de pena, no de alegría, sino de un poco de luz. Algo en mi viejo ser, se iluminó con las jóvenes palabras de un serio pensador embargándome la compostura. Sinceramente, me gustaría leer algo de esto para ustedes.”

El clérigo tomó una serie de papeles fotocopiados y los colocó en el púlpito de los discursistas. De su impresionante hábito negro, sacó unos anteojos de grosor monumental y los vistió temblorosamente. La lectura fue densamente tapizada con su voz de gallego fumador. Cientos de sofisticados vatios electrónicos amplificaron sus entrañadas palabras en un eco blanco y macizo.

“Surgiste del firmamento de mi propio ser y respiraste de mi savia, bebiste de mi boca y comiste de mi selección. Conociste mi rostro más interno y viajaste por mis venas tocando mi corazón. Recostándote en mis circunstancias, lastraste kilómetros de meses y sentiste mis padeceres. Nunca dejaste de ser semejante a mí y a muchos, pero tu lugar ocupaste como único viajero hacia el mundo de lo nuestro. Quizás no te acuerdes de mí...”

Un silencio de piedras sobrecogía la audiencia mal entrenada a escuchar. El lector continuó su prosa perseguida por un caudal de sentimientos proscritos. Su vibrante ronquera hombruna esculpió

escarpadas palabras perfumadas por el vino tinto de la vid de otros lares.

“Cuando al fin nuestras miradas se encontraron, te hablé a los ojos. Sembrando mil besos en la faz de tu piel y te viví cual a mí. Me emborrachaste de curiosas miradas y cofres de mimos te obsequié. Te aboné de cuidados y tú me irradiaste vida. Alabadas sean todas las bendiciones que me has traído, ya que éstas me permiten conocerme a mí misma... Todavía no me recuerdas...”

“El día que caminaste lejos de mí, fue ese el día que más gocé de tus andares tambaleantes. En tus huellas vi mis deseos y en tu espalda cargaste mi pensamiento. Toda tierra que pisaste en tu viaje la guardé en bancos de recuerdos, para así siempre saber que no fuiste sólo un sueño. Hoy no te veo o tú no me ves, pero recuerda por favor, que siempre seré tu madre...”

La lectura parpadeó suspensivamente durante unos segundos. El lector levantó su vista y retiró sus anteojos indicando que su sección había terminado. Desgastados aplausos surgieron intangiblemente esperando una coda de explicaciones. Susurros y sólo susurros quedaron en la sala como esencias desvanecidas en el aire.

El monseñor recordó que nada era tan capitulante como aquellos que, por no escuchar, oían borrascosamente y no vivían para entender. Percibió que su mensaje moriría atascado y reo de las apagadas inquietudes de su auditorio. La audiencia se negaba a conmovirse de primera instancia con la muestra recibida. Pocas explicaciones y de poca gana surgieron de parte del lector.

“El autor de estas bellísimas líneas es un jovencito de nuestro hermano Colegio San Sebastián de Puerto Nuevo. Hoy tuve el placer de conocerlo a través de sus escritos y recordé que no hay edades si existe el deseo de entender al prójimo.”

El monseñor Urrutia continuó con el prelude de la premiación por espacio de diez minutos más. Tiempo que aprovechó con inmisericordes sermones a su auditorio involuntariamente cautivo. Un leve derroche de anécdotas ibéricas muy bien atesoradas fue desempolvada por el clérigo.

Al terminar su prólogo a las sentencias de los evaluadores, se despidió con la mirada de un hombre muy solo y buscador de algún lugar perdido y dorado. En la esperada colación de méritos, Tomás se adjudicó el primer lugar de la avanzada categoría en que participaba. Aquella fecha resplandecía como el momento de cobrar créditos por sus incontables noches febriles de insomnio.

Placas, fotos, abrazos y aplausos embriagaban someramente al agasajado. Tonalidades del siempre excéntrico señor éxito, desmembraron a momentos su humildad profundamente sembrada. Un destello extraño decoró su mirada no tan niña en aquella noche. No era orgullo ni soberbia sino simple degustación del dulce triunfo.

Un hombre que vestía un gabán a cuadros se le acercó disimuladamente al laureado y le ofreció una tarjeta de presentación. Con una brillante sonrisa en su boca de comerciante, le dijo muy claramente.

“Si deseas ganarte buena plata, me llamas que yo puedo ayudarte.”

La abuela se percató del acercamiento no solicitado y procedió a quitarle la tarjeta al niño rompiéndola inmediatamente. Un adagio del tiempo le fue brindado al asombrado nieto.

“El que tiene dones, no necesita buscones.”

Antes de retirarse de la actividad, se le solicitó a Doña Prudencia, que permitiera al niño un aparte con la prensa televisada. A tal petición, la señora aceptó con reservas e instruyó de nuevas directrices al pequeño.

“Mi amor, por favor no te pongas nervioso y contéstale a estos señores unas preguntas que te van a hacer. Si algo no quieres contestar, ya sabes, les pides que hagan otra pregunta.”

Terminando la explicación, colocaron a Tomás en una posición vistosa y comenzaron todo. Un camarógrafo, disparó una cegadora luz sobre el rostro pálido del niño. Simultáneamente, una rubia reportera de elegantes aires le hizo el juego. El chico lucía poco fotogénico y distraído frente al escenario. Una señal manual marcó el comienzo de la entrevista. Alquimistamente, la profesional del medio noticioso introdujo una sonrisa en su rostro y mecanizó un diálogo enlatado en una esquematizada presentación.

“Aquí Zaida Cruzado desde el centro de ceremonias del Colegio Santo Cristo de los Pobres. En estos momentos acaba de celebrarse la premiación del Séptimo Certamen Literario de las Escuelas Católicas. Y como dato curioso, este pequeño que me acompaña aquí y que cursa hoy el cuarto grado, se adjudicó el máximo galardón para la categoría de sexto a noveno grado.”

Este joven escritor, del Colegio San Sebastián de Puerto Nuevo, se llama Tomás Landa Hernández. Él, ha presentado un trabajo muy novedoso que habla sobre las madres y su relación con sus hijos.”

Cuadradamente, la reportera improvisó una pregunta académica de apertura hacia el entrevistado e interpuso el micrófono esperando una contestación.

“Tomás, ¿Qué te inspiró a escribir sobre la madre en este certamen?”

En segundos, el niño contestó una figura retórica salpicada de aparente incoherencia rebuscada.

“Cuando escribo no pienso mucho, veo hacia adentro y hacia afuera, cierro los ojos y sigo escribiendo. De lo que veo, escribo lo que siento, como si lo estuviera viviendo. Como si alguien me lo dijera. La música siempre me lleva hacia todas esas cosas que nadie me ha contado y el sueño me dice cuando terminar. Durante doscientas setenta y cuatro noches le di libertad a ese caluroso deseo de entender esa ausencia que me marca y que todavía me porfia.”

La reportera fue sorprendida con la guardia liviana en su tarea periodística. Trató de visualizar una silueta conocida en toda aquella palabrería, pero le fue inútil. Para salir del paso, se ingenió de mutis graciosos, clásicos de su vocación.

“Muy interesante todo eso Tomás, gracias por tus palabras. Amigos esto ha sido todo desde el Colegio Santo Cristo de los Pobres, reportó Zaida Cruzado.”

De repente, las luces camarográficas cesaron su castigo y los curiosos prosiguieron su circular desinteresado. Tomás y su abuela, se encaminaron en su dulce andar, por una noche libre de recordados precedentes. Al llegar a su morada, ambos compartieron un brindis de chocolate caliente, galletas de soda con mantequilla y risotadas familiares.

Sin invitación, llegó un timbrar telefónico, que cristalizó la velada en incertidumbre. Nadie esperaba llamadas en aquel momento incógnito de humilde celebración. Doña Prudencia contestó el teléfono y despachó la llamada con media docena de conjunciones evasivas y una aceptación en apagada voz.

Cuando finalizó el coloquio, una cita peculiar había sido concertada. La abuela procedió a desconectar la línea telefónica, para evitar más interrupciones al descanso que casi comenzaba. El niño miraba a la señora con respetuosa curiosidad y ésta le informó brevemente y por cortesía.

“Eran de la televisión y quieren que asistas al programa de Miranda este miércoles. ¿Si es que quieres ir?”

No se hizo esperar la contestación.

“Claro que quiero ir.”

Tal como la abuela planificó, la noche no fue invadida por más eventualidades inesperadas. En la mañana del sábado, el sol urbano se confundió con una cadena de aromas conocidos. El conversar matutino se estableció sazonado por inmediatas interrogantes.

“Abuela, ¿Por qué me invitaron al programa de Miranda?”

La abuela le respondió con su pesado tono mañanero.

“Ellos vieron tu contestación en el noticiario y les interesa invitarte para un programa que darán sobre la educación. Yo pienso que será una buena experiencia para ti y quién sabe si a lo mejor para ellos. No te preocupes, el señor que me llamó me dijo que no serás parte del panel sino del público que hace las preguntas a los panelistas.

Recuerda que no le hablarás de tu mami. Y recuerda siempre, que ese don que igual ha llegado a ti, se puede ir sin avisar. Eso es tuyo, no lo regales a nadie, comparte sus ofrendas pero nunca te desprendas de él. El día que se vaya, dile adiós y seguimos felices. Te amo mucho, tesoro.”

Aunque esto último tranquilizó en algo a Tomás, éste no pudo relajar su amplia frente que ya marcaba la preocupación. La abuela se percató de la inquietud del niño e intentó cambiar el tema. A pesar de sus intenciones, su selección parecía encaminarlos hacia el centro de un laberinto temático que apenas comenzaba.

“Hijo mío, sé que has escrito sobre madres, padres, hermanos y amigos en la escuela. Sólo he leído una pequeña parte de tu trabajo y estoy bendecida con él. Pero todavía no me has contado de qué trata el resto del escrito. ¿Qué me guardas?”

Sin mucho esfuerzo, comenzó a fluir un torrente quebrador de esquemas y distanciado de lo concreto. Para cada tema, el niño encendía la chispa de sus ojos y vivía dentro de sí una gama de

sortilegios místicos. Todos los asuntos que mencionaba estaban atados a cuentos parabólicos, que mojaban la imaginación más árida y su timbre de voz encendía matices imprevistos para su compañera de conversación.

“Bueno, después de la parte de la familia, escribí sobre un educador. Me acuerdo bien de que cuando este educador se miraba a sí mismo en un espejo, no tenía ningún rostro conocido. Su cara se transformaba todos los días en un rostro distinto. Sólo algunos de sus estudiantes podían ver su verdadero rostro. Los demás se comunicaban no con él, sino con sus rostros. Después el educador no se recordaría de quién realmente era él detrás de todas sus caras.”

La abuela sonreía confusa, pero no interrumpió. Era más su necesidad de auscultar que de preguntar.

“Luego, escribí más páginas sobre aprender y sobre enseñar. También sobre enseñar a aprender y sobre aprender a enseñar. Estas cosas parecen raras. Pero son tan sencillas porque se traducen en un solo arte o instinto, el sentido común.

Escribí sobre un día en el tiempo en que se hablaba en la lengua del idioma de la verdad. Allí las personas se comunicaban a base de verdades absolutas y las disyuntivas nunca desembocaban en contradicciones.

Esto era un mundo de gente derecha que tenían como ley la verdad codificada en el instinto de cada cual. La curiosidad por crecer era tal, que no existían miedos, ni fronteras en sus mentes. El límite de lo conocido para este tiempo fue el deseo. Su precio en justicia nunca fue

estimado por hombre alguno. Lo importante de todo aquel tiempo, era que no había utopías entre ellos, sólo saldos y balances.”

Al contar aquello, el niño incursionaba en un trance extraño. Su voz oscilaba dramáticamente con las palabras y su dicción manejaba algo más allá de la oratoria. La semántica de lo escuchado no preocupaba tanto a la abuela, como la transformación psíquica de su nieto. Sin embargo, prefirió dejarlo terminar su encomienda explicativa, aunque sabía que algo a veces transmutaba a su nieto.

Ya todo comenzaba a generar una genuina preocupación ancestral. Estaba muy consciente de que la fragilidad de un niño abarcaba todas sus facetas, especialmente su mente. Tomás continuaba desbocado entre ideas río abajo.

“Otra cosa sobre la que me acuerdo haber escrito, es sobre los libros. Aquí relaté la historia de una ciudad hecha de millones de ejemplares a los que nadie podía leer. Cada habitación, cada casa y cada edificio estaban sólidamente contruidos de libros apiñados entre sí.

Cada ejemplar era único en su edición y único en su valor arquitectónico. Si algún libro era leído, algún lugar de la ciudad era estremecido. Cuando llegó el momento de elegir entre leer o vivir cobijados entre tibias paredes, se tuvo que tomar una decisión.

La abuela no pudo resistir y preguntó.

“¿Cuál?”

El pequeño narrador sólo le dijo...

“Tendrás que leer esa parte para saberlo, Abuela.”

La dama sonrió sarcásticamente y le otorgó el tanto al niño que continuaba disparando su compendiado adelante.

“Sobre otros medios educativos y no educativos también escribí. Escribí seis escenas sobre formas o procedimientos de enseñanza y en todas entendí al educador aprender más que el educado. De la cultura escribí muchas cosas y todas fueron vistas como caretas encubridoras.

Describí veintiuna caretas distintas que completaban la amplia colección de la cultura enseñada. Una de las caretas tenía cara de celo, otra de ciencia, otra de pelea y otra de dioses. La que más me gustó era la de la cara de juego, porque esta convertía al que se la ponía en un niño. La peor de todas era la de la belleza física. Esta careta siempre fue la que a más gente engañó.

También escribí una parte completa de los dioses.”

La abuela volvió a interrumpir. Pero esta vez en tono mucho más sobrio.

“¿A qué dioses te refieres?”

Tomás no disimuló su atrevimiento y se manifestó un tanto precipitado en su explicación.

“Tú sabes, a las religiones y a los religiosos.”

La dama ya estaba más que preocupada por su nieto y comenzó a sudar un frío presentimiento. Pensó que la temeridad del niño se pasaba de madura y le hizo una firme advertencia.

“Ten cuidado con eso. Sabes que esas cosas no son para jugar. No sé lo que hayas escrito, pero ya me preocupa. Mi amor, cuídate siempre. Nada de tormentas, te lo he dicho...”

El niño le restó importancia a su abuela como rara vez.

“No te apures abuela, que no escribo para que la gente pensante se moleste.”

Continuó su impetuosa narrativa sin más desafueros.

“Después escribí sobre dos hombres que nacieron el mismo día, fueron a la misma escuela en la misma clase y eran igualmente inteligentes. Los dos fueron buenos estudiantes y buenas personas. Pero sólo uno consiguió sus metas. Ambos hombres murieron el mismo día.”

La abuela no aguantó una palabra más.

“Bueno eso es todo, no me digas más nada. Pronto leeré lo que escribiste y sabré de qué es que me estás hablando. Esto de dioses y muertos ya me tiene un poco nerviosa. No sé si lo de tu mamita se muestre ante estas cosas que escribes, pero me preocupa mucho para donde me llevas, mi amor. Tu madre fue una bella educadora y siempre hablaba así en parábolas raras.

Pero a veces no veo la escuela en esto que me sigues contando. Me imagino muchas cosas y me estoy asustando. Por favor hablemos de otro asunto menos complicado.”

La mitad de ambos desayunos habían quedado en un estado inerte y frío por las controversias planteadas. Los dos perdieron el apetito entre el apasionamiento de uno y el estupor de la otra. La abuela procedió a preparar un café bastante claro y otro sumamente oscuro. Segmentó el diario y le concedió la parte de noticias a su nieto. Ella buscó refugio en los especiales comerciales. En aquel momento, el silencio los visitó y se quedó a vivir entre ellos por bastante tiempo.

El tema literario quedó proscrito sin decreto y sin consenso. La incomunicación nubló la fresca mañana. Esa tarde siguiente, Doña Providencia fue a recurrir a los representantes locales de la ayuda divina. Llamó a la Principal del Colegio y le comunicó desarbolada su preocupación. La religiosa confundió el propósito de la llamada y le felicitó por las buenas dotes de su nieto.

“Es importante saber cuándo alguien está verdaderamente comprometido con lo que dice o escribe. Entiendo que en el caso de tu nieto es así. Este niño, además de ser un buen estudiante de cuarto grado tiene muy buenas actitudes.

Él fue muy respetuoso y convincente al reclamar su autoría. Sinceramente, yo llegué también a dudar del muchacho. La semana pasada leí un pasaje o poema que escribió y que tituló Salmo Ecológico de un Educador. Y aquí lo tengo copiado. Creo que es bueno. Te lo leeré ahora. Dice así...”

Casi sin dejarle hablar, la religiosa hizo una lectura entusiasta de la porción prometida. Primero ella leyó un descriptivo preámbulo. Según narraba la introducción, un maestro siempre recitaba un salmo antes de cruzar la puerta de su salón. Este maestro, trabajó durante largos años, aplicando muy fielmente los versos del salmo a su cátedra. De acuerdo con la historia, esta acción redundó complicadamente en innumerables beneficios para él y para el género humano.

*De nuestro destino seamos dueños
por el amplio sendero avanzando
borrando fronteras y temores tatuados
para cumplir la faena del pequeño
del ser luz de origen y no de reflejo*

*En sus infinitos ojos y en sus sonrisas
apreciaremos el regalado instante de la vida
navegando en mares de profunda conciencia
sin incidir en desesperanza o impaciencia*

*Beberemos de esa paz soñada
sirviendo primero otra sonrisa
para cosechar los frutos de justicia
sembramos de esperanza la palabra*

*Todo este verde cuesta un mundo
y el precio del boleto no es tan claro
pero no busques ciencia en lo torcido
ni confundas carentes con malvados*

*Recuerda que un espacio cabal y sano
aglutina deberes en todos sus enlaces
pero si la verdad deseas que algo pase
comienza a crear con tu propia mano*

*En este azul mundo, tan frágil
siempre ha de existir un lugar
para aquellos hermosos seres
que anónimos, puros y conscientes
reconozcan el privilegio de actuar*

*Quizás sus huellas vuelen borradas
en sombras del olvido,
o por vientos del tiempo
pero amplio campo legarán a la camada
revistiendo de azul, de blanco y de verde
la pureza de sus sentimientos*

La monja terminó su lectura con una amplia sonrisa telefónica y luego de una larga pausa, resumió imponentemente las ideas de los versos leídos. Permeaban intensas incertidumbres en la mente de ambas. ¿De dónde le provenía semejante musa? ¿Por qué su fijación con la tarea educativa? ¿Qué diablos tiene que hacer un niño de nueve años escribiendo elaborados poemas de conciencia y asombrosos cuentos sobre situaciones tan complejas y vivencias tan alejadas a su propia idiosincrasia?

Las primeras palabras correspondieron a Doña Providencia. Su voz temblaba en un ahogado sollozo que le abordaba debido a su honesta preocupación de abuela.

“Cada vez que leo o me dicen algo de mi nene, me preocupo más. Hay algunas cosas que no he podido entender. Sé que es un niño bendecido, pero hay cosas que el escribe que me están preocupando mucho. No sé qué hacer. ¿Que haré con ese niño, no sé?”

La veterana religiosa le ofreció un sedante filosófico.

“De vez en cuando, la vida nos premia con evidencias que corroboran la grandeza del Altísimo. Esta parece ser una. Dejemos esto en manos de quien lo ha mandado.”

La abuela, que por costumbre no debatía en los terrenos teológicos, cedió un poco en su inquietud. Pensó que, si la Hermana lo decía, existía una especie de garantía no escrita de la intervención divina. Con otras pocas palabras terminó la llamada y por tanto aquel difícil día.

El domingo se evaporó entre misa, estudios y la aburrida televisión. El lunes y el martes se quemaron las horas lentas e insípidas entre escuela y el silencio de la casa. Aquellos días parecían sólo escollos postrados frente a la meta más esperada por Tomás. El asistir al estudio de televisión, era en todas las formas, un evento novelero que inquietaba al niño. La noche del martes se desveló pensando mil cosas, pero sin escribir una letra.

El miércoles en la mañana el niño asistió a la escuela, pero fue buscado temprano por su abuela para cumplir con el compromiso. Viajaron en un carro público para llegar al estudio de televisión. Estimaron llegar una hora antes del inicio del programa, para poder adquirir una buena posición en las graderías del público.

El programa al cual asistirían se llamaba *"Miranda a los Confines"*. Esto era una referencia obvia a la temática y procedimientos sensacionalistas que abordaba su animador Manuel M. Miranda. Este programa a pesar de ser otra copia de los ya famosos programas de diálogo y anti-diálogo, incitaba a sus panelistas a utilizar todo tipo de artimañas en la sustentación de sus puntos.

Notorio fue el día que un invitado simuló un ataque cardíaco y fue sacado en camilla. Con esto pudo conseguir que fuese escuchado desde el hospital. En otra ocasión un panelista sacó un arma y gritó a todas voces que se iba a suicidar. Para su sorpresa, el público del auditorio comenzó a corear:

“¡Qué lo haga!... ¡Qué lo haga!”

Pero definitivamente, el caso más insólito del repertorio fue la vez que un activista ecológico llevó una misteriosa caja de zapatos. El panelista señalaba, que el recipiente estaba lleno de una supuesta tierra contaminada por desperdicios de desechos de una farmacéutica local. Sus alegatos indicaban que dicha tierra contenía grandes proporciones de un agente químico carcinógeno muy difícil de pronunciar.

Por otro lado, los representantes del complejo industrial y del gobierno debatían lo contrario. Cuando el diálogo fue agotado por impropiedades de ambas partes, el ecologista abrió su caja e introdujo su mano. Sin mediar palabras, comenzó a arrojar a los rostros de sus rivales panelistas, sendos trozos del contenido barroso. Todos, incluyendo el moderador, corrieron despavoridos al percatarse que la pegajosa masa arrojada, no era otra cosa que los propios excrementos fecales del ecologista.

Cuando llegaron a la estación emisora, los ánimos de Tomás y de Doña Prudencia se encontraban en puntos cruzados todavía. Mientras el niño destellaba emoción y curiosidad, la preocupación de su abuela giraba en torno a cómo regresarían después del programa. En la recepción, corroboraron sus invitaciones y les indicaron como llegar hasta el "Súper Estudio de Miranda".

Esa explicación sobraba, pues había señales de colores indicando el camino a seguir. Una vez dentro del estudio, se podían distinguir cuatro letras "M" de utilería que servían de decoración. Las letras verdes neón de dos metros y medio de altura, desarmonizaban con todo aquel escaparate de fingido orden. El niño estaba atónito y distraído con todo aquel mundo que se alzaba ante sus ojos. Lo único que pudo impresionar a la abuela fue un actor galán de novela que avistaron en el pasillo.

Todo estaba muy bien coordinado. El personal técnico trabajaba laboriosamente sin prestar atención alguna al público que se iba congregando. Un elegante ujier vigilaba en cada esquina, portando un radio de comunicación. Pruebas de luces y sonido se realizaban por doquier. Del fondo del estudio emergieron una dama y un caballero no muy sofisticados. La pareja impartió una serie de instrucciones al público y al panel de invitados que esperaban pacientemente.

Estaban prohibidos las fotografías, las grabadoras, comer, fumar o beber, las armas de fuego y muy especialmente las cajas de zapatos misteriosas. Cuando fueron declaradas todas las reglas de terreno, ya era tiempo de comenzar con el espectáculo.

Las luces del auditorio comenzaron a parpadear como señal de que todo estaba listo. Un técnico armado de enormes audífonos confrontó al público presente con señales para que aplaudieran animadamente. Se comenzó a escuchar el estribillo musical del notorio programa. Mientras tanto, por la parte posterior de las cámaras apareció el afamado animador. Llegó acompañado de un guardaespaldas gigantesco y de un alcahuete que le recordaba los pormenores que no tuvo tiempo de aprender.

Este le marcaba sin disimulos los pasos a seguir compitiendo con la algarabía y la estridente música. Además, le administraba tarjetas índices con los nombres y trasfondos de cada uno de los invitados del panel, a la vez que le arreglaba el nudo de la corbata. Cuando el moderador entendió que ya era suficiente, le hizo una señal a su colega con el pulgar hacia arriba y este entró con un saludo estrepitoso al escenario.

“Muy buenas noches, mis gentiles amigos. Hoy de nuevo aquí para serviles, su amigo de siempre, Manuel Miranda, en un programa más de "Miranda a los Confines". Ya saben que nos pueden llamar a los teléfonos que aparecen ahora en sus pantallas o nos pueden enviar un FAX al número indicado.

Pero, lo importante es que, si tiene algo que decirle a alguien aquí, no sé quede con eso por dentro que le puede hacer daño. Para hoy tenemos un tema muy especial, “Motivación y métodos en las escuelas” y nuestros panelistas de hoy son...”

Miranda procedió a presentar a cuatro invitados de distancias irreconciliables. Primero, nombró al Señor. J. Mangual. Este hombre

maduro, trajeado era el asistente del Secretario de Educación y su chivo expiatorio favorito. Poseía la indigna reputación de firmar toda reprimenda entregada a los maestros y era el portavoz de cuanta noticia negativa surgiese en el sistema educativo. Todo un pobre diablo oficial.

Después presentó a la Señora Nativa Maldonado, miembro, casi única, de la Sociedad Pro Antiguos Valores de crianza. Esta señora de algunos sesenta y tantos años presentaba su hipótesis basada en la educación de hace mucho, pero mucho tiempo. Hablaba poco, se veía levemente sumisa y distraída, pero ella creía fielmente en el castigo corporal como medio educativo. Quizás por esa razón le fue suspendida su licencia de maestra del sistema público hacía cinco años.

Otro invitado era un tal Joe Cruz, niuyorican, neofascista urbano, que se recortaba pelado y disfrutaba de exhibir su complicada madeja de tatuajes corporales. Este confuso personaje, había sido golpeado varias veces por maestros en la escuela. Su teoría sustentaba que la escuela había perdido toda su utilidad y vigencia, por lo tanto, debían ser cerradas. Se veía fácilmente como la contra parte de la Sra. Nativa Acevedo.

Por último, presentaron a la Señora Amarilis Raíces, Maestra, secretaria de la Confederación de Educadores y delegada del último Congreso Internacional de Justicia al Magisterio. Dama de aspecto muy criollo, mordaz de crítica. En ella no existían recelos ningunos para atacar de inmediato a su archi enemigo, el Señor J. Mangual.

Aquella quarteta parecía haber sido escogida por el mismo Mefistófeles. Juntos no podían verse, oírse, ni olerse y mucho menos entenderse en un diálogo. Cuando comenzó el tiroteo de argumentos,

Tomás estuvo pendiente de hasta los respiros. Trató sin percatarse, de no emitir parciales juicios con ninguno.

Estuvo en acuerdo y desacuerdo con los puntos esgrimidos por cada uno de los contrincantes verbales. Entendía los alegatos salariales de la Señora Raíces, pero no comulgaba con su despectivo acento al mencionar la palabra 'administración'. Del Señor Mangual reprochó mentalmente su patética ceguera institucional, pero le notó vestigios de ser una persona documentada.

Con Joe, lo único que pudo concordar fue la sencilla idea de que, si alguien no quiera ir a la escuela, pues que le busquen otra cosa. Con la Señora Maldonado estuvo muy de acuerdo hasta que ésta habló de sacar sangre a golpes a los estudiantes. Tomás miraba con la boca entreabierta y pensaba que todo aquello era una guerra de polos encolerizados. No entendía muy bien para qué lo invitaron a ese desarreglo conspirado mal llamado programa de diálogo.

Una vez los panelistas comenzaron a sacar hirientes chispas, se desató un acalorado ataque de temas personalistas y acusaciones de todo tipo. Difamaciones y trapos sucios eran la parte emocionante del programa de aquella noche. Miranda trató de envolver al público asistente, para que se abanderizasen con algunos de los irreconciliables invitados.

Varios asistentes opinaron cargados hacia uno u otro bando. Miranda seguía solicitando atrevidos a la porfía. Sin que nadie se lo pidiera, Tomás levantó su mano izquierda muy derechamente. Las cámaras tomaron su rostro inmediatamente. Miranda se entusiasmó con el pequeño, pareciendo haber estado esperando el momento y le acercó el micrófono muy hábilmente. Doña Prudencia, sonreía de una sola muela

y perdía rápidamente el color. El niño, se levantó con una postura elocuente y departió un fluido tratado, mientras dispersaba onduladas gesticulaciones.

“No importa los ojos que abramos, las canas que nos manchen, los callos que nos minen o el tamaño de las alas, se conoce o no se conoce la parte escurridiza. La parte buscada. La parte necesitada.”

Miranda, sólo pudo someter una interrogante mueca en su cara. El público, quedó semi descalabrado, al no poder asociar el tema con el surrealismo pintado en sus mentes. El moderador, permitió que el niño continuara, contradiciendo instrucciones en mímicas de su coordinador.

“Si un Ángel hoy nos concediera un deseo, sólo silencio deberíamos pedir. Silencio completo para encontrarnos. Entonces tomaríamos los ojos de uno, canas y callos de otro y las alas del último. Los vestiríamos por todo un día. Ataríamos los sentimientos de ellos a los nuestros.”

A lo mejor entre todo esto pudiésemos sentir algo escapado, escondido o perdido de cada cual. O quién sabe, si quizás podríamos llamarle verdad a este injerto de híbridas misiones.”

Miranda, comenzó a retirar su micrófono disimuladamente. Tomás no parecía tener intenciones de callar. Doña Prudencia se desesperaba en un baño de sudor más frío que los muertos. Su cara estaba matizada por una mirada de vergüenza social. El niño, continuó su carga, poseído por las inquietas musas del momento. Sus ojos estaban perdidos en ninguna parte y ceñía el gesto como si tuviese cuarenta años.

“Si el público quisiera entender el problema de la educación, así como de otros mil problemas del mundo, pedirían silencio al Angel. Apagarían sus televisores ahora mismo y buscarían ponerse en el lugar de quien quizás los busca. Se atreverían a caminar la mitad o algo más de la brecha, invitando al contra parte a caminar el resto.

Todos podemos comenzar ahora. Yo quisiera pedirles a aquellos que en realidad quieren mejorar sus circunstancias que, por favor apaguen sus televisores. Piensen en esto por un momento. Este programa no nos hace mejor en nada, ya que de todas formas esta discusión no nos lleva a ningún lado.

Apaguen los televisores ahora mismo y pregunten a sus hijos, a sus nietos o a otros niños como mejorar la escuela, como integrar su mundo al suyo y que ellos esperan de usted. No espere otro momento hágalo ahora mismo, apague el televisor.”

Espontáneos aplausos de apoyo surgieron del enmudecido público. Aquí Miranda le retiró el micrófono y sonrió sarcásticamente a las cámaras. Miranda contaba con vasto historial de desafueros, críticas y retos de todos los tipos. Pensó que aquello era una filosofía de histeria de la cual ya conocía. Se expresó con gesto bastante despectivo para terminar con el asunto.

"Todo eso suena muy bonito chico, pero me parece sólo todo un embeleco. Aquí estamos en la tierra y para embelequero otro. Y ahora veremos algo muy real, unos comerciales."

Comenzaron los anuncios comerciales y Miranda se alejó del muchacho como si estuviera arrojando algo muy apestoso. Trató de

buscar conversación con sus alcahuetes del estudio. La abuela comenzó un regaño chillón a su nieto por hacerle pasar la vergüenza más grande de su larga vida.

Al cabo de sesenta segundos, comenzó de nuevo el trillado musical, indicando que se reanudaba el programa. Miranda preguntaba por dónde iban antes de semejante comentario. De repente, la fogosa Señora Raíces se levantó de su asiento y se acercó a Miranda. Sutilmente tomó el micrófono de las manos del moderador y con tosca gracia dijo.

“Embeleco o no, lo que el nene dijo me pone a pensar. Por ser esto lo más sensato que he escuchado hoy, seguiré su consejo. Me voy para mi casa a buscar. Todavía no sé qué, pero voy a buscar algo. Llamaré sin duda a mi nieta. Yo les aconsejo a mis combatientes compañeros a que hagan lo mismo y que se vayan a sus casas, a un teléfono cercano o a donde les plazca.

Con el permiso de Miranda, no me presto para estas cosas más, creo que no tiene sentido cuando todos hablamos y nadie escucha. Apaguen sus televisores y busquen a sus hijos. Ellos pudiesen tener la respuesta.”

Terminando lo dicho, entregó el micrófono al animador que lucía desconcertado. Caminó hacia la salida y no miró atrás jamás. Le siguió casi de inmediato su archí contrincante, el Señor Mangual. Este pensó que tenía cosas más importantes por delante y que con ángeles o sin ellos se puede mejorar el día si es que se quiere. El escueto señor Mangual siguió el patrón establecido con incitaciones más enfáticas.

"Vamos que mañana es otro día. Todo el mundo para sus casas. Que nadie se quede y el último que salga, que apague la luz."

Todos en el público, se contagiaron infantilmente con la charada y comenzaron a salir como si el espectáculo hubiese terminado. Una algarabía de líneas chabacanas fue voceada por el conglomerado que marchaba desorganizadamente. Miranda, patidifuso, no impidió tal migración hacia la cordura.

Tomás se levantó y esperó por Doña Prudencia. Antes de pasar por el atrio de la puerta fueron tomados en escena, agarrados de mano, caminando cabizbajos y en silencio. Pareciera que salieran de misa o funeral.

El tal Joe le invitó a la Sra. Maldonado a unas cervezas en las afueras del estudio. Esta aceptó con la condición de que ella pagaría una segunda ronda.

Cuando casi todos habían marchado, Miranda, miró a sus alcahuetes y les preguntó por el tiempo con que contaban. Estos le indicaron la triste realidad de que aún faltaban algunos veinticinco minutos de eterna e improvisada soledad.

En el auditorio sólo quedaba una distraída pareja moza que permanecían sentados en la parte trasera de las gradas. Miranda tomó su micrófono y se dirigió hacia ellos con una pregunta de rigor.

¡Bien Muchachos! ¿Qué ustedes piensan de esto que...?

La pareja, al percatarse de que los próximos eran ellos, se levantaron de sus asientos, les dieron la espalda a las cámaras y se marcharon del estudio flanqueados de risas burlonas. Entre tanto corre y corre, Miranda ya estaba un poco molesto. Para rescatar la noche de aquel fiasco, optó por improvisar un monólogo que distanciaba del programa pautado.

"Todo esto me recuerda una vez que fui a Chicago. Iba con mi hermana por la calle cuando..."

Las marcas de audiencia televisiva de aquel día se dividían marcadamente en dos partes. Muy aceptables antes y despreciables después del fiasco. Según un estudio de una agencia acreditada, un sesenta y tantos por ciento de los televidentes que sintonizaban el programa aquella noche, había seguido el consejo dado y apagaron sus televisores.

En las afueras del estudio, Tomás recibía un estrepitoso regaño salpicado de contacto físico y docenas de palabras altisonantes. La septuagenaria abuela no podía aplaudir lo que había sucedido. Se sentía tan miserablemente dolida, que le era imposible percatar que estaba solo comenzando un segundo capítulo del episodio.

Otra señora de su misma edad, que también se retiraba del auditorio, intervino, aconsejando a la doña que lo tomara con más calma. Le indicó que algún día venidero se reirían ambos de todo aquel desagravio.

Doña Prudencia dejó de gritar, pero por dentro le prendía un fuego intenso. Cuando llegaron a la casa, Tomás fue restringido de salir por

algunos días como premio a su magna osadía televisada. Estoy seguro de que ni el castigo, ni las amenazas, ni las inminentes secuelas movieron al niño de su curioso comportamiento. En la escuela también continuaron sus andanzas de indiscreto subversivo del libre pensar.

Su tónica social se estaba convirtiendo en un lastre muy pesado para el clima escolar. Las maestras dudaban de criticar al laureado, pensando que podrían frustrar su ímpetu de aportar al proceso. Parábolas inquietas surgían a cada momento sin discriminación de tema, lugar o tiempo. Algunos de sus compañeros, trataban de copiar en sus cuadernos las inspiraciones que Tomás repartía en sus lapsos inesperados.

Otros, menos afines, solamente se burlaban niñamente de tanta palabrería rebuscada. Ya sus partituras literarias comenzaban a tener un aire excesivamente sofisticado y sus tiempos de pensamiento niño parecían cosa del pasado. Una mezcla demasiado incómoda, seguía humilde pero prolífico, vivía calmado, pero agitando la colmena.

Y lo que tenía que suceder, sucedió por fin. Tomás fue llamado a la oficina de la principal y se le indicó que no continuara afectando el ambiente escolar. Le explicaron que sus comentarios desviaban la ruta trazada para su grupo y que estaba en antagonismo con un buen clima escolar. La principal, personalmente, le dijo que por el bienestar de sus compañeros evitara sus espontáneas aportaciones.

Muy especialmente, se debería cohibir de expresiones sobre el alto costo del Colegio y los neurológicos puntos religiosos. El estudiante entendió claramente el mensaje y con alguna dificultad, cesó sus andanzas de filósofo aficionado. Doña Prudencia al enterarse del

cambio, agradeció infinitamente la intercesión de la religiosa. Ella consideraba que esto libraba al niño de un enorme obstáculo en su aprendizaje.

Algunos maestros notaron el cambio y felicitaron al niño por su supuesta mejoría espontánea. No obstante, las evaluaciones académicas no reflejaban eso. Tomás, conservaba básicamente las mismas calificaciones que antes de la entrega de su mamotreto y que durante su volátil período de exteriorización de pensamientos. Siempre imperó un sesgo, pero en esencia el niño permaneció siendo el mismo. Nunca trató de imponerse, aprovecharse o lucirse maliciosamente. Fueron igual de numerosos sus críticos que sus adeptos.

De la misma forma en que su notoriedad se difundió, comenzó un período de enfriamiento y de reintegración al esquema grupal impuesto. Volvió, sin que nadie le solicitara, a sus antiguos compañeros, temas e intereses. Tal vez por cooperación, reseñaba de nuevo, el patrón esperado y considerado por los demás normal. Sin musas, sin refranes, sin polémicas y sin problemas, todo volvía a ser muy fácil.

Un hermoso pero largo día escolar de abril, se encontraba Tomás levemente distraído en su clase de inglés. A su salón llegó un emisario de la principal que le indicó que estaba citado a la oficina de la religiosa inmediatamente. En camino de su cita, se cuestionaba así mismo si había hecho o dicho inconscientemente algo adicional que ameritara tal llamado.

Cuando llegó a la oficina, su sorpresa fue encontrarse con nada menos que el Padre Dionisio Alabastros. La misma eclesiástica figura que le pidió su famoso trabajo para mecanografiarlo y reproducirlo. La

principal procedió a abandonar la oficina a solicitud del Padre Dionisio. El niño con notado entusiasmo sonrió de esperanza y le preguntó sin disimular su interés.

¿Qué le pareció? ¿Está bien?"

El padre Alabastros no brindó respuestas al momento. Sobre el escritorio reposaban el original y una copia del mamotreto. El padre lucía carente de entusiasmo y su vista viajaba esquivamente entre el niño y los cuadernos manuscritos. Su tétrico cuadro parecía el de un cura que estaba a punto de desilusionar a un pequeño. Su acento hispano era más de incomodidad que de la buenaventura del evangelio.

"Tomás... hemos leído, mecanografiado y analizado todo tu extenso trabajo. Al momento no hemos podido llegar a decisiones concluyentes, pero, entendemos que nos debes explicar ciertos puntos muy importantes."

Tomás quedó enmudecido y era sólo oídos al padre Dionisio. Este a su vez, exponía mientras caminaba de lado a lado de la oficina como una bestia enjaulada.

"Nada nos hubiese gustado más que publicar tu trabajo. En un momento dado llegamos a pensar que era extremadamente bueno. Pero en ella hemos encontrado un generoso número de pasajes que necesitamos que nos expliques."

El niño entendió mal y pensó insulsamente que los clérigos no habían podido descifrar los pasajes literarios que componían la obra. Le indicó al oficial vaticanal que muy gustosamente él le explicaría. El cura

ignoró su insulsa inferencia y le expresó que se habían seleccionado treinta y cuatro pasajes escritos que levantaban serias dudas sobre la moralidad cristiana del trabajo. El niño insistió que se le informara cuáles pasajes se refería para poder defender sus postulados.

El cura tomó un sobre legal de su portafolio y extrajo una docena de hojas mecanografiadas sangradas en delineador amarillo y extensamente comentadas con manuscritos a muy culta tinta. Del mismo recipiente sacó otra serie de hojas, pero sin comentar y se las entregó silenciosamente al muchacho. Cada hoja, de las retenidas por el padre, tenía en su parte inferior derecha, seis firmas muy estilizadas. Pareciese que fueran parte de algún documento legal muy importante. El cura comenzó su exposición de manera pausada y certera.

“Bien aquí en la página noventa y dos de tu manuscrito, primera de las que tienes en tus manos dice lo siguiente...”

El Padre comenzó a leer la extracción lo suficientemente pausado como para poder analizar su contenido al mismo tiempo.

"Y buscaba el aprendiz debajo de cada piedra en aquel inmenso desierto de mentiras, mientras se decía a sí mismo.

- Dios está por aquí, ellos me lo dijeron.

Siguió buscando por semanas hasta desfallecer a momentos. Levantaba las rocas pesadas y las volteaba buscando el Dios de todo. En su delirante búsqueda divisó un árbol en la lejanía.

- ¡Un oasis!

Dijo para sí mismo varias veces, mientras corría hasta el lugar y al llegar a este, se topó con un anciano sentado sobre una pesada piedra redonda. El viejo miraba fijamente al horizonte cuando el aprendiz le preguntó.

- ¿Qué haces por ahí?

- Busco a Dios. Unos instructores me dijeron que él estaba bajo alguna de estas rocas. Está escrito y es así. ¿Tú sabes dónde está? Si lo encontramos podremos gozar de...

El viejo no mostró mucho interés por el relato y continuó mirando al limbo. El aprendiz le preguntó qué le pasaba. Este le relató una historia radicalmente distinta a la que el aprendiz estaba acostumbrado a manejar.

- ¿Tú no creerás esas patrañas? Morirás por ahí buscando bajo los ocho billones de rocas que hay en este valle. Lo peor de todo es que no hallarás nada. Morirás buscando entre mentiras.

El aprendiz se ofendió y olvidando su cansancio le gritó al viejo.

- ¿Quién eres tú para hablar así de Dios? Eso está escrito y nadie lo puede negar.

El anciano sin separar la vista del horizonte le indicó.

- Yo fui el primer teólogo que ha pisado esta tierra. Fui yo quien ideó todo esto de Dios y las piedras.

- Lo hice sólo para que la gente se buscara a ellos mismos. Lo que veo día a día, es gente cegada por el sol y moribundas en la búsqueda de lo que no está fuera, sino adentro. Ellos sólo desean exigirte alguna prenda, para que cuando mueras aquí poder quedarse con ella. Hijo cuéntame. ¿A ti, qué te han exigido?

El aprendiz contestó en voz muy baja.

- Mi voluntad y mi alma.

El viejo continuó.

- Sí sé lo que es la voluntad, pero no sé lo que es alma. Pero te aseguro que, si ellos te lo pidieron, es algo muy valioso.

El aprendiz, se impacientó algo más y le estrujó una pregunta con mucho reto.

- ¿Qué? ¿Me vas a decir dónde está Dios o no?

El anciano, despegó su mirada del horizonte y miró al aprendiz a la cara. Se levantó de la roca con alguna dificultad y le dijo en un sobrio tono convencido.

- Tomad esta roca, cargadla y llevadla hasta el horizonte en el otro extremo del desierto. No mires atrás, sólo carga y camina. Allí lo encontrarás.

El aprendiz obedeció y partió hacia lo lejos. Tambaleante, con su pesada carga, se alejó por una ruta de ida a ningún lado. El anciano

buscó otra roca cercana y se sentó majestuosamente. Miró al horizonte opuesto a la partida del aprendiz y dijo.

- Miles de años han pasado y la gente no aprende. No es en fábulas, ni en piedras, ni en libros que deben buscar. Todo está dentro de ellos mismos y siempre se pierden."

Al terminar la lectura el padre sacó un pañuelo de su caluroso hábito negro y se secó profundamente su veraniega frente. Sin permitir defensa alguna, cambió de papel y continuó su interrogatorio.

"Aquí hay otra parte en la página ciento trece que dice."

"Y en la tierra de todas las verdades, las fronteras entre los hombres, el temor y el oportunismo habían muerto con el último Dios. Los días no se contaban por soles y estrellas sino por unidades de logros alcanzados. El amanecer y el anochecer de todo lo vivo ya no estaban atados a relatos lejanos de vida y muerte.

Las pequeñas y las grandes mentiras se borraron para siempre y perdieron su significado las palabras; gobierno, frontera, religión, miedo, tuyo y mío."

El padre pausó un segundo muy doloroso y sentenció.

"Si sigo leyendo, seguiremos encontrando los conflictos de que te he hablado. Te miro y veo a un niño, pero hemos leído y analizado todo esto y estamos muy preocupados. Sólo para confirmar, te voy a preguntar y espero tu mayor sinceridad. ¿Estos textos sobre religiosidades, los escribes pensando en nuestra madre iglesia?"

Tomás quedo en silencio. No ofreció respuestas verbales, aunque ya no eran necesarias. De su triste y asustado espectro sobresalían sus fatalistas ojos que confesaban culpabilidad. Un funesto frío que bañaba sus manos y le hacían sentir el peso del devenir inmediato. El enviado de la arquidiócesis continuó con su indeseada misión.

“Por lo visto, no podremos auspiciarte más en tus atrevidos planteamientos. Obviamente, debes entender que, tus ideas no son cónsonas con nuestra filosofía institucional o con las creencias individuales de muchas personas aquí. Por lo tanto, hemos decidido no publicar tu trabajo.

Quiero que sepas que pudo haber sido mucho peor. Te aconsejaré que moderes tus posturas ya que puedes hacerte mucho daño a ti mismo. ¿Me entiendes hijo?”

Tomás asintió tímidamente con movimientos lentos de cabeza, pero sin levantar la mirada que clavaba en el suelo.

“Aquí tienes el original y una copia mecanografiada de tu trabajo. Nosotros nos quedaremos con otra copia para seguir analizando tus ideas. Sólo una pregunta te haré. ¿Por qué piensas así de nosotros?”

La disyuntiva sirvió de invitación a Tomás para romper su cautivo hermetismo.

“Somos personas que nos acostumbramos a escuchar las cosas de una forma y nos resulta difícil cambiar una melodía o una letra sin que nos suene imperfecta. Somos como los animales que siempre ejecutan por instintos declarados por la selección natural. Las verdades rompen a

veces, desarmonizan y arriesgan hasta nuestra propia supervivencia animal.

La escuela, muchas veces vive una rígida melodía de fantasías y colores que no se arriesga a hacer solos de oído. Siempre persiste en una coda a lo mismo, aunque el universo sigue cambiando. La escuela sigue, no busca. Puede que me equivoque, pero lo único que he hecho es preguntar.”

Tanta palabra compleja y sombría desarmonizaba con su voz chica. El Padre Dionisio no podía dar crédito a sus oídos, aunque sintió un tanto de afinidad con el sublevado pensamiento del muchacho. Le recordaba sus sevillanos años mozos y la lógica rebelde que lo precipitó a su ordenación clerical.

Aquella misma impulsividad que se le apagaba con los años, los golpes y la preferible comodidad. Sin embargo, prefirió someter una última advertencia sin importarle la redundancia de sus intenciones o la ambivalencia de su propia conciencia.

“No te entiendo. Sólo espero que puedas cambiar esa manera tan tuya de pensar. Yo siendo tú, reflexionaría lo que estás haciendo. Tienes un talento privilegiado. Eso es un don. Si en alguna ocasión necesitaras ayuda, puedes buscarnos. Pero no esperes a que se te haga muy tarde.”

Tomás recogió sus copias y se despidió secamente del cura mensajero. Al regresar al salón estuvo realmente retraído, divagando en el episodio anterior. La maestra le hizo una pregunta y él ni siquiera se enteró. Su rostro no ofrecía rasgos de sentimientos algunos.

Cuando fue a su casa, con mucho trabajo y un poco de dolor, le explicó lo sucedido a su abuela. Esta aceptó como correcta la opinión oficial ofrecida por el Padre Dionisio. Ella realmente estaba convencida de que este desenlace sería lo mejor para su nieto. Para Doña Prudencia, un lápiz en las manos de su nieto ya era un instrumento demasiado peligroso para su dichosa e irreverente inquisición.

Al llegar aquella noche, después del aseo y las rigurosas bendiciones de su abuela, el niño se enclaustró temprano en su habitación. Al adentrarse las horas y no poder conciliar su sueño, se levantó de su lecho.

Encendió la luz y se ubicó en su pequeño escritorio. Allí permanecían las copias de su notorio mamotreto que tanto agonías como exquisitos momentos le habían causado últimamente. Tomás los miró con sutileza, suspiró con suavidad y balbuceó unas líneas que ni el mismo entendió.

Sin pensarlo más, activó su tocacintas y dispuso una pieza musical clásica muy conocida por él. Era una fuga en G menor de Johann Sebastián Bach. La fogosa melodía fluía proveniente del sudor de la noche y borraba el silencio sacro. Quien se desvelaría hasta las tres, perfilaba la energía de escuchar repetidamente tan robusta pieza. Tomás abrió un cuaderno nuevo y en su segunda página comenzó a escribir con mucha ligereza. Pareciera que no estuviera pensando lo plasmado que brotaba a movimientos de fuga.

"Mil folios no bastarán para aniquilar al enemigo más grande que tiene el ser humano, su miedo a conocerse a sí mismo. Por esta razón, seguiremos adelante por caminos sembrados de dudas, buscando

siempre, aunque fuese por el mismo peso de la indignación, una gota de verdad que sacie mi sed por un segundo.

Y si me preguntan porque lo hago de esta manera. Solo les diré que, en un lugar tumultuoso y recóndito de mi interno ser, lee un aviso que me guía a no sentirme responsable por sentimientos trastocados, por esquemas profanados o por estilos ignorados. Es allí mi propio corazón.”

Luego, el misterio irreverente acompañó el luminiscente haz por otras tres horas. Mientras tanto, escasos susurros inquietaban los ensimismados fluidos vertidos por el discernir profundo de la noche. Entonces, extinguida por el sueño, el juicio o alguna otra crisis ambulante, la tarea de luz y fuga cedió a un silencio sensato y perfecto.

Imagen Central

*“No cesaré en mi imprudente deseo
de poblar fértil estas páginas
enunciando el verbo y los adjetivos
que hoy la vida insiste en ocultar
y que le atañen solo a la verdad.”*

El Reguerete

*"Los adjetivos no importan
ni atañen los estilos que profesemos
Lo que realmente pesa son las
intenciones cobijadas tras ellos,
esos son los principios."*

Hay quien piensa que, para entender a cabalidad en una partícula poética requerimos desarticular meticulosamente cada verso. Ellos entienden que, para tal análisis, tendríamos que comprender el juicio métrico en que pasea toda estrofa y la caprichosa selección de recursos de cada línea o cada palabra. Por suerte, con excepción de ciertos eruditos de la temática poética, nosotros en el conglomerado mundano, percibimos los elementos señoriales de manera artesanal. Tendemos a apreciar con fugaz perspectiva los momentos que nos trae el viento y el tarareo desinteresado o placentero.

Esto parece ser un dilema muy sencillo, salvo por la verdad que nos hace afines al recado espiritual. Este mismo recado que se manifiesta en cada verso y cada acorde. De ahí que se asevere que todos tenemos algo de poeta. Y es que en cada mente late una rebelión poética que a veces se manifiesta vorazmente. Se alimenta, consciente e inconscientemente, de las porfías inagotables que a cada segundo se desdobl原因 en nuestro íntimo diálogo.

Ni siquiera los más afirmados seres pueden negar estos esquemas. Estas luchas son las que crían nuestras tendencias más arraigadas, a la vez que gestan nuestras fugases creaciones. Es en estas disputas constantes

donde retamos, improvisamos y revelamos cada inédito gesto de nuestra travesía existencial.

Ocasionalmente, una porción de estos gestos fluye al estricto ámbito de lo concreto, con o sin nuestro consentimiento. Nacen entre furias y besos, pintando miradas, caricias, heridas y hasta nudos en la garganta. Queriendo o no, en su andar de alma en alma, expanden el albedrío y estimulan el discernir universal. Yo solo sé que, a veces nuestras dotes racionales quedan trastornadas con sus desgarradores gritos. Gritos, que sin procurarlo forjan ecos en la eternidad. Que más se puede esperar de ellos.

Porque nada ocurre por casualidad y nada es transparente al referido proceso. Inclusive la venerada suerte que, aunque ajena a nuestro total control, resuelta es por una humilde ecuación cósmica. La probabilidad de estar en el lugar apropiado en el momento apropiado es meramente, la mejor definición de la susodicha suerte. Tan simple como aquella estrecha callejuela de una vía donde el desvelo proscrito volvía a sus andanzas.

Calle de urbe añeja, invadida por cientos de roídos vehículos que descansaban en el frío silencioso de sus motores ferrosos. Olorosos armatostes aceitosos, de perfumados interiores narcisistas, capaces de narrar tantas cotidianas cabalgatas por leguas de anónimos senderos. Testigos únicos, de la profana luz que se escurría desde la ventana solitaria de la centrada residencia. Solitario satélite, de un desvelo que curtía la noche en el deseo de hacerse escuchar en sus necias dimensiones. Insólito trasnoche, extendido por extraviados años en una banal hipérbole de desvirtuada realización. Sin embargo, algo crucial e

inusitado, sucedería más pronto de lo esperado y con repercusiones más devastadoras de lo que él o yo hubiésemos deseado.

Luego de varias horas y al finalizar el ingenioso momento, un mecánico aullido de cincuenta decibeles, de un atrevido impresor de impacto, rompía el sigilo nocturnal. Después de cinco minutos y medio del agudo chirrido, llegó el descanso a la luz y a la obra, hasta el próximo aviso. No tardó en irrumpir el despertar. Eran las cinco y media de un fresco y oscuro alba de noviembre. Súbitamente, comenzó un singular monólogo estereofónico proveniente de algún aparato digital dentro de la alcoba.

En la total oscuridad de la habitación, despertaba una voz que emulaba un timbre muy similar al de un conocido anunciante de radio. La voz en la oscuridad presentaba una dicción errática en ciertas consonantes y un ritmo matemáticamente mecanizado. Programadas frases, surgían de un par de repetidores de una veintena de vatios, mientras una minúscula señal luminiscente y de color escarlata vibraba al ritmo de las palabras.

Hola Tomás...

Despierta, no sueñes más...

Son las cinco treinta y uno de la mañana...

Del lunes, diez y ocho de noviembre de 1996...

Saludos, hoy es un nuevo día del resto de tu vida...

La frase del día es...

El que renuncia al sufragio es como el soldado que entrega su fusil al enemigo – J. Martí...

Tus actividades para hoy son...

Una pausa de diez segundos se consumió, antes de continuar el repertorio de rigor, que articulaba esta vez en la voz de una locutora femenina.

UNO,

LECTURA DE CORREO ELECTRONICO,

DOS,

SOBREVIVIR EN LA CARRETERA,

TRES,

LABOR EN LA OFICINA COMENZANDO, OCHO TRENTA HORAS, FINALIZANDO, TRECE TRENTA HORAS,

SUBGRUPO VISITAS

CATORCE HORAS ELADIO GARCIA, SABANA SECA

QUINCE HORAS SANTOX CARIBBEAN, GUAYAMA

DIECISEIS HORAS ACTIVIDADES LIBRES

DIESCISIETE HORAS TIEMPO OFICIAL DE SALIDA

CUATRO, TIEMPO PERSONAL

FIN DE LA AGENDA PARA HOY

Luego de otra silenciosa pausa de quince segundos comenzaba un idéntico toque de levante.

Hola Tomás, Despierta, no sueñes más Son las cinco treinta y dos de la mañana Del lunes diez y ocho de noviembre del presente año Saludos, hoy es un nuevo día del resto de tu vida La frase del día es...

De repente y con una ronquera de cama llegó una contestación. La afirmativa estuvo mayormente como una negativa imperativa.

"Capisco"

Toda la ceremonia se interrumpió y las luces de la habitación comenzaron a activarse paulatinamente sin mediación de movimientos fisiológicos o mecánicos. Muy impersonalmente el mecanismo vociferante continuó su informática tarea a destiempo.

LECTURA DE CORREO ELECTRONICO... PROCEDIENDO

"Tempo"

Contestó un despeinado, todavía ronco y necesitado de afeitarse, joven de veintitantos años, mientras se desarropaba parsimoniosamente. Con entumecidos y costosos movimientos de torso, se sentó en la cama, mientras se acomodaba su corta cabellera con su diestra. La cama de media plaza, que le servía de apoyo, definitivamente, no era el epicentro de la habitación.

Un escritorio modular, de tres piezas en forma angular, ocupaba una esquina y dos paredes completas del reducido dormitorio. Sobre el tope del escritorio poblaba un despliegue de equipo informático algo más que exagerado para el resto del cuarto. Un computador personal, contaba con el usufructo de más de una docena de periféricos electrónicos de marcas y apariencias tecnológicas distintas.

La escena, obviamente delataba a un afanado entusiasta del indescifrable que hacer computadorizado. La unidad central era del tipo torre de tres pies de altura, de color negro opaco y descansaba sobre el tope del esquinero del escritorio. Dicha unidad, tenía un logotipo adherido que indicaba "FCC-5000 PROCESSOR INSIDE" y lucía media docena de aditamentos de diversas categorías. Toda una pieza de arte de aquella era de siglo XX.

Contaba con orificios frontales, para un repertorio de medios magnéticos y ópticos, afines con casi cualquier alternativa del capricho comercial de los ingenieros asiáticos. Sobre el tope de la unidad central, descansaban un modulador inalámbrico, con capacidades de transmisión microondas de datos de punto a punto y un curioso aparato periférico rotulado "ANTI-TRACER".

Ambos instrumentos, estaban encadenados entre sí por un cable de datos muy sencillo. El modulador, era una caja negra del tamaño de un paquete de cigarrillos y contaba con una negra antena flexible de seis pulgadas de largo.

El llamado "ANTI TRACER", era de un tamaño similar al modulador, pero resaltaba en un color azul llamativo. En su tope ilustraba ciertas advertencias o regulaciones de uso en una etiqueta pegadiza

anaranjada. En el esquinero del escritorio dominaba un visor o monitor de brillante color negro con pantalla de 27 pulgadas diagonales.

El elegante visor, gozaba el prestigio de una marca nipona centenaria muy famosa por sus innovadores enseres electrónicos. Desde el tope del monitor, un par de diminutas cámaras de vídeo observaban hacia el puesto correspondiente al usuario. Dos bocinas estereofónicas de mediano calibre y dos sensitivos micrófonos se acoplaban disimuladamente empotrados en el aparato de vídeo. Un extraño teclado color hueso cubría el medio frontal del esquinero del modular. El artefacto estaba físicamente segmentado en cuatro partes para propósitos ergonómicos muy sofisticados.

Un puntero tipo ratón invertido, exponía una esfera de dos pulgadas perimetrales simulando a una mano izquierda sosteniendo un pequeño mingo de billar. Un impresor de tecnología tipo láser a color, con tres bandejas y una modesta impresora de impacto residían en el extremo izquierdo del mueble. En el mismo lado izquierdo del mueble, había un digitalizador de páginas que ocupaba una superficie sustancial del tope. Otros curiosos artefactos, merodeaban la realidad virtual en el mismo lado del escritorio.

La cablería que se observaba sobre y bajo el escritorio, era impresionante y desconcertante a la vez. Sin embargo, el desorden más concentrado se ubicaba en el lado derecho del modular. Dicho costado, contaba con un utilitario abarrotado de libros, manuales y papeles de todo tipo. Nerviosos escritos se acumulaban en papeles sueltos, cuadernos de apuntes, viejas libretas escolares y hasta en superficies tan inauditas como pedazos de bolsas de papel.

La desordenada colección estaba agrupada en secciones casi inapreciables. Entre el rebuscado caos sobresalía un grupo de libretas grapadas por sus portadas y de desgastada apariencia docente. Por último, casi perdida entre tanto aditamento y tanto reguero, una foto de dos por cuatro pulgadas de una sonriente anciana que compartía un doble marco de cerámica con otra foto de la misma época, pero de una dama mucho más joven.

Por todo el modular y el resto de la habitación, se dispersaban media docena de ceniceros sobrecargados de vestigios de mil fumadas de rubio cigarrillo americano. Poblaciones de cenizas, filtros quemados y cerillos impregnaban un hedor a barra en la habitación. Restos de varias latas vacías de cerveza nativa y vestigios de comida también rondaban por los alrededores.

Una gran taza, curtida por el consumo de café, descansaba cerca del teclado. El envase era de cerámica color blanca y tenía una inscripción en promocionales letras de formato "curieer" rojas que recitaba **"INTERNET without VISUAL E-MAIL is not INTERNET anymore"**. El resto de la decoración semejava más una oficina clandestina que un dormitorio.

Cubriendo gran parte de una pared, un enorme tablón de edictos pedía clemencia atestado por docenas de papeles, memorandos y recortes de periódicos. Una bandera nacional de dos por cuatro pies adornaba la pared más cercana a la modesta cama. Piezas de ropa y calzado reposaban dispersos en el desorden que reinaba en el lugar.

Tomás miró todo en la habitación y le otorgó la mínima atención del instante. Con un letárgico movimiento de su entumecido brazo, oprimió

la barra espaciadora del teclado y automáticamente del azabache monitor renació en un mundo de brillantes colores. Un chasquido de energía estática y un pequeño indicador verde luminiscente señalaban el progreso de la operación.

En un término de varios segundos, comenzó a distinguir una serie de imágenes un tanto bizarras sobre la planicie oscura de la pantalla. Una colección rebuscada de coloridos íconos gráficos, se distribuía por los cuatro bordes de la pantalla. Ciertos íconos, estaban encadenados entre sí, indicando relaciones grupales entre ellos.

El trasfondo central de la pantalla era una ilustración de un planeta tierra que rotaba sus verdes y azules en un inclinado eje. El planeta, parecía flotar en un infinito de estrellas y su velocidad de rotación era de una lenta vuelta cada treinta segundos. El indicador visual del puntero en la pantalla tenía la forma de una diminuta mosca multicolor, muy similar a un verdadero insecto posado sobre la pantalla.

Un mensaje parpadeaba en la pantalla junto a un icono de tres cuartos de pulgada en el centro inferior del recuadro. El símbolo parpadeante, simulaba la silueta de un pequeño pensador de Rodín, observado desde un lateral. Bajo el icono, se leía el mensaje "E-MAIL WAITING" en pequeñas letras parpadeantes. El recién despertado se levantó y se ubicó frente al escritorio vistiendo su escasa ropa interior.

Parsimoniosamente, se sentó en una acojinada butaca de oficina cubierta de estrujadas piezas de ropa, que completaban el juego al desordenado modular. Con la misma ronca voz mañanera indicó al pendiente interlocutor electrónico.

"Avanti"

El equipo procedió a obedecer el último comando sin dudar una fracción de segundo y contestó su parlamento a través de sus bocinas en su tono agradable, aunque mecánico.

LECTURA DE EMAIL...

COMENZANDO ENTRADAS REGISTRADAS

SENDER SANPEDRO

SUBJECT: CANCIÓN JESUS

FILE ATTACMENT: JESÚS.DOC

El primer correo electrónico venía acompañado de una sencilla trova cortesía de un compañero de charlas cibernéticas llamado SANPEDRO. Después de pocos protocolos y esquivando toda explicación del autor, Tomás comenzó a escuchar.

*Si Jesús estuviera aquí
pocos lo reconocerían
andaría a diario con amigos
y de esta canción se reiría*

*No iría a la iglesia en domingo
ni se acostaría temprano
no creería en los diarios
y mucho menos en milagros*

*Si Jesús estuviera alrededor
no viajaría en primera*

*ignoraría modas y dietas
y no se dejaría llamar señor*

*Vestiría jeans y camiseta
y una hermosa amante de color
le brindaría el carnal amor
en plena calle y sin etiqueta*

*Manejaría un auto usado
y quizás andaría endeudado
por andar por ahí ayudando
a tanto hermano necesitado*

*Si Jesús estuviese activo
estaría fichado subversivo
y en los comicios votaría
por partidos de minoría*

*Le gustaría de nuevo el vino
y las noches de tertulias
escribiría versos con música
para exponer lo divino*

*Si Jesús estuviese vivo
tendría un largo expediente
de causas y luchas pendientes
para dar el supremo sacrificio*

Una pálida sonrisa rompió la rígida expresión mañanera del oyente. Mientras estiraba su contexto fisonómico, Tomás comenzó a hablar en

un idioma previamente pactado con su compañero de coloquios electrónicos. Mediante una curiosa serie de órdenes verbales y sin mucho énfasis emocional, el joven hombre le impartió un nuevo camino al virtuoso computador.

*“STOP READING E-MAIL
Reply e-mail to SANPEDRO,
subject equal MINORIAS,
attach file, directory equal DECIMAS,
file equal MINORIAS7.DOC,
send.”*

De esta forma y sin manos, una décima de cuatro estrofas representó la respuesta a la epístola de SANPEDRO y el dilema de su amigo Jesús. Tomás se alegraba en silencio de haber impartido su propio acento al asunto en su métrica favorita. El archivo incluido en la réplica era una de sus primeras décimas. Sin embargo, esta era una de esas que nunca pasa de moda.

*En mi país de ilusiones
buscamos un camino
soñando como niños
y acentuando pasiones.
Aunque exijan condiciones
de renunciar soberanía
de la cautiva patria mía
y nos cierren las puertas
con la excusa siniestra
de que somos minoría.*

*Las mujeres son mayoría
y también son los pobres
pero ellos son tan nobles
que se visten de minorías.
Pronto llegara el día
en que pobres y mujeres
vencerán al que no quiere
escuchar esta noticia
de que respira la justicia
cuando la verdad vence.*

*No ha existido una causa
que surja desde arriba
ni una planta sin semilla
ni un poema sin su musa.
Pero esgrimen la excusa
del dinero y la hipocresía
en la farsa representativa
de candidatos e intereses
donde nunca amanece
a las mentadas minorías.*

*Serán la sal del mundo
y también los olvidados
vivirán afuera y abajo
sin derecho a un futuro.
Pero pienso en lo profundo
y colosal será la porfía
cuando llegue ese día*

*para dar el primer paso
que encause el reclamo
de la verdadera mayoría.*

Al terminar la encomienda, el sistema procedió a esperar por una nueva orden. Con el propósito de reanudar el recital mañanero el joven le impartió su orden de...

“Avanti”.

La señal bastó para seguir la lectura por donde había quedado.

**LECTURA DE EMAIL... CONTINUANDO
ENTRADAS REGISTRADAS UNO...
TITANIC USER GORUP,
TRES TRENTA Y DOS HORAS**

Sin dar tiempo a iniciar el mensaje corriente, el patrón ordenó con cierto desprecio y utilizando un barbarismo inculcado.

"EsssSkip"

El adiestrado aparato, comprendió sin vacilaciones el arrastrado término y continuó con el siguiente mensaje en la lista. El monólogo en esta ocasión fue totalmente ajeno al entendimiento del oyente que permanecía sentado. Varias oraciones fueron mecánicamente pronunciadas en un alejado lenguaje que no coordinaban en lo absoluto con las habilidades parlantes del computador. Era otro idioma el utilizado en ese mensaje recibido durante altas horas de la noche.

Tomás solo pudo entender sobre la autoría de un tal Hans Steff. El joven parpadeo fuertemente y sacudió la cabeza para entrar en conciencia de lo escuchado. En vez de solicitar una repetición de aquel laberinto lingüístico, aplicó otro comando verbal de mayor complejidad procurando resolver el dilema comunicativo.

"Translate...

E-MAIL Item Number Three,

Object language... Unknow

Destination language... English"

El complicado procedimiento le tomó al virtuoso equipo casi tres minutos de silenciosos procesos internos. Durante la espera, Tomás miró su reloj-pulsera dos veces y optó por permanecer sentado y dormitando. De repente, el mismo extraño mensaje comenzó a ser recitado en el alcanzable vernáculo shespiriano, mientras el despeinado receptor escuchaba.

MESSAGE THREE TRANSLATED TO ENGLISH

SENDER: HANS STEFF,

DENMARK,

TIME: FOUR TWO A.M.

OBJECT: Re: NORTH EUROPE'S POLITICS FORUM

TO: DREAMER,

ANYWARE I READ YOUR WORK AND I LIKE IT VERY MUCH.

I DO NOT KNOW WHO YOU ARE.

BUT, INCLUDE ME ON DAILY BASIS, PLEASE.

MY GOOD LUCK, DREAMER

OK HANS STEFF

OUT END OF FILE

A pesar de las limitaciones semánticas que ofrecía la traducción, el mensaje llegó con bastante claridad al joven oyente que inmediatamente tomó acción en el asunto. Sin vacilaciones, procedió a manipular hábilmente el redondo puntero hasta dirigirlo en una secuencia muy específica de comandos. Comenzó con STAR-MAIL, y continuó...

USER MAITENANCE,

ADD RECIVER,

FIND USER y POLITIC FORUM.

Una señal de obvia espera le indicó que era necesario escribir sobre el teclado un nombre. Terminó por teclear HANS STEFF y marcar con el puntero una señal de OK que esperaba en el fondo de la pantalla. Como respuesta apareció un indicativo de éxito a la intención deseada.

OPERATION COMPLETED

Entonces, el usuario se levantó de su cómodo lugar y lentamente caminó hasta el baño para continuar con los rituales matutinos. Después de una económica afeitada y otras rutinas se dirigió hacia la cocina. La empobrecida cocina en realidad no decía mucho. Un refrigerador veterano de varias reparaciones, un moderno horno micro hondas de medianas dimensiones y una estufa que había rendido sus últimas labores hacía años eran los testigos principales de aquella cocina delatora de su soltería.

Magnéticamente, se dirigió a la nevera y con la siniestra abrió el congelador. Una gran colección de bolsas de papel, rotuladas con un marcador rojo, exhibían claves que indicaban su contenido. LU-DES, MA-DES, MI-DES, JU-DES, VI-DES, SA-DES, LU-ALM, MA-ALM, MI-ALM, JU-ALM, VI-ALM y SA-ALM, eran las únicas opciones posibles.

Tomó el cartucho marcado LU-DES y lo depositó despectivamente en el horno micro ondas sin abrirlo siquiera. Tres minutos tardó en diligenciar el proceso de preparación del misterioso desayuno. Procedió a sacar la bolsa aún sin abrir, pero ahora muy humeante y colocarla sobre un plato llano y parcialmente sucio que tomó del fregadero. Colocó el plato sobre una pequeña mesa de cuatro sillas y desmembró la cobertura del marcado papel. El menú vigente contaba con dos fajitas de queso, jamón de pavo y sustituto sintético de huevo por llamarlo de alguna manera.

Devoró el desayuno mansamente, sin consumir liquido alguno y sin intervención de más cubiertos que sus propias manos. Todos los residuos de papel generados en el proceso se convirtieron en desechos y el plato regresó a su lugar de origen. De nuevo se dirigió a la nevera y tomó el recipiente rotulado LU-ALM correspondiente al almuerzo de ese día.

Retornó al anárquico aposento, soltó el empaque, recogió la curtida taza cafetera y se la llevó a la cocina. Sirvió agua del grifo del fregadero hasta la mitad de la taza y la colocó dentro del microondas todavía húmedo de su última tarea. Programó dos minutos de alta intensidad y se dedicó a indagar en un anaquel laminado ubicado bajo

el fregadero. Con el encuentro de un frasco identificado con una etiqueta comercial culminó la búsqueda.

El frasco leía en su etiqueta "PUMP UP, HIGH CAFFEINE INSTANT COFEE" y continuaba en tipografía menor "Include non dairy cream & artificial sweetener". En un plano inferior quedaban las instrucciones de uso "USE ONE TABLET PER 8 ONCES OF HOT WATER" y ciertas advertencias de rigor. Tomás sacó del frasco tres cápsulas del producto cada una del tamaño de una moneda.

A la primera señal del horno electrónico, saco la taza de agua hirviendo y le adjudicó las tres dosis de la mágica poción. Caminó al cuarto, taza en mano y todavía vestido en escasa ropa de dormir. Eran las seis, cuando se sentó en su gris butaca frente al inmenso monitor.

Sin mucho esfuerzo, encontró un bolígrafo sobre el caótico escritorio y lo convirtió en un perfecto agitador para el humeante y espeso brebaje color roble. El computador permanecía activo en espera y mostrando su gráfica planetaria en angulada rotación. No se hicieron esperar las nuevas directrices.

“MUSIC “

“MOZART”

“JUPITER”

De repente el aparato interpretó su necesidad y se ofreció como la sinfonía número cuarenta y uno, también conocida como “Júpiter”, de Wolfgang Amadeus Mozart. La impecable pieza se mezcló lentamente

con los sorbos del adulterado café para arrancar en un impetuoso deseo. Muy decididamente, marcó con el puntero esta vez un icono que ilustraba una vieja máquina de mecanografiar.

Un arcaico programa de procesamiento de palabras fue la herramienta seleccionada en aquel momento. Pausó por un momento y meditativamente dijo...

“¿Qué escribo? ¿Digan, qué escribo ahora?”

Las voces no tardaron en llegar. Utilizando las escasas dotes del programa, escribió poseído mientras probaba los otros sorbos del café triple cargado. El trance duró casi una hora y el resultado parecía valer mucho más que el tiempo invertido.

Citatorios

*"Nuestra razón para vivir
no debe confundirse
con los pretextos que
adoptamos para incumplir."*

En el instante en que crucé el incomprendido umbral de la existencia material, me precipité ante la báscula eterna del juicio mayoritario. Allí sopesaron todos mis hechos y las talladas desventuras del apresurado viaje que recién culminaba. Nada quedó sepultado por olvidos u opacado de parcialidades inconcretas. Ventilaron abiertamente mi colección de experiencias y las innumerables expresiones acontecidas. Después de repasar el aburrido conjunto de

intenciones que acompañaron tanta escena banal, la tambaleante balanza no se definía a la diestra o a la opuesta de mis hechos.

Continuaba pues, un juicio vacilante sobre la ambivalencia de un hombre descomprometido y centrado en sus condiciones y circunstancias. El riesgo obligado y el tiempo perdido devoraron las progresistas acciones de aquella última oportunidad terrenal. Nada definitivo brillaba para otorgar un poco de espacio entre los crecientes y mucho menos entre los lúcidos. Severas amonestaciones y requerimientos de firmes gestas de valía determinarían la justificación de otra existencia. Mi espíritu, temió de conjetura y tembló de inmensa vergüenza ante el supremo reclamo.

De mi etéreo interior, brotaron desesperadas señales de un genuino clamor de retorno al ruedo terrenal. Ideas incautas e insensatas de mi posterior trayecto combinadas con caudales de emociones cruzadas de mi imperfecta esencia resolvieron la defensa. Siete citatorios ciegos y desligados, me permitieron declarar para contrapesar la ambigüedad de mi anterior existencia. Y los propuse en este mismo orden...

Citatorio Uno

“El dinero, entre otras cosas, es la medida de la infelicidad humana. Justificamos nuestra desdicha en el cuánto necesitamos y vagamos facinerosamente en el qué haríamos con el tanto que no tenemos. Bienaventurado aquel que encuentra toda su felicidad en una canción de obra, en la risa de un niño o en el perfume de una campestre mañana, porque su intrínseco precio es eterno.”

Citatorio Dos...

“El sentido patrio es la armonía entre la tierra y los espíritus que se manifiestan en sus moradores. El movimiento creativo de la patria comienza con los que trabajan el lodo. Esa suele ser la mayoría numérica que utiliza el material primario para satisfacer primitivas necesidades y explotar la parte orgánica e interesada de sus almas. De ahí solo esperemos creaciones pasajeras en la futilidad de la superficie.

Existen otros menos, que obran el macizo barro que brota bajo el lodazal que la mayoría explota. Los que a esta fuente llegan, forjan artesanalmente instrumentos de libertad y trabajo, conducentes a un grado más completo y perdurable. Estos útiles de alfarería patria, a pesar de ser perecederos, suelen brindarse a nuestras generaciones venideras sin intereses y sin glorias.

Un pequeño tercer grupo, llega a la inmensa cantera proveedora del material que surte los caminos y las estructuras patrimoniales. Estos seres cumplen con la misión de explotar la piedra de lo hermoso y forjar el futuro de gente ajena sin sentir sus callosas manos. A estos canteros del porvenir, les debemos el camino seguro y el lecho tibio que nos cobija.

Por último, aflora esporádicamente, una ínfima porción de creadores lúcidos que realizan la genuina orfebrería del espíritu. Estos seres se afanan en esculpir joyas exquisitas, para el deleite de toda criatura presente, forjando prendas eternas y tesoros sin precio, por el mero amor de hacer patria, mundo, galaxia y universo, con lo mejor de sí mismos. Generalmente, estos artistas de la conciencia cobran su arte

con el martirio de la incomprensión y la abrupta desaparición terrenal. Sin embargo, sus joyas permanecen apreciadas, porque el lustre infinito de sus verdades deslumbra el cosmos con su luz espiritual.”

Citatorio Tres...

El arma más fuerte que poseemos para combatir la agudeza ingrata de la injusticia es la resistencia pacífica. Nunca se debe confundir con la inacción o el conformismo y no tiene comparación con ninguna otra forma de lucha. No es infalible ante el bélico y rencoroso elemento que nos rodea, aunque da la imprescindible batalla de vida, sin lanzarnos hacia el abismo de la incesante destrucción. El que se arma de voluntad y razón no teme la culminación de su camino, victimizado por las garras del desamor y el vicio. Se postra solo ante su desconocida capacidad de lucha, para comprender y completar su sendero.

Este pacifista e inconforme luchador, denuncia y combate lo inaceptable, mientras avanza perseguido por la posibilidad de ser ultimado a manos de su violenta contra parte. Aun así, peregrina y discurre poseído por su cometido al progreso sin verter otra sangre que no sea la propia. Es un ente, sin precio, de inconmensurable valor ético. La resistencia moral, tiene el privilegio de derrocar las irreverentes murallas de nuestra historia, sin derramar el mar de fuego que acompaña tanto cambio abrupto. Irradia potentemente la conciencia de los justos y de otros no tan universales, aún después de la probable inmolación carnal.

Por eso, es que un ser dispuesto a resistir y combatir la arraigada injusticia terrenal, lucha armado, con implacable filo de su propia convicción moral y se escuda únicamente con la verdad. De esta humilde manera da la pelea y cuando el destino se lo requiere, entrega el todo hasta el final. Este es el invencible guerrero del futuro.”

Citatorio Cuatro...

“Confiamos siempre en ellos y nos siguen engañando. Nos ocultan el verdadero talle de la gente y de sus precisas intenciones. Nos ocupan la conciencia con el curioso sentido de obtener sin participar. Fuente primaria del contacto contextual y fomentador principal de la barrera del prejuicio. Por ellos determinamos en referencia al físico visto, sin buscar el contenido y la intensidad espiritual de los seres que cruzan a nuestro haber.

Seguimos la conveniente jerarquía de la dictada estética, que cubre la frágil cubierta material, sin entender, lo esencial que el ropaje comercial no muestra. Antes de emitir sentencia sobre un coexistente, ciérralos y observa fijamente las intenciones que definen al hermano. Desviste los complejos y los prejuicios para que te enteres de esta vieja noticia. Nos engañan nuestros propios ojos.”

Citatorio Cinco...

“Invariablemente el trabajo ha determinado tanto la libertad como la opresión de todo humano durante el paso de los hechos. El trabajo es, sincronía premeditada, entre la fuerza creadora de cada cual y los propósitos de quiénes determinan las prioridades. Un ser pudiese

entenderse libre en función de la disyuntiva de su propio trabajo. Otro ser no lo es, en tanto no pueda de por sí, determinar el qué, el cómo y el cuándo invertir su esfuerzo.

No son los vaivenes circunstanciales los que nos atan, sino el ancestral esquema de producir y acumular irracionalmente para otros, lo que nos limita. Donde el producto no fomenta el bienestar general sino el caudal de su coordinador o pseudo-dueño; existe entonces un amo. Donde una ínfima remuneración eufemiza y eterniza la profunda desigualdad entre semejantes; entonces existe la explotación.

Donde la veterana aristocracia, el favoritismo proselitista, el nepotismo intencionado, la pigmentación epidérmica, la eterna herencia u otras nefastas mentiras reparten suerte sobre los verdaderos productores, no habrá trabajo sino vergonzosa injusticia. Y la injusticia no es sino otro nombre para el desamor. El verdadero trabajo, es la voluntaria expresión de crear equidad entre el productor y el beneficio.

El que obtiene ese dominio, obtiene libertad de ejercer la conciencia. El producto laboral de un liberto consciente es la medida visible de su adelanto y es el vehículo creador de su mente para beneficio del conjunto. Lamentablemente, el producto de un liberto inconsciente suele acumularse en sobrantes y otras formas, que a la larga entranpan a sus congéneres y a su propia descendencia.

La conveniencia de algunos, puede que levante objeciones a todo este discernir, pero aquí hay algo que no puedo callar. Las ciencias económicas, el interés individual y las otras fuerzas que gobiernan el

esfuerzo creador en la faz de este planeta, nunca han podido explicar por qué un niño muere de hambre cada minuto, si existe un gran exceso, que, por siglos, se pierde en las haciendas de unos pocos.”

Citatorio Seis...

“El instinto superlativo, de todo procreador, es lograr la prevalencia de sus crías en el áspero entorno al cual los traemos. Muy cercano a este, se ubican, los no menos importantes, intereses de crianza exclusivos del sistema humano. Sometemos la prole a la vida, con o sin el entendimiento, de una conciencia activa o el matiz del buen juicio universal.

A veces, sin darles a discernir el valor activo de la autosuficiencia dentro del trabajo colectivo. Otras veces, obviamos inculcarles el interés inquisitivo por la verdad u otras pequeñas herramientas del vivir. Es muy probable, que no les brindemos los elementos existenciales, que determinarán el curso subjetivo y la aportación absoluta de estos accidentados experimentos progenitados, que entendemos como hijos. La transmisión de la valorización universal demarca el borde entre un padre y un procreador.

Este gregario propósito, es el súbito abismo entre las paridoras y las madres. La ausencia de este juicio se traduce en manadas de huérfanos con vivientes ancestros, esparcidos por la noche, el frío y la ignorancia. Esta necesidad de sembrar conscientemente nuestro impulso nato, para la cual biológicamente nos entregamos, debe ser el grado filial que nos desviva en nuestros sutiles retoños.

Retoños, que se traduzcan en sueños, de eternidad forjada en la amalgama de esotéricas inspiraciones y en otras exotéricas suertes no tan intangibles. La verdadera paternidad imparte entendimiento, desenmascara al vicioso afecto por lo material, siembra principios consecuentes con la felicidad que brinda el rendimiento óptimo de la existencia y acentúa la cuantía de los valores eternos. La procreación consciente, debe cobijar la iniciativa pacifista y fomentar la incisiva crítica al lastre social, que inunda nuestras circunstancias.

Debe también, fundamentar el combate constante a la injusticia, pero sin entregarse a la banal sed de destruir. Por último, debe establecer una mesada de teoremas inquirientes, de la genuina belleza que trasciende las irreales vanidades de la fisionomía cosmética. El desarrollo creativo de los eventuales artesanos de la equidad y del universo, fomenta el mejor arquetipo de intención y provee alternativas para la descendencia inmediata y venidera. Concede también, participación en el trabajo por y para el común, libre de intereses mezquinos, pero con pleno entendimiento de causa y efecto.

Y, sobre todo, no pretende abstraerse de coparticipar en la comprensión cabal del objetivo más extensivo y definitorio, el amor. Nuestro real sueño, no es otro que la suerte y supervivencia evocada en el legado útil de estos y de otros instintos humanizantes. Instintos que trascienden la inminencia del vástago nativo y encuentran promisión en cada uno de la especie. Porque no existen hijos de otros cuando observamos íntegramente a los niños. Y si nos percibimos con detenimiento, veremos a los niños que habitan en cada cual, entendiendo así, por qué no existen ellos, sino solamente muchos nosotros.

La palabra; "nosotros" fue la última de ese citatorio agobiante. Callé sediento de una respuesta aliciente. Un silencio compuesto de sólidas miradas y labios de piedra rodeaba mi espera. La tambaleante balanza no se definía a la diestra o a la opuesta de mi esencia, continuando aquel juicio vacilante entre mis desbocadas palabras y mi ambivalente deseo.

Todas las ideas, habían desfilado sin fijar el resultado de aquella oportunidad terrenal. Nada definitivo, que me otorgara un poco de espacio entre los crecientes y mucho menos entre los lúcidos. Pero imprevistamente, de mi etéreo interior brotó una última señal de genuino clamor de retorno al ruedo terrenal.

Citatorio Siete...

“Desde mi primer latido en este viaje, navegué vacilante por los caminos que me ha tendido el destino y que compuse al pensar, al desear, al hablar y al obrar. Rumbos diversos y encumbrados, se extendieron desde el absoluto raciocinio delineado hasta la psicodelia interna de mi inaccesible naturaleza. Transbordé por los verdes pensamientos que demarcaron lindes en mi remota infancia y avancé ciego por los hostiles senderos de la oscura incertidumbre.

Curtí mis manos de sudor y lágrimas, pero también les di a manejar la entrega y la benevolencia. Moje negligente mis labios en injurias y envidias, aunque no los cohibí de generosas palabras alicientes. Aluciné con pensamientos desatados de complejos y bebí del placer a tragos gordos. Vestí de sangre, mugre y de harapos y viví dentro del círculo dorado del privilegio y la abundancia.

Enfrenté dudoso, a dioses establecidos y a demonios temerarios para descubrir tras ellos a hombres infames. Cuando tuve que escoger entre la vida y la muerte, escogí el amor sin pensar en el costo. Indagué y sigo buscando una porción de la diluida verdad. Sembré inquietos sueños, coseché un poco de todo y quedé esperando más.

Después de todo lo que me ha privilegiado, quedo, aún tan lejano de la plenitud y la lucidez. Un afán demente, me propulsa al caprichoso escenario del convulso e incoherente retorno. Una energía doblega inmisericorde mi juicioso proceder, disipando mis dudas sobre el todo.

Es una fuerza desmedida, apasionada e insensata, sin nombre en el mundano repertorio, la que me guía, me apega y me somete a seguir luchando fanáticamente, con la prestada materia en esta impredecible justa, que someramente llamamos vida. Cuanto me falta, no sé. Solo sé que quiero llegar por el mismo camino que el privilegio de vivir plenamente entre la piel, el deseo y la efímera tribulación. Por eso sin que me acaricie duda alguna y apostando mi propia existencia aquí lo grito. Deseo, ruego y exijo retornar.

Mi citatorio terminó en el abrupto silencio y en la espera de un veredicto definitivo. Por mi ser fluía un tembloroso vibrar que me sujetaba a mi última deposición. Con imperceptible firmeza, la balanza se deslizó sin prisa hacia un resultado irreversible. Pronto, el designio me fue entregado por una voz que percibí de por siempre conocida y amada.

Tu pasión te ha consumado. Ningún citatorio tiene lugar si no lo estampas del ímpetu que ahora te invade. Razona, vive y crea, pero

con el vigor irremplazable de cada respiro. Entiende que aquel que constantemente labora en su deseo y acosa a la inercia, deja huellas que prevalecen en el viento. Y sólo aquel que marca huellas, amerita el infinito privilegio de otra misión de vida y amor.

Ya conoces una ínfima parte de tu difusa misión. El ahora, el aquí y otros accidentes de la eternidad, definirán tu camino por el resto de ella. Pero nunca olvides, que únicamente el apasionado amante universal es capaz de iluminar su parte en la infinita creación. Así que vuelve a aquel mundo y no te falles a ti mismo.

Al terminar su última línea, subió el parpadeante cursor al tope de la primera página y lo bautizó, “*Citatorios*”. Acto seguido, indicó un comando escrito al computador para resguardar el texto reciente en la unidad de disco interno. Luego de grabarlo en un rebuscado directorio, colocó su mano izquierda sobre el puntero y con un nervioso movimiento de sus dedos, activó el icono ilustrativo de un cartero caminante.

La sección de rigor continuó con... SEND FILE TO FORUMS y SELECT FORUM.

Aquí el nervioso insecto en la pantalla procedió a señalar una serie de alternativas simultáneas de los distintos foros disponibles, para repartir el texto recién nacido. Cada uno de estos foros cibernéticos representaba a su vez electrónicas audiencias públicas en las cuales se discutían los mensajes y las intenciones. Una vez allí, los archivos quedaban al uso y disfrute de los interesados y los curiosos de hoy y de siempre.

Miles de usuarios repartidos a través del globo, husmeaban diariamente entre foros de preferencia sin más interés que el conocer y el brindar. Constantemente los involucrados escribían, leían, criticaban, aportaban o se desligaban sin ningún compromiso ni ataduras. Ningún lugar más desafiante para ser escuchado. Estos foros eran muy cercanos a los antiguos banquetes griegos donde se discernían los intereses cultivando la libre retórica del pensar y el debatir copa en mano.

Las selecciones optadas por Tomás fueron nueve grupos de intereses muy diversos. Rápidamente marcó en la pantalla con una señal de cotejo los temas FREEDOM, RAINBOW, SPANISH, LATIN, INTERNAT, POLITIC, MISCELLAN y PUERTORIC. Una vez terminó de señalar este último, apuntaló un icono representativo de una bandera de cuadros alegórica a la llegada de una carrera de autos. Inmediatamente, en la pantalla se ilustró una secuencia descriptiva de los pasos ejecutados.

El lapso de los mensajes transcurrió de manera pausada como si alguien pensara de línea en línea hasta el final de la ejecución.

SOÑADOR ANTI-TRACER ACTIVATED
SENDING E-MAIL TO ORPE-STAT
ORPE ANTI-TRACER ACTIVATED
SENDING E-MAIL TO FORUM(S)...
FREEDOM, RAINBOW, SPANISH, LATIN, INTERNAT,
POLITIC, MISCELLAN, PUERTORIC.
END OF FILE
ORPE ANTI-TRACER DEACTIVATED END OF COM.

ORPE TO DREAMER
END OF PROCESSING

Con la última línea descrita en la pantalla, Tomás se levantó y caminó directo a su guarda ropa. Allí sus pertenencias parecían no tener un lugar fijo o cómodo. Después de un vacilante momento, tomó un pantalón de gruesa tela negra y cubrió su mediana textura humana. Lo combinó con una modesta camisa de trabajo de manga corta y de un pálido tono crema. Se agenció un par de zapatos de caminante de color marrón y huérfanos de medias.

Su preparación matutina continuó con unas conservadoras gafas que permanecían sobre su poblado escritorio. Las oscuras gafas le brindaban una breve apariencia de oficialidad a su casual semblanza.

Para terminar, colocó su almuerzo en un sencillo maletín del mismo color de sus zapatos y tomó un llavero repleto de historias. Antes de salir de la habitación, caminó hasta el frente del soberbio escritorio y le habló al equipo computadorizado por última vez.

"Hasta la vista Baby".

La trillada frase fue escuchada por el virtuoso equipo que le respondió con un simple hasta luego.

"Bye, Dreamer"

Entonces el poseído equipo procedió a recesar por el resto de la mañana. El azabache monitor del computador se apagó sin intervenciones manuales y de un chispeante sopetón. Igual gestión

ocurrió con las luces que estaban encendidas a través de la desolada casa. Antes de marcharse ojeó su reloj-pulsera y se percató que eran las siete y treinta y tres de la mañana.

Al salir de la casa, cerró el portón interior de la puerta frontal de su morada con dos candados de inmensa presencia. Otro portón que velaba el acceso desde la calle fue asegurado con una cadena de acero y un tercer soberbio candado. Así se despedía de la única residencia que había conocido como suya durante los últimos veinticuatro años.

Así otro día comenzaba con su peregrinación matutina. En aquella alba de noviembre, caminó casi quince minutos a un ligero paso vulgar y con su maletín en mano. Por su camino, decenas de autos poblaban el encintado y las entradas de las residencias. Ninguno de los autos cercanos era de su propia pertenencia. No había espacio asignado para su auto en su propia calle desde hacía mucho tiempo.

Esto a pesar de sus múltiples gestiones burocráticas y de sus múltiples solicitudes a sus vecinos. Debido a la extensa proliferación de automóviles en su área, Tomás acostumbraba a estacionar su vehículo en un lote comercial a cuatro cuadras de distancia. Nada cómodo, pero sí muy seguro. El lote contaba con cierta vigilancia intermitente durante las veinticuatro horas de varios días de la semana y además le era gratis.

En su caminata, observó a dos automóviles del vecindario recientemente vandalizados y con un cristal destrozado cada uno. Los ejecutores tomaron las pocas cosas que podrían capitalizar y se desvanecieron en la madrugada anterior. El joven caminante, no le

prestó mucha atención ya que estos eventos formaban parte inherente de aquel perímetro urbano.

Lo que sí llamó su atención, fueron dos promontorios de escombros recién depositados frente a las residencias de otros vecinos cercanos. Los depósitos eran obras de la vieja tradición de arrojar la basura en la casa ajena. Posiblemente ciertos contratistas de la construcción aprovecharon también la oscuridad de la noche para depositar sus enormes desechos en plena calle.

Con ello también depositaban la responsabilidad en los inocentes vecinos, que atados a una nueva ley que les confería la paternidad de los recientes adefesios que aparecían frente a sus puertas. En los labios del caminante una indignada palabra soez surgió en homenaje a los autores del bárbarico depósito. Su andanza continuó esquivando los autos mal estacionados, un gran número de previstos obstáculos y escenas conocidas de su eterno vecindario.

Al llegar al lote comercial se acercó a su auto con cierto recelo. Le dio una vuelta completa mientras le observaba que todos sus detalles estuvieran en orden. Aquel auto era un compacto japonés de transmisión automática con algunos quince años mal administrados en sus costillas. Su desgastado color gris estaba poblado de cicatrices oxidadas firmadas por cada esquina y por cada lateral. El añejado compacto no recordaba cual fue su último lado sano. Al terminar la inspección, el joven se colocó frente al parachoques frontal del auto y con una determinada voz dijo.

“Lázaro, levántate y camina”

De repente, una mágica secuencia comenzó a ocurrir sin las mediaciones convencionales. El auto encendió sus luces tres veces mientras una señal auditiva se repetía simultáneamente. Un par de segundos después de la última señal, el motor del auto se activó y comenzó a trabajar en revoluciones un tanto aceleradas. Por último, el cerrojo de la puerta correspondiente al conductor cambió a posición de abierto.

El conductor abrió la puerta mientras el auto continuaba su calistenia matutina. Tomás se sentó frente al volante sin prestar atención a control alguno. Solo dirigió sus manos a la guantera, desde donde extrajo una cajetilla de cigarrillos, del rubio tabaco americano de su preferencia. De allí también obtuvo un encendedor con el que realizó su función sin el menor esfuerzo.

Mientras el auto calentaba su corazón de templada calamina, siete humeantes inhalaciones expandían el indigente pecho del conductor. Con la última exhalación, Tomás encendió manualmente el radio del auto. Sintetizó una emisora de un extremo del cuadrante en frecuencia modulada que presentaba una música extranjera muy moderna. Elevó el volumen del radio hasta conseguir la frontera entre la distorsión y el buen ánimo matutino.

Al comenzar su pausado trayecto, salió del solar de estacionamiento por el predio sur. A pesar de que su ruta se orientaba hacia el norte, buscaba rutas alternas a la ingrata realidad de la vida, pero siempre desembocaba en lo mismo. Continuó su indeciso desvío por unas secundarias callejuelas, antes de dirigirse inevitablemente a la inmensa caravana de pesares por la vía principal. El luchado ritual era una

monumental autopista de cuatro carriles en cada dirección que fluía lánguidamente en un mar de autos. La situación no mejoraba cuando, además de los carriles legales, los paseos de emergencia a cada lado eran invadidos por desesperados transitantes que violentaban las más elementales normas de civismo.

Ocho carriles y ciento cincuenta mil humeantes contrincantes, se arrastraban entre improprios y malas intenciones a cada lado de la vía. Una disputa sin forma y de pocas reglas debatía cada rebaso del inmediato marchante con abundante ferocidad. Según se complicaba el debate por una posición en el hostil tráfico, Tomás cambiaba las emisoras de radio.

A mayor tráfico se encontraba, más agresiva era la música que se sintonizaba en el receptor y mayor energía procuraba en el volumen. Había una proporción análoga entre el “crescendo” de la música, la adrenalina y la horrible batalla de automóviles. El agónico evento transportista, se prolongó por más de una hora a pesar de que solo eran ocho millas. El último tramo fue especialmente trágico.

El turno previo al del compacto gris, lo ocupaba un auto muy grande, con un conductor muy dadivoso, que le otorgaba el derecho de paso hasta a los conductores no solicitantes. Esto le motivó a otra fumada y cinco maldiciones adicionales. Al llegar a la estrecha área de Santurce, cruzó por una ruta muy localista hasta su destino. Entró con su auto al patio de un edificio de cinco plantas, muy roído por el desprecio del tiempo.

El edificio, tenía una sola entrada a sus interiores que daba por el lado opuesto al lugar asignado para estacionar. Presentó su auto en retroceso

en un área rotulada "RESERVADO INVESTIGADOR II -O.R.P.E". El edificio contaba con una vieja colección de docenas de ventanales de cristal ahumado y en muchos casos fracturados por eventos no muy fortuitos de la vida. En ciertas áreas, pedazos de madera sustituían al cristal caduco por el maltrato.

Aún dentro del auto, apagó el radio y tomó el maletín marrón. De este sacó una codificada tarjeta de identificación con su foto y las siglas O.R.P.E. Abrió la portezuela y al bajarse del auto el motor continuó encendido en bajas revoluciones. Caminó hasta el frente del vehículo encendido y repitió sólidamente las mismas trilladas palabras...

"Hasta la vista, Baby"

Esta vez el auto cerró sus seguros y silenció su motor sin dudar intenciones. Luego, Tomás caminó hasta el frente del antiguo edificio que rotulaba ORPE - OFICINA REGIONAL DE PLANIFICACION ECOLOGICA y procedió a entrar. Un pelotón de trabajadores esperaba frente a la puerta por la hora exacta de entrada. Permanecían casi inmóviles fumando, conversando de hipismo y porfiando en todos los ámbitos. Uno de estos varones mostraba su camisa medianamente desabotonada mientras vociferaba.

"EL DIA QUE ME PEGE EN LA LOTO, ME MUDO EN LA CASA FRENTE A LA CASA DEL DIRECTOR PARA GRITARLE TODAS LAS MAÑANAS. ¡TRABAJA QUE ESO ES BUENO!"

Otro no menos alborotado comentaba sobre un chabacano programa televisivo, mientras imitaba a uno de los personajes más impropios de dicho segmento. Tomás entró al vestíbulo del edificio quince minutos

antes de la hora pactada para comenzar labores. En la recepción dominaba un amplio y colorido retrato del actual gobernador en una pose ejecutiva característica.

Su sonrisa en el retrato era implacable como su negro traje y su perfecto peinado. Todo un modelo de retrato o un retrato de un modelo. Tomás caminó rápidamente por un desgastado pasillo de cerradas puertas y rayadas paredes grises. Un sucio tablón de edictos, repleto de convocatorias, avisos y otros tipos de comunicados, estaba cerca de la puerta del fondo.

En esta puerta rotulada "INVESTIGACIONES", vigilaba un rectangular aditamento electrónico que mostraba un reloj de digitales números rojos y una ranura para deslizar una tarjeta electromagnética. Ese artefacto era el responsable del registro de las llegadas a la vez que controlaba el acceso al área de trabajo. El joven deslizó su tarjeta de identificación por la ranura provista y la puerta emitió un seco sonido metálico.

Sin mirar atrás, procedió a entrar a un salón atestado de cubículos de apenas veinticinco pies cuadrados algunos. Eran cerca de dieciséis viejos escritorios subdivididos por falsas paredes acústicas claveteadas por cientos de grapas, tachuelas y cicatrizadas por el trabajo de años. Un vivo olor a oficina veterana flotaba en el silencioso ambiente. Todavía nadie había entrado a la sección de investigaciones de ORPE cuando Tomás se acercó a su escritorio.

Su unidad no era muy distinta a las otras quince. Su equipo computadorizado lucía en suma desventaja en comparación con la unidad que le despertaba cada mañana. El solitario silencio era un

escenario muy propio de aquella temprana hora. Aprovechó el lapso mañanero para revisar su computador que había permanecido encendido, aunque con su monitor apagado, desde el día anterior.

Ese era un tiempo muy valioso para ejecutar otras tareas no relacionadas con sus obligaciones de trabajo. Activó el monitor y lo miró con cierta anticipación para asegurarse de las últimas operaciones. En la oscura pantalla de quince pulgadas diagonales los últimos mensajes se iluminaban en gris claro.

RECVING E-MAIL FROM DREAMER

ORBE-STAT ANTI-TRACER ACTIVATED

SENDING E-MAIL TO FORUM(S)...

***FREEDOM, POETRY, RAINBOW, SPANISH, LATIN, INTERNAT,
POLITIC, MISCELLAN, PUERTORIC;***

END OF FILE END OF COM.

DREAMER TO ORPE ORBE-STAT ANTI-TRACER

DEACTIVATED

END OF PROCESSING

Su destreza delataba que aquella no era la primera vez que se escurría en una mañana ilícita. Después de asimilar rápidamente el contenido de la pantalla, deslizó sus manos sobre el teclado y apuntó con disimulo.

FORGET ALL

Oprimió la tecla de ejecución y todo fue cosa del pasado. Utilizando una llave de su comprometido llavero, abrió la gaveta izquierda de su escritorio. Allí estaba un "ANTI TRACER" de llamativo color azul idéntico al que operaba desde su estación hogareña. Tomás procedió a

desactivarlo rápidamente, moviendo el diminuto control de dos posiciones que se ocultaba en la parte posterior del pequeño aparato.

Colocó el saco de su almuerzo en la gaveta y la cerró con llave para comenzar formalmente sus tareas laborales. En su escritorio, abundaban los papeles y utensilios propios de sus tareas. Su área de trabajo no poseía rasgos personales significativos para ser considerada propia a simple vista. El teléfono de su escritorio comenzó a sonar sucesivamente pero el burócrata no lo levantó.

Sin inmutarse, comenzó a preparar su escritorio colocando los burocráticos papeles en sus burocráticos lugares. Estaba tan automatizado que parecía un cura preparando la comunión. Eran las ocho y veintiocho y el teléfono se quejaba mientras los segundos seguían contando. A las ocho treinta exactamente, tomó el auricular con el primer timbrado y contestó su credo.

“¡Buenos días!, ORPE, división de querellas, habla Tomás Landa.”

Escuchaba entregado mientras anotaba en un papel, gesticulaba afirmativas y tomaba datos vitales. Completó un kilométrico cuestionario con toda la información requerida. No emitió opiniones, juicios o promesas algunas. Solo procedió con la burocracia de rigor.

“Su querella señora es la número 9865-A-2873-5740 y le asignaremos un turno para visitarla el día... deja ver...el martes 12 de febrero por la tarde”

La contra parte tardó diez segundos en reaccionar y Tomás tuvo que manejar la angustia de la manera acostumbrada.

“Si señora, sé que es de aquí a tres meses, pero es lo más temprano que tenemos disponible. ¿Desea proceder con la querella? Ok, muy bien, pero recuerde que si por alguna razón suspende o no puede estar en la cita tiene que hacer otro turno. Ok, que tenga buen día... ¡Adiós!”

Así llegaron otras catorce querellas que Tomás despachó con igual habilidad gubernamental. Multinacionales farmacéuticas tirando un líquido negro en un riachuelo, compañías constructoras tirando los desperdicios clandestinamente, un derrame de ácido corrosivo en una escuela y escapes de sulfuros en una cogeneradora eléctrica de un pueblito remoto, eran algunos de los asuntos que le tocaba manejar.

Su difícil misión era, la de tratar de asignar una inspección previa, a la visita de algún equipo de limpieza o rescate. Gran parte de las llamadas terminaban por descartar la querella por los atrasos agénciales en las requeridas visitas de inspección. Otras menos, que, por ser emergencias muy obvias, pasaban a una línea caliente que las atendía con distinto rigor y prioridad. Hasta una falsa alarma de desperdicios nucleares provenientes de un laboratorio universitario, fue tramitada por el Inspector de Querellas II, Tomás Landa, ese día.

Así transcurrió la mañana hasta que el reloj alcanzó las once y cuarenta y cinco. De ese momento en adelante Tomás hizo su personificación de manco y sordo para no levantar más el ruidoso teléfono. A las doce menos cinco abrió la gaveta, tomó su almuerzo y a las mismas en punto cruzó el umbral de la puerta hacia el patio. Los tristes jardines de las oficinas de ORPE, contaban con dos deshojados almendros y una jardinera mutiladamente sembrada de cruz de malta.

Otros quince empleados salían al patio a disfrutar de tertulias y de aquel precioso día que más bien parecía un privilegiado regalo. Allí se sentó Tomás, solo, bajo el tibio sol de noviembre y comenzó su almuerzo. De la bolsa rotulada LU-ALM, sacó un emparedado de pan árabe relleno de un jamón y un queso todavía muy frío. Sin pensar mucho en eso, se enfrentó a él y lo devoró dócilmente.

No probó trago de clase alguno y parecía que no hacerle falta. Permaneciendo aún sentado en la jardinera, sacó un par de estrujados papeles de su bolsillo y comenzó a releerlos, mientras le impartía un par de anotaciones a lápiz. De repente un saludo lo despegó abruptamente de su ensimismado que hacer.

“¿Hola, que escribes? Apuesto que es otro de tus poemas. El último me gustó mucho, déjame ver que tienes ahí.”

Era Eugenia Sánchez, una joven tan tecnócrata como él, pero con mejores habilidades sociales que Tomás. La joven, trataba a Tomás de manera muy sencilla y resuelta. Había levantado sin querer el interés personal del excéntrico escritor computarizado y sus propias musas. Sus sólidos ojos negros y el trigueño color de su piel deleitaban al joven Tomás que siempre la miraba con cierto anhelo carnal.

No obstante, él, que no padecía de la patológica timidez que abundan en los seres encerrados en pequeños mundos, le contestó muy resuelto.

“¡Hola linda, que tal! Pues sí, es un poema y no es un poema. Es una vieja décima que guardo hace tiempo y la estoy recalentando. Todavía está imperfecta y sin la métrica correcta pero...”

La apuesta joven, que disimulaba muy bien su atribulada vida de madre soltera, se entendía excelente con Tomás por su trato amable y poco complicado. Sin esperar por más rigurosidad, le tomó los papeles de sus manos suavemente y le dijo con su mirada que se los dejara leer. Tomás no objetó lo que ya era inminente.

*Un sol no vive todavía
al sumarnos por la brea
en procesión que serpentea
una guerra a cuatro millas.
En jornada que dictamina
la mañana que no acaba
de motores asfixiada
y empeñando desde antes
la encerrona suplicante
de que termine la semana.*

*Es que entender no puedo
tanta vil inconveniencia
de una ciudad sin conciencia
de basura, prisa y miedos.
Cabalga en desenfreno
la supervivencia urbana,
en impía pelea malsana,
de armas, alarmas y ruegos
enrejados entre feudos
de herméticas barricadas.*

*Un millón y no sé cuántos
sobrevivimos en la losa
entre gatillos y otras cosas
rogando evitar un llanto.
Asolados por quebrantos
y mercaderes del terror
que fraguan en su error
licencioso de sus mentes
y no es que sobre gente
solo es que falta amor.*

*Liberándome de sentencias
que ni quiero, ni entiendo
me llevo hasta mis muertos
a donde respire inocencia.
No me faltan más experiencias
que las que pintan mis años
se lo que quiero y no extraño
ni el lujo ni la comodidad
porque si vivo con dignidad
la verdad será mi peldaño.*

*A la semilla me regreso
tierra adentro a buscar
con mi ente espiritual
una dosis de sosiego.
Campaña mía eres espejo
de un edén bien anhelado
y de mis hijos un legado*

*de dignidad y vergüenza
porque la mejor sapiencia
es la que evoca el trabajo.*

*Que la brisa con su ternura
y la sombra del flamboyán
me cobijen en mi afán
de anidar en las alturas.
Y no quedará duda alguna
de que en el campo es mejor
la existencia sin el dolor
que la desidia y la voracidad
de la manchada ciudad
sufre en contaminación.*

*Al fin tendré las estrellas
y montes de sensualidad
respirando a capacidad
redescubriré la siembra
de mi alma y de mi tierra.
A mi oficina campesinal
con alfombras de pastizal
y de matices mañaneros
siempre he de llegar, primero
caminando hasta el cafetal.*

*Me regresaré al platanal
donde inglés no es requisito
para disfrutar del exquisito*

*idioma del coquí y del zorzal.
De verde monte será mi capital
y mis vecinos muy sencillos
campeando por los trillos
entre suburbios de yagrumo
sin tanto ruido, ni tanto humo
y con más honra que los ricos.*

*Patria que vive por mis venas
a mucho orgullo de mi origen
siempre seré de Borinquen
porque ser jíbaro no es condena.
Y al partir yo, no quede pena
que derroque esta misión
ni intrigas en tu razón
para que al despedir mi hora
el honor de una estrella sola
arrope por siempre mi corazón.*

Eugenia terminó de leer la décima mientras Tomás permanecía observando enmudecido. Al final ella le devolvió los papeles y con un tono muy personal, le indicó su opinión.

“Sabes que... esta me gusta mucho más que la última que me enseñaste, además no sé por qué, me recuerda también a mí. Será por mis deseos de un día largarme muy lejos e irme a vivir al campo. Oye, pero ten cuidado con esa última estrofa. No se la vayas a enseñar a tu jefe, que tú sabes que ellos no bregan con eso de patriotas en esta agencia y yo creo que ya estás medio caliente por aquí.”

Sin pensarlo mucho, Tomás le contestó. Como casi siempre, sus palabras manejaban una retórica un tanto subversiva para los estándares de un empleado de tales agencias de gobierno.

“Total, para lo que yo hago aquí, no se pierde gran cosa. Quizás si la agencia de verdad sirviera para algo, pero esto aquí es todo un aguaje. Tú sabes de lo que hablo.”

Eugenia trató de desmentir el desaire, a la vez que buscaba entusiasmarlo, con un poco de cruda actitud positiva. No obstante, esa era otra de las intenciones genuinas destrozadas contra la frívola realidad.

“Mira quién habla, El inspector de Querellas II que ya mismo será III. Muchos darían un brazo por tu puesto aquí. Y con lo que tú haces, si sigues así te podrías pensionar con un buen cheque en algunos años.”

Tomás, que no creía en el famoso cliché de la jubilación del servicio público, le cortó el hilo sin mucho tacto.

“Eugenia, yo aquí no estoy cumpliendo una condena de treinta años. Mi interés realmente no es ese, ni se parece a ese. No estoy aquí para hacerle el juego a la agencia.”

Eugenia quedó un tanto desubicada con el giro de la conversación y le cambió el tema, a la vez que se despedía diplomáticamente.

“De verdad esta linda, mira a ver si haces una canción de ella o la publicas. Y aparte de todo, piensa bien lo que haces, sabes que yo te

aprecio porque sé que eres buena gente y no quisiera verte afectado. Bueno me tengo que ir, nos vemos luego, adiós.”

“Adiós bella”

Respondió Tomás a lo que Eugenia le inquirió.

“Quizás algún día pudieses escribir algo para mí. ¿Te animas?”

Tomás le asintió sin palabras, aunque quedó invadido por un leve toque de inquietud y deseo de hacer alguna riposta en la extinguida disputa. Así, Eugenia partió hacia su oficina mientras Tomás se dirigió hacia su correspondiente área de labores. Al llegar a su escritorio, se sentó y volvió a abrir la asegurada gaveta. Miró a su alrededor antes de activar eléctricamente el “ANTI_TRACER” y procedió a aplicar el comando CONNECT TO BABY en su computador.

En un recuadro de la pantalla se cumplió una silenciosa secuencia para completar el enlace.

Microwave seek Signal found

Select signal 25296-0014AE-11070F

Connection initialized

Login to BABY

Enter username:

El poeta clandestino, escribió hipnóticamente en el teclado la palabra “DREAMER” y procedió a oprimir la tecla de ejecución con la misma mano. La computadora, continuó pidiendo una contraseña secreta para autorizar su acceso. Tomás, introdujo once caracteres que combinaban

números, letras mayúsculas, letras minúsculas y un par de signos especiales. Al oprimir la tecla de ejecución el computador tardó unos diez segundos en responder.

INVALID PASSWORD – TRY AGAIN

PASSWORD:

Al ver el resultado, Tomás puso una mueca de sonrisa torcida y reintrodujo la contraseña, pero esta vez con más lentitud que en su intento previo. CU@He!!/666 Esta vez la conexión remota fue establecida y un unilateral despliegue de comandos completó el cuadro.

BABY say hello to máster DREAMER

Waiting for command

Transfer file sequence

Transfer file to máster domain

GOBIERNO_CNTL

Use Distribution list: GOVERNOR_TO_EVERYONE

File name: TESTAJIBA

Format: JPN_ENCRYPT

Size: UNKNOW

Owner: DREAMER

Trace: UNKNOW

Transfer In Progress

End of transmission

Bye ;-)

End of BABY connection

Disconnect from signal 25296-0014AE-11070F

Anti-Tracer Disconnected

Sin más trámites, el milagro electrónico había ocurrido libre de mayores contratiempos. A todos los niveles, los empleados gubernamentales que eran acreedores de computadoras estaban recibiendo un correo electrónico de un notorio remitente anónimo. Era la sexta vez que este pirata cibernético autodenominado “DREAMER” utilizaba clandestinamente los recursos del gobierno para publicar sus caprichosos poemas.

Mucha gente del gobierno especulaba sobre quién era y como se infiltraban en todas las cuentas de correo electrónico, sin dejar rastros y violando todo intento de la seguridad cibernética. Yo llegué a pensar que toda aquella trama era obra del comité de información táctica del gobierno tratando de desorientar a la oposición. Desde los burócratas de línea hasta el mismo gobernador recibían las inesperadas letras del insistente “DREAMER”.

Todos los poseedores de direcciones electrónicas, incluyendo jueces, senadores, representantes, maestros, policías, ingenieros, secretarías, consultores, y cabilderos, leían al unísono aquel fichero sin trazas ni huellas. Los alcahuetes, botellas, vira huevos, fantasmas, sopla potes y demás inmóviles elementos de la fauna administrativa, contaban con algo distinto a sus predecibles conteos de días en el gobierno.

Sin embargo, por su contenido, el mensaje llegaba más a los ciudadanos que honestamente se empleaban dentro del gobierno. Los mismos que ansiaban, sin decirlo, algún cambio, no de partido en el poder, sino de conciencia administrativa.

Muchos de estos, conservaban los cinco poemas previos, que relataban sobre valores y principios muy relevantes a sus realidades. Uno de los

escritos clandestinos, hasta llegó a ser reseñado por la prensa local por su agudeza al momento de describir las relaciones perniciosas entre cabilderos y gobernantes. Otro de los poemas, describía muy elegantemente la potestad del pueblo al buscar alternativas democráticas fuera de las maquinarias políticas tradicionales.

Particularmente, ese último escrito no tuvo ninguna mención en prensa. El quinto correo, fue uno profundamente poético donde describía a una orquesta de cientos de miles de niños que armonizaban con las tareas necesarias para la reconstrucción moral y social del país. En una de sus partes más interesantes, comparaba la armonía musical de la orquesta con la diversidad de tendencias racionales que aportaba cada segmento social del país.

El grupo de niños carecía de un director formal y su única regulación era la de eludir los extremismos dañinos dentro del espectro musical, y por tanto, político social también. Pero el poema que acababa de remitir trataba de cumplir una tarea distinta.

Hasta cierta medida, su tónica era muy sencilla, aunque con un sobrio acento. Mediante una tradicional décima insertada en otros versos, relataba la historia de un jíbaro campesino de los que quedan pocos. Sus versos confesaban sobre uno de esos hombres que han vivido de la tierra junto a valores patrióticos en peligro de extinción.

TO: Everyone

FROM: Dreamer

SUBJECT: Testamento Jíbaro

*Mi querido abuelo Juan
vivió teñido en plátano y café,
hasta que su aliento se fue
por eternos cerros de Urayoán
En mi añorado San Sebastián,
cantó las décimas que recuerdo
como testamento o evangelio
que ese jíbaro me dio a guardar.*

*Tras la molienda que terminaba
de regreso por el sendero
pregunté,
¿Qué te pasa Abuelo?
y me contestó la desesperanza
"Se muere la patria soñada"*

*Y al llegar a nuestra morada
su cuatro pidió empuñar
para desde el balcón cantar
a su tierra amada.*

*Y el instrumento de ausubo
resucitó de su sueño
en una trova de empeños
al tiempo detuvo.*

*A este pueblo humildemente
para mi cuna redimir
un décalo de simple vivir
legaré por pertinente.*

*Y de índole muy urgente
a su oído recitaría
sin sueños de Mesías,
y sí como un hermano
que brinda el atesorado
tesón de trabajo y vida.*

*Nunca niegues lo que eres
Boricua, Isleño y Puertorro
con honra de los logros
de los hombres y mujeres
que por todo lo que tienes
sacrificaron todo lo suyo.
Con tus colores y orgullo
desfila ante la vida
con la frente bien erguida
y luchando por el futuro.*

*No cantes debilidades
diciendo que somos así,
conócete primero a ti
y notarás las verdades
que defectos y bondades
pueblan siempre cada alma.
A la esencia Borincana
desesperos no achaques
o imperfectos destaques
de tu apreciada casta.*

*Busca historia verdadera
y fomenta tu cultura
para que no quede duda
de tu intención sincera
a la generación venidera
de conocerte a ti mismo.
Que no surja un abismo
por tu largo mestizaje
y no pierdas el mensaje
que hay solo un camino.*

*Ama a tu Isla hermosa
como un templo sagrado,
sin ofrecerla al mercado
cual si fuera poca cosa
a la turba que acosa
de funestos mercenarios.
Su tesoro milenario
légallo a tus sucesores
y no pienses en horrores
de venderlo al foráneo.*

*Mantén en vida perenne
las quebradas y los montes
y aquel sagrado bosque
que pinta la vida verde.
Vive siempre consciente
de que a ti te pertenecen
los deberes e intereses*

*de las playas y los mares
para que en esos lugares
abunden siempre los peces.*

*Honra los próceres natos
y las efemérides patrias
sin olvidarte de las hazañas
de Pedro Albisu Campos.
Sin que surja un quebranto
ve y responde al reclamo
que le grita al soberano
el veintitrés de septiembre
cuando la vida se detiene
en aquel pueblito lejano.*

*En norteñas latitudes
vive parte de la nación
boricuas de buen corazón
y con hermosas virtudes.
Por favor de ellos no dudes
porque suerte han buscado
en intentos desesperados
batallando con los filos
del discrimen y del frío
defendiendo el legado.*

*Compartir debes y aceptar
al que a esta isla llega
buscando desde otras leguas*

*para sus hijos un hogar.
No los vayas a maltratar
y menos si son antillanos
recuerda que a tus hermanos
en otros tiempos cuidaron
y sin interés acomodaron
como a mismos compueblanos.*

*Educa bien a tu prole
en lo serio y necesario
de ser boricua gregario,
de cuna excelsa y noble.
Y que en sus pasos logren
alcanzar la sabiduría
de entender que aquel día
que llegaron a respirar
esta tierra fue el lugar
donde recibieron la dicha.*

*Nieto mío hoy te digo
que al finalizar mi vida
no perdonaré si olvidas
la décima que aquí recito.
De ti también necesito
el mayor de los favores
despídeme con los honores
de mi estandarte borincano
sobre mis restos humanos
sin lamentos y sin flores.*

*Como rocío en la mañana
su cuatro se fue apagando
y un arpegio inesperado
se dispersó por la montaña*

*Entre su seis orocobeño
y el último de sus suspiros
retumba el recuerdo mío
su honor y sentimiento*

*Mi querido abuelo Juan
nunca olvidar prometo
aquella décima testamento
que me exigiste recordar*

*PS. Sueña y lucha con un lugar mejor y ciertamente lo lograrás. -
“Dreamer”*

Después de su secreta gestión, Tomás deshabilitó el aparato que protegía el anonimato de su atrevimiento. Cerró la gaveta, recogió sus bártulos y procedió a abandonar serenamente su oficina para comenzar sus visitas investigativas. Sin más vacilaciones, se convertía de “DREAMER”, el trovero recóndito, en Tomás Landa, el inspector de ORPE, que volvía a sus labores. Todo lo anteriormente ocurrido, no agitaba su temple, aunque Tomás sabía, el consecuente revuelo que sus ilegales comunicaciones causarían en todas las esferas gubernamentales.

El día seguiría su curso y para él, tan solo eran la una y quince de un miércoles cualquiera. Diariamente, durante cada tarde, el Inspector

Landa recorría los lugares donde se habían reportado violaciones al código de la casi inoperante Oficina Regional de Planificación Ecológica.

Su primera visita fue referente a un parroquiano que alegaba que todas las noches era visitado por basureros clandestinos. Según el anciano señor, hacía varias semanas que varios contratistas particulares aprovechaban el manto de la noche para depositar escombros en su pequeña finca de la periferia urbana. El grado de indignación y coraje del propietario era tal, que le confesó al investigador gubernamental su deseo de esperar y asesinar a los perpetradores.

Tomás no comentó y pareció importarle poco semejante atrevimiento. Solo se limitó a recoger los datos para el expediente y a asignarle el número de caso 1432-C163. Se marchó sin ofrecer promesa alguna al querellante. Después de todo, él sabía muy bien, que las probabilidades de encausar los violadores del código eran por mucho menor, a la macabra posibilidad de que el ciudadano cumpliera su sangrienta venganza.

La segunda visita, fue un poco más elaborada y correspondió a la monumental planta manufacturera de productos farmacéuticos, SANTOX, INC. Sus ostentosas facilidades, exhibían sendos jardines en el medio de dos colinas en la remota región sureste de la isla. Al llegar a sus portones, Tomás tuvo que identificarse ante dos guardias armados que procedieron a registrar su licencia y el contenido del baúl de su auto.

Así, la seguridad se pudo cerciorar, de que no portaba cámaras escondidas, audio grabadoras, materiales contaminantes o regalos para

los empleados. El protocolo siguiente, fue el de avisar su visita a otros celadores que le escoltarían por la ruta a seguir dentro de la planta hasta su destino. Allí se vería con el Señor Rey Rivera, encargado interno de querellas ecológicas y cabildero gubernamental.

La senda de llegada fue un imponente caminar entre tropicales jardines, un immaculado recibidor con pasillos de mármol blanco y el murmullo de una impresionante fuente de agua en bronce pulido. Todo era tan elegante, tan pensado y vigilado por las innumerables cámaras de seguridad que lo perseguían por el complicado trayecto. Al llegar a la oficina del señor Rivera, este lo esperaba sentado, sonriente y con la puerta abierta.

Cuando Tomás entró a su oficina, observó los múltiples elementos delatores de un estilo de vida del cual él nunca había disfrutado. Fotos familiares de paseos en veleros, trofeos de pesca y placas de reconocimiento por la cooperación monetaria a gestiones caritativas y proselitistas.

Pero lo más impresionante sin duda, era una foto estratégicamente colocada del Señor Rey Rivera rozando hombros con el Honorable Gobernador en una gala reciente en honor al partido. Rey Rivera fungía desde hacía algún tiempo como Gerente de Calidad Ecológica de SANTOX INC.

No obstante, la mayoría de su experiencia laboral radicaba como subdirector regional de ORPE. Su cambio de bando le había permitido no solo mejorar su estándar económico, sino que también le adjudicaban la posesión de la ficha de tranque en las complejas relaciones entre el gobierno y la empresa. Rey era un ejecutivo

elegantemente vestido, de grueso bigote teñido de negro y potente presencia en su voz. Le estrechó cortésmente la mano a Tomás y le ofreció un café, el que fue cordialmente rechazado.

Sin otros preámbulos, comenzaron a discutir los negocios pertinentes a la visita. Según alegatos, la compañía SANTOX INC había derramado una cantidad indeterminada de mercurio radiado en las colinas aledañas a una vaquería lechera cercana. Los riesgos además de obvios eran muy graves. Tomás le requería al Señor Rivera los resultados de una investigación independiente para estimar los alcances de la situación. Rivera indicó que él sometería su propio informe a final de mes en ORPE y que eso terminaría con el caso.

Tomás no quedó en nada conforme con esa contestación e insistió enérgicamente que le tenían que entregar una copia certificada de la investigación independiente. Rivera no adentró más en la discusión. Sonriente, le pidió a Tomás que lo esperara en la oficina mientras él iba un momento a cotejar el asunto a otra oficina de la empresa. Después de quince minutos, Rivera regresó y le indicó a Tomás, que había una llamada de ORPE para él en la línea dos.

Para Tomás no hicieron falta más explicaciones. Sabía que una celada le fue tendida y que Rivera se saldría con la suya sin mucha dificultad. Cuando contestó el teléfono, habló con el subdirector de investigaciones de ORPE, que le dio instrucciones de regresar a la oficina y que le entregara personalmente el expediente de SANTOX INC. Rivera había aplicado lo que en el argot gubernamental se conocía como una pala.

Después de todo, los altos dirigentes de ORPE prácticamente eran alicates de SANTOX INC y de otras influyentes empresas multinacionales. Al terminar la llamada, el frustrado investigador colgó el teléfono y se mantuvo en un letárgico silencio por más de un minuto. Rivera, por su parte, esperaba callado y sonriente. De repente Tomás sonrió, pero un tanto irónico y le ofreció la diestra a Rivera. Sin mucha ceremonia, el invalidado inspector se despidió tranquilamente del influyente ejecutivo.

Sabía que no había más que buscar allí, así que partió de nuevo hacia su realidad inmediata. Al regresar a la oficina, entregó el expediente de SANTOX INC como le fue instruido y se marchó a su escritorio sin emitir comentario alguno. Su silencio no podía ocultar su indignación. De cualquier manera, de nada le hubiese valido resistir. Era solo él, contra el invisible monstruo que tramitaba oculto debajo de las mesas.

Aun así, la idea de golpear al gigante con una piedra de río le calentaba la sangre. Pero antes, habría que recoger algunos guijarros y preparar su onda de pastor campestre. Regresó a su oficina sin más vacilaciones y continuó los eventos del día que se le antojaban. Era las tres treinta de la tarde, por lo que procedió a utilizar la media hora restante en su procesador de palabras. No hubo dificultad para escoger un tema.

***Bregando de lunes a viernes
en su botín desarmado
no dejan ni recados
y si los dejan no los quieres***

***De asociados no están faltos
en su abundante casta***

*y el mal billete los destaca
como señores de lo nefasto*

*Engalanados mentirosos
roban sufragios e ilusiones
y sus promesas no menciones
en el pueblo de nosotros*

*Oligarquías y jueces
parecen una sola cosa
en la entidad morbosa
de los círculos de poder*

*Quien la patria se roba
hurta esperanza al pobre,
destruye tiempo del noble
y los repulsa su sombra propia*

*Quien hurta la confianza
secuestra las oportunidades
y para él no hay verdades
ni su avaricia descansa*

*Treinta piezas de oro
usurpando el destino
y mintiendo en el camino
solo pendiente a tu voto*

*Tantas veces han jurado
sobre la Biblia defender*

*la constitución y el poder
y nos han dejado quebrados*

*El azul se lo han robado,
secuestrado está el norte
y el verde de los montes
perece mancillado*

*Las risotadas de las niñas
y de los pájaros sus cantos
se marchitan entre tantos
malditos políticos de rapiña*

Terminando la última estrofa, lo grabó en su computador. Luego, procedió a copiarlo en un pequeño disco magnético que terminó en el bolsillo de su camisa. Apagó sin más demoras su computador y sin siquiera mirar el reloj se levantó.

De regreso, se fue a su casa pensando en su contradictoria dicotomía existencial que en su anuencia le daban vida al poeta rebelde y al gubernamental inspector de ORPE. Durante el camino, encendió el radio del auto y sintonizó una emisora de amplitud modulada que transmitía noticias veinticuatro horas.

En uno de los principales encabezados, detallaba la intromisión del insistente “Dreamer” que otra vez había logrado publicar ilegalmente un poema en los correos electrónicos del gobierno. Nada se discutió en la noticia sobre el contenido de los versos. El mensaje del poema nunca había existido para efecto del parte de prensa. Solo se repitieron las

palabras del Director de asuntos internos del gobierno diciendo la oficial versión.

“Estamos muy adelantados en la investigación y sabemos que esto es un trabajo desde adentro. De algo estamos seguros y es que cuando encontremos al responsable le haremos pagar por su insolencia. No solo arriesga su trabajo, sino que lo procesaremos legalmente para que la sociedad esté libre de este tipo de sujetos.”

Tomás cambió la radio emisora a otra estación que brindaba similares declaraciones. Seguía buscando algo diferente, porque le frustraba sobremanera la limitada cobertura que se ofrecía sobre los versos y la gran difusión de la amenaza del agente gubernamental.

Después de casi una hora del agonizante tráfico urbano, llegó al estacionamiento comercial que acostumbraba a utilizar como refugio de su auto. Al bajarse del auto, volvió a activar el sistema de alarma del coche con simples comandos verbales para marchar maletín en mano.

“Hasta la vista Baby”

El joven, caminó cansadamente hasta su desgastada casa, mal llamada dúplex, sin interactuar con ser alguno durante el camino. Al llegar a su morada, cotejó el buzón del correo y se percató de doce piezas de correspondencia. Ocho eran propaganda en masa, tres eran cuentas para pagar y una era correspondiente a una dirección equivocada.

Procedió a entrar a su casa repitiendo la letanía de candados y portones propios de su inseguridad urbana. Una vez penetró a la casa, se dirigió a su cuarto. Como era su costumbre, miró tibiamente al sistema

computarizado que poblaba su escritorio y le impartió nuevas órdenes verbales.

“WAKEUP BABY“

El equipo le respondió encendiendo sus dormidos aparatos y regresando en un mecánico diálogo.

Baby say hello to máster DREAMER

One E-mail Sended

Seven E-Mails Received

End of Communication

Report Waiting for Command

Sin más, Tomás le dio la espalda al sistema y lo ignoró por los siguientes minutos. Dedicó ese tiempo a buscar más noticias en la radio mientras se vestía con una muda de ropa hogareña. En los noticieros radiales repitieron los mismos compendiados encabezados con las declaraciones oficiales de la agencia. Nada nuevo parecía surgir. Tomás regresó a la presencia de su equipo y comenzó a hablarle en su tecnológico idioma.

“Telephone Call”

“Receiver - Don Antonio”

De repente, el computador emuló un aparato telefónico y se encargó de obtener tono, marcar digitalmente y conectar con el 787-676-2332. La muy conveniente conexión le permitió a Tomás el comunicarse con la panadería de Don Antonio que quedaba a media cuadra. Así ordeno su cena compuesta de un emparedado de carne con ensalada, un refresco

de fruta y un café expreso tipo criollo. Don Antonio conocía a Tomás desde su niñez y le brindaba confiadas facilidades de crédito y entrega gratis que él reciprocaba con una entusiasta propina cada semana.

No tardaron treinta minutos antes de que el emparedado y el zumo frutal fuesen consumidos. El café criollo quedaba para el final de una tradicional ceremonia. Tomás, que había cenado sentado frente a su computador en suspenso y permanecía allí mientras destapaba el envase de café. Con profundo éxtasis aspiró su humeante aroma acercando el vaso al borde de sus labios. Aquel café, siempre le recordaba sus venturosos días al lado de su abuela.

A pesar de eso, al probar el primer sorbo, una vertiente musa corrió por su mente y un extraño proceso surgió. De los recuerdos de la abuela, pasó a la evocación de los días del colegio, después ató aquellas memorias con el atribulado día de trabajo que recién terminaba. No iba por la mitad de la taza del aromático brebaje, cuando se interpuso el fresco recuerdo de Eugenia y sus amables palabras.

Ella le inspiraba desde hacía algún tiempo un afecto no confesado. A veces prefería negar su interés particular debido a las complicaciones de un romance en el trabajo que los enmadejaba a ambos. Pero el sabor cafetero de aquellos buches penetraba sus sentidos más allá del gusto. Como ninfas espabilaron su solitaria humanidad en un eufórico trance y Tomás alimentó su inspiración a delicados sorbos.

Hipnóticamente, pasó el vaso de café de la diestra a la siniestra y comenzaba a escribir en el computador con la mano libre. Un verso se unió a otro mientras la piel se le erizaba en el recuerdo de su trigueña

musa amiga. Antes del último trago, cuatro estrofas describían ardorosamente sus verdaderos deseos ante Eugenia.

**¿Qué deidad te ha teñido
para deleitar un capricho
y por qué tu tercio cobrizo
impacienta mi destino?**

**¿Cómo el sol destella
azabache en tu cabellera
y se pinta de inocencia
en tus ojos, estrellas negras?**

**Invítame trigueña a probar
y revíveme en tu pasión
arde mi dormido corazón
con tu sabor a despertar**

**Sirve rebosante tu presencia
que hay anhelos sedientos
de tu aroma y tu cadencia
que me matan a sorbos lentos**

**Mis labios he de apresurar
hasta tu cuerpo trigueño
sometiendo mi paladar
a lo dulce de tu empeño**

**Arrópame en tu sabor
para mí, sublime y divino**

**probando de lo más fino
y embriagante de tu amor**

**Por Dios no postergues
tu opción de quererme
y desvíveme con lo urgente
de tocarte y de beberte**

**Ámame sin miramientos
y en tu piel cura mi sed
saciando mis tormentos
divina mujer de Café**

Terminando su cometido lírico, se apartó del teclado y volvió a leer su producto. No quedó del todo contento con el poema, pero le dio derecho a vivir. Arremetió con algunos cambios mínimos pero su sentido seguía siendo claro. Algo tenía que hacer para suplir cordura a su solitaria y excéntrica soltería. Tomás lo reconocía, no por primera vez, pero ahora le impartía una prioritaria categoría de impostergable e indelegable.

Su mente trabajaba ansiosamente tratando de esquematizar algún momento que le favoreciera para romper con su ciclo de trabajo y cibernético social. Buscaba dentro de sí, algo que le permitiera acercarse a un romántico desenlace de tez trigueña. Pensó en varios escenarios que invariablemente terminaban en complicadas ecuaciones interiores que malograban sus intenciones.

Su corta pericia sobre el asunto y el viejo temor a otro rechazo no lo ayudaban en la simple misión de agenciarse una cita. Después de un

rato, frustrando sus propios esquemas mentales, fijó su atención sobre el inmediato entorno y observó la imperante realidad. Tomás sabía que él era un soltero falto de asociaciones filiares con grupo tangible alguno.

Además, vivía sumergido en un caos, que rayaba a veces en el abandono y su ánimo parecía despeñarse por los áridos riscos del pesimismo depresivo. Durante años, su autosuficiente idiosincrasia, le protegía de retos personales bilaterales. Pero sabía él, que aquel paso lo tendría que ejecutar para evitar el triste desenlace de una extraña figura asocial.

Además, quién sabe si falto de alguna sanidad mental. Tomás continuó mirando a su alrededor, examinando y percibiendo más detalladamente el singular desorden que le arrojaba tanto en el ámbito hogareño como en su carácter personal. Al concebir definitivamente la magnitud de su monumental tarea reconstructiva, abrió sus labios y exteriorizó afligido, pero en alto tono.

“¡Que puñetero reguerete!”

De pronto, y sin que nadie le impartiera específicas instrucciones, el computador mal interpretó el objetivo de las últimas declaraciones. La máquina revivió de su pausa y con su mecánica voz brindó su interpretación de la verbalización de Tomás

Command is not recognizable

Please try again.

El Reperpero

*“No son nuevas las disyuntivas
entre el pisar firme y el volar.
Quizás la más vieja contradicción sea
la lucha entre nuestro ímpetu creador
y la cordura que nos encadena.”*

Cuando parecía que el delirio de una ilusión le acompañarían en su acostumbrado desvelo, la sombra de su renegada realidad le acorraló en la rebelión de sus deseos. Sin que los rigores de la vida, la lógica empírica o el mero centrismo personalista, le llamaran al ejercicio de la voluntad, Tomás comenzó a recoger su caótico refugio. Se apoderó de él y de sus insomnes horas, en un mar de ardientes ansias que le hacían repetir un “Ya basta” mientras lo encomendaba al orden. Me imagino, que trataba desesperadamente de encontrar algún designio, aunque fuese ilusorio, en su pesada colección de zozobras y agotados abandonos. Quién sabe.

Cada objeto en el cuarto era sometido a un revuelo de dudas, mientras una superficial remoción de escombros ocurría en un desenfreno a dos manos. Aquel reguero o reperpero, como el mismo le había bautizado, permanecía acumulado en envejecidos estratos de despreocupación e impregnado humo tabacal. Definitivamente, no se movería del aposento sin antes ofrecer buena pelea. Tomás por su parte, seguía escarbando en su historia para encontrar al hombre que le presentaría a Eugenia como atenuado a sus necesidades de mujer.

Mientras organizaba la habitación, se acompañó de buena música cortesía de su propio computador. La melodía de turno la encabezaban

acelerados compases de Chopin que entonaban la Sonata de Piano Número Tres en su primer apresurado movimiento. Aquel martes, a las dos de la madrugada, terminó de recoger la habitación con el cambio de movimiento a la Tercera Sonata que desplegaba esta vez un trote de piano al “Tempo de Scherzo”.

Tomás miró el cuarto después de sacar toda aquella basura y de pasar el paño remojado en desinfectante sobre cada superficie. Su existencia lucía un tanto más cuerda y quizás hasta mercadeable. Sus dudas persistían, aunque el cuarto no delataba, tan obviamente, su marcada raza de soltería tecnocrática y asocial.

Los otros cuartos, al igual que el resto de la casa, no recibieron mucha atención como era su costumbre. Tomás visitó la cocina solo para recoger la basura y preparar su violento brebaje cafeínico. Un tazón, de casi una pinta del oscuro trago calentaban sus manos mientras regresaba a su cuarto. Sin mirarlo directamente, le impartió la primera orden a su computador que permanecía taciturno observando desde el escritorio.

“WAKE UP BABY“

El computador respondió brindando su acostumbrada letanía.

Baby say hello to máster DREAMER

Zero E-mail Sended

Nine E-Mail Received

End of Communication Report

Waiting for Command

Sin pensarlo mucho, Tomás empuñó un cigarrillo y lo avivó con una nerviosa llama. Después de dos largas bocanadas, se sentó en su sillón de operaciones y se entregó a su cibernético mundo. Sin dilaciones, activó el aditamento contra rastreo que le encubría dentro de su oscura anonimidad. El pequeño aparato le permitiría de nuevo tomar prestado microondas de algún transmisor cercano y crear su enmascarada sesión de comunicaciones digitales.

Dentro de las libertades que su personalidad sin rostro le permitía, había una que le desencadenaba sus impetuosas exigencias literarias. Procedió entonces a ejercerla activando su clandestina cuenta de correo electrónico. Su truco en ese protocolo de computación electrónica era el de apoderarse de lugares virtuales poco vigilados que existían dispersos por la Internet. Valoraba muy especialmente los sistemas de comunicación de los países del alicaído tercer mundo y manipulaba sus recursos que se prestaban para sus encubiertas intenciones.

“Read E-mail, Language equal spanish”

Fueron las instrucciones impartidas. Prontamente la contraparte respondió con su acostumbrada voz mecánica.

LECTURA DE EMAIL...

PROCEDIENDO

NUEVE ENTRADAS REGISTRADAS

UNO; HUMAN RIGHTS ORGANIZATIONS GROUP,

DOS Y VEINTE HORAS

**ASUNTO; PRISIONEROS POLITICOS TRABAJANDO EN
FABRICAS AMERICANAS LOCALIZADAS EN CHINA.**

DOS: POLITIC ISSUES

**ASUNTO: RIGHT OVER PRIVATE PROPERTY (CARS) ON
TRIBAL SOCIETY IN AMAZONA AREA**

TRES: COLLEGE CHAT FORUM

ASUNTO: RESPUESTA A POEMA DE DREAMER

Así continuaron desplegando auditivamente todos los correos que sumaban más de una docena. Tomás procedió a escuchar toda su correspondencia con estoica paciencia. Entonces, tomó tiempo para contestar cada una de ellas, aunque fuese con una breve réplica. Invirtió más tiempo en una polémica particular que trataba sobre una disputa por los derechos colectivos y personales de ciertas tribus del Amazonas sobre la propiedad privada.

En este mensaje, se debatía el usufructo de los recién adquiridos vehículos de motor. Allí Tomás, intercedió dando ejemplos de cómo tribus originarias del sur de México habían resuelto el mismo dilema con una salomónica resolución.

Otro de los mensajes que le llamó la atención, manifestaba la lírica de una canción popular a ritmo de reggae que estaba de moda en los niveles más subterráneos de la juventud local. Su semántica expresaba realidades un tanto distantes de las discotecas y los favores materiales que se anunciaban por la televisión.

DE: Grupo Despierta Boricua

A: Dreamer

Asunto: Letra de nuestro último número

*Refugiado de pago en pago
sobrevive la semana*

*juntando sudores en dos trabajos
excomulgado del mañana*

*No tiene expediente en el banco
ni fecha de retiro
lo que carga en sus bolsillos
y tres pequeños hijos*

*Salario mínimo
muy mínimo
Salario mínimo
lo mismo o lo mismo*

*El casero quiere que pague adelantado
aunque el baño sigue dañado
y hay que decidir entre alimentarse
o su mujer que ha enfermado*

*De sirviente, de brasero o de fregado
dieciséis horas de faena
y llega cansado a su casa preguntando
si ha valido la pena salario mínimo
muy mínimo*

*Salario mínimo
lo mismo o lo mismo
Se la rifa, se la juega, se la inventa
y el jefe de vacaciones
hoy hay sopa de pan sin carne
y mañana ilusiones*

*Su abuelo, su padre y su hermano
han cargado con lo mismo
dos trabajos, sus retoños y una pena
a puro salario mínimo*

Sin perder tiempo, Tomás comenzó una contestata en su forma tradicional. Sumó y restó líneas hasta completar una estrofa. Luego se detuvo a parear palabras rimadas para la siguiente estrofa. Un cigarrillo fue consumido lánguidamente antes de terminar la tercera estrofa. Leyó y recapituló un par de líneas antes de declarar la faena concluida. El pequeño adeudo de versos fue incluido como réplica del correo de la banda de reggae local.

DE: Dreamer

A: Grupo Despierta Boricua

Asunto: Re: Letra de nuestro último número (otra décima perdida en el tiempo)

*El silencio de un grito
me desvela cada noche
de penurias y derroches
que hacen al rico más rico
y al pobre solo más pobre
extraviado de esperanza.
No creo en la venganza
pero reclamo la justicia
para derrotar la avaricia
sembrando un nuevo mañana.*

*Para el pobre no amanece
ni el hambre ha tenido
preferencia de partidos
jurando panes y peces
siendo parte y jueces
de sus propios delitos.
Solo digo ¡Ay bendito!
cuando esto va a cambiar
y podamos balancear
el sudor y el beneficio.*

*Para el pobre del pobre
no existe ley divina
y menos una doctrina
que disculpen su lastre
de milenios en desastres
y plegarias olvidadas.
Condenado a migajas
esperando un milagro
el pobre en su agravio
me duele en las entrañas.*

Otro de los comunicados, que se originaba en un recinto colegial local, hizo referencias a los poemas que se estaban publicando clandestinamente en las oficinas del gobierno. La misiva aseguraba, que su remitente estaba convencido de conocer su escondida identidad y retaba abiertamente al soñador a que se identificara. El particular correo cuestionaba sus intenciones y la alegada vocación idealista.

Para completar, el aviso terminaba acusándolo de solo ser un oportunista de oscuras intenciones. Tomás pensó muy poco para reafirmar su apreciada anonimidad y prefirió no contestar. Al terminar la ceremonia de los correos digitales, quedaba el sabor al último reto en su mente. Sin dar mucho análisis al asunto, impartió nuevas instrucciones al esclavo artefacto que respondió con la consabida fidelidad.

“MUSIC “

“MOZART”

“GIOVANNI”

Entonces, se hizo la música que acompañaría al otro de los acostumbrados trances entre las voces, el cigarrillo, el café y la sinfonía. Todo comenzó a fluir, según las musas se vertían sobre el teclado, con una agilidad que emulaba el viento sobre los árboles. Así sin darse cuenta, preñó de vida otro de sus sueños.

Vocación de soñador

No es la promesa milenaria de un edén, ni el trago del Santo Cáliz que calma la sed del espíritu lo que me guía. Tampoco es el más acaudalado capital sobre la tierra, ni el afán de celebridad, fama y fortuna lo que me mueve. No quiero para mi nada dentro de las contadas pulsaciones que me han correspondido vivir. No espero ni milagros, ni lauros, ni venturas.

Pero de este lapso existencial espero tanto, que ni el sueño ideario más profundo abarcaría el principio de mis deseos. Mientras nuestros instantes están tan contados, mis anhelos son infinitos. Es una gran paradoja, a mayor entendimiento de la vida, más la aprecio.

Sin embargo, entre más vivo aferrado a ella, más ínfima me parece. Quisiera oír a Sócrates, a Bhuda y a Confusio disertar de sus propios labios sobre el día que han tenido hoy. Me encantaría tomar el té con Ghandi y cantar un himno a todo pulmón con el Doctor King. Nada como encontrarme con Jesús de Nazaret en el camino e invitarlo a una larga ronda de vino.

Quisiera levantarme con los centenarios labriegos del mediterráneo, almorzar en Bogotá con el Gabo y Facundo, pasar la tarde caminando con Albisus y el poeta Corretjer, libres por las calles del viejo San Juan, y cumplir la velada fumando hierbas con los indómitos Seminoles en una larga noche de pradera.

Más que todo, eso quisiera, encender un día el televisor y enterarme que ya los noticieros no son necesarios y que han sido sustituidos por los poemas de Neruda y de Darío. Ansío enterarme allí de que el verde ha sido declarado color preeminente de la tierra y que solo el reto del azul del cielo y del mar lo discuten tenazmente.

Así me gustaría que la libertad, la igualdad y la fraternidad no fuesen consignas sino epidemias que contagiaran a todos los de la raza humana sin que nadie quedase inmune a ello. Por último, rogaría por que el discrimin, el odio, el hambre, la violencia, la demagogia, la envidia, el dolor y el miedo estuviesen petrificados en algún museo

de la ciudad para que la gente los pudiera recordar, como las plagas que nunca debieron ser. Y el sensual deseo también quisiera saciar.

*¿Quién objeta a sí mismo el tallar una huella en algún corazón?
¿Quién es aquel o aquella que rehúsa el privilegio y el placer de hacerse sentir en alguna piel? Pues yo, también quiero amar y ser amado, resucitando ante intrusas miradas que me desnuden, mientras murmuran los ecos del profano deseo en el sabor una de tenue noche.*

Soy un soñador y quizás sólo eso soy. Un hombre que cierra sus ojos para llegar al mundo que le debemos al mundo. No me conformo, no me acato y no me doblego. Soy así porque quiero y porque soñando me acerco y quizás hasta rozo con la vida que ansío. Susurro, grito, disparo, reparto, siembro, regalo, presto y hasta intercambio mis sueños a izquierda y a derecha.

Soy un soñador y por esa vocación me he de emplear tratando de parir versos y decires. Y me has de reconocer porque mis sueños y los tuyos no son mundos tan distantes. Solo un detalle me etiqueta a mí de soñador. No temo abrir las jaulas que encierran mis sueños para que libremente vuelen y se posen donde un corazón fértil los acoja.

Sin añadirle un ápice o una tilde al tratado, lo firmó como “Dreamer” y lo dirigió a una serie de foros que entendió pertinente. Con tan solo, añadir otro cigarrillo a su colección de fumados, terminó su sección de correo y procedió a involucrarse en una sección de charlas en línea mediante los recursos de la Internet.

Utilizando un sofisticado programa de intercambio de charlas, comenzó un trueque de líneas que se manifestaba en múltiples dimensiones y direcciones. Platicaba con una variedad de interlocutores simultáneos que se encontraban aliados en decenas de localidades a través del mundo. Cada usuario se escondía tras un sobre nombre que garantizaba la libre expresión más allá de las ataduras que delatan nuestros miedos.

Tomás usaba particularmente DrEaMeR en un canal dedicado a la poesía y GoTiCo en varios otros canales de diversos intereses. Mientras tanto, exploraba constantemente, nuevos canales con el sobre nombre de InvIsIble. En uno de los canales conversaba con Vicky2, BlueDemon y EL_INDIO. En el canal Hispánico debatía sobre las condiciones de vida en Guatemala después del cambio de gobierno.

A la vez y por otra ventana en su pantalla, establecía comunicación con SORTIJA y LEJISIMO en el continente australiano. Estos pertenecían a la enorme comunidad latinoamericana que habita por ese costado del mundo. Con unos gitanos de Sevilla, se contactaba mientras estos le pretendían vender cigarrillos importados de Europa. De repente, una dama cibernética, apodada SEÑORITA-X, le comenzó a hacer un acercamiento íntimo un tanto directo desde algún lugar en el oeste de América del Sur.

Después de intercambiar cinco preguntas de rigor, la dama le preguntó a Tomás, si él se había enamorado alguna vez a través del Chat. En vez de contestarle directamente, Tomás le reveló una de sus inspiraciones de versada llaneza.

***Hola, querida Miss Equis
de un continente cercano***

*de treinta y pocos años
amiga de la cibernética
y no sé cuántos mentís
de fugitiva romántica*

*Soy tu compueblano del net
veinte y muchos de edad
y si te dije que era soltero
te juro que no me acuerdo
de la mujer en mi cama
y los cuatro pibes de mi alma
durmiendo en sus aposentos*

*Yo me llamaré hoy Che
ayer esgrimi a Neruda
mañana no sé qué haré
si vestirme de leyenda
de otra mentira piadosa
o de simple verdad desnuda*

*Envíame ahora tu foto
sin tu pasado de cerca
hazte si quieres de cuenta
de que yo soy un Stallone
con las neuronas de Einstein
y con Gibrán en el corazón*

*Desviste tu desilusión
y acaricia el teclado
pon tus dudas de lado*

*y abastece un enigma
de aventuras efímeras
para timar al corazón*

*Abraza tenaz la pantalla
y acaricia las entrepiernas
no me prives de detalles
en esta noche enferma
de sudores y soledades
y en su perversidad, eterna*

La dama, terminó la irreverente comunicación, antes de que aquel caso de amor pernicioso se pusiera más complicado. Para Tomás, la noche continuó hasta ser consumida entre horas, palabrerías informales y fumadas incesantes que iban y venían. Entre charla y charla, siguió despierto hasta las cinco de la madrugada. Acorralado por los primeros rayos del sol y la pesadez de los dedos dictaminó buscar acomodo.

Como la aurora comenzaba a invadir la habitación, procedió a cerrar las ventanas y a encender el acondicionador de aire que permanecía dormido desde hacía días. Todo terminó con el último comando hacia su equipo y se marchó sin despedirse de contraparte charlante alguna.

“End Chat”

"Hasta la vista Baiby"

De esta suerte, se rindió a la mañana tirándose en su cama y desfalleciendo ante la indócil pujanza del sueño. No se molestó siquiera en cambiar su atuendo por uno apropiado. El alba le había sorprendido

brutalmente rendido y vestido con la ropa del día anterior. Sin embargo, algo le había transfigurado aquella noche.

Estoy seguro, de que la decisión de pretender a su amiga le dirigía a una nueva dimensión para él. También entiendo, que Tomás aspiraba despertar los amortiguados instintos de su propia incongruencia humana. Eso es ley natural. Con las seis de la mañana despertaron las responsabilidades y para eso se prestaba su siempre presente artefacto parlante.

Hola Tomás,

Despierta, no sueñes más

Son las seis y uno de la mañana

Del viernes veinte y dos de noviembre del presente año

Saludos, hoy es un nuevo día del resto de tu vida

La frase del día es...

Ningún discurso o pieza de oratoria le ha puesto zapatos a un trabajador de la caña, ni le ha llenado la barriga a un niño para que vaya a la escuela. Solo el trabajo puede hacer eso – L. Muñoz

LAS ACTIVIDADES DE HOY SON

UNO, LECTURA DE CORREO ELECTRONICO,

DOS, ESCRITURA LIBRE,

TRES, LABOR EN LA OFICINA COMENZANDO, OCHO

TREINTA HORAS, FINALIZANDO, TRECE TREINTA HORAS,

SUBGRUPO VISITAS

Tomás permanecía aturdido por el agotamiento y muy corto de ganas. Sin levantar un dedo y sin abrir un ojo, gritó desde la cama.

“Capizco...”

“Program Change ...”

“Initiate sequence sixteen”

El exhausto joven regresó sus ondas cerebrales de inmediato a la profundidad del sueño. El computador no vaciló en contestar afirmando su último mandato.

“Program Sequence Sixteen initialized”

“Program activated, Minor medical absentee”

El versátil instrumento, se convirtió entonces en una falaz secretaria, encargada de orquestar un subterfugio creíble para encubrir su propio incumplimiento. Programadas instrucciones se encargaron de establecer una llamada a las oficinas de la agencia y coordinar una serie de grabaciones en el terminal telefónico de su oficina. Mediante voces y claves pregrabadas fue depositada una magna excusa en el apartado general del departamento.

En el mensaje también se establecía, que las citas hechas con antelación serían reasignadas en el tiempo libre del agente investigador Tomás Landa. Luego, el mensaje de cortesía en su apartado telefónico fue cambiado por uno más apropiado a su ausencia. Un correo electrónico, fue difundido a todos sus colegas de la oficina excusando a Tomás por un asunto de salud menor no especificado.

Por último, el sistema auto programó para recoger sus mensajes grabados y sus correos electrónicos cuatro veces al día hasta nuevo

aviso. Quedó entonces todo en suspenso mientras Tomás continuaba agotando otro de sus días de ausencia por enfermedad. Después de varias horas y desde su lecho, Tomás escuchó cómo fue llamado desde la oficina varias veces.

En la primera ocasión, el ausente burócrata, fue inquirido por la secretaria del departamento para solicitar unos expedientes que requerían. La segunda oportunidad fue su propio supervisor para tocar base sobre sus casos pendientes y sobre su supuesto estado de salud. En ninguna de las ocasiones Tomás se molestó en contestar el teléfono. Solo se limitó a hacer una pequeña mueca mientras escuchaba el mensaje que su fiel computador iba grabando. Ya en la tercera llamada, un suceso inesperado le resucitó de su cama.

“Hola, soy Eugenia, te llamo para saber cómo te sientes, espero que te...”

Tomás salió disparado hasta el mueble esquinero de un rebote casi acrobático y sin abrir los ojos tomó el auricular y disparó.

“Halo, Halo... ¿Quieres salir conmigo esta noche?”

Eugenia, un poco confundida, no tuvo otra cabal opción que preguntar.

¿Y qué pasó con tu enfermedad?

Tomás le ripostó con aires de esa galantería de la que nunca pasa de moda.

“Desde que oí tu voz me siento mucho mejor. Tu voz es más que medicina para mí... Dime, ¿quieres salir conmigo esta noche? Yo te recojo, tú me buscas, como tú quieras. Solo dime que sí.”

Eugenia contestó en una voz delatante de una amplia sonrisa de juventud y vida.

“No. Digo, no hay problema. Te busco a las ocho en tu casa. Ponte casual que vamos para algún sitio en el Viejo San Juan.”

Sin darle oportunidad de establecer más conversación, Tomás le replicó muy rápidamente.

“¡Te espero entonces, que pases un hermoso día, Bye!” CLICK

Segundos después. Tomás estaba brincando en su cuarto y gritando... “Yessss”. Una cita había sido concertada y todo fue júbilo hasta que el sueño le volvió a rendir cincuenta minutos más tarde. Continuó su encomienda de dormir hasta pasadas las dos, pasado el meridiano.

Dado a que se levantó de gran ánimo, tomó el aparato telefónico y marcó con sus propias manos. Esto era algo que no hacía desde hace bastante tiempo. Llamó a la fonda de Antonio para ordenar un plato propio para revivir un muerto. Sin pensarlo mucho decretó un asopao de mariscos, doble ronda de tostones y para rematarlo, una cerveza local muy fría.

Luego de esperar treinta minutos, recibió y absorbió sus alimentos de la manera más voraz posible. Entonces, preparó su acostumbrado café triple no apto para cardiacos y lo comenzó a degustar junto a un

celebrado cigarrillo. Cató la fumada, hasta que dijo amén muy cerca de la colilla. Todavía, con parte de un tibio café en sus manos, se sentó frente a su computador y activó el arcaico procesador de palabras.

Una callada sonrisa y una envidiable agilidad de manos le acompañaron durante los próximos párrafos, que se vertían mágicamente en la pantalla, sin dar oportunidad siquiera a una segunda lectura.

¡El Ahora! Cargo conmigo una galaxia de ansias, una pizca de experiencia y el pecado original de la irreverente curiosidad humana. Un día sangro y sollozo con el oprimido, que desposeído de esperanzas le pide justas cuentas al privilegiado. Al siguiente día, gozo y amaso la abundancia del privilegiado, que ciego o escondido en su cerrado mundo, le da la espalda al hermano oprimido.

Me aparto raudo del dogmático manipulador y del celoso intransigente me río sin contemplaciones. Trato de no claudicar mi único inherente derecho, el de ser yo mismo, en libertad de hacer el bien. Reconozco este valor y los principios que lo cobijan. Lucho por entenderlo, ejercerlo y perfeccionarlo. Muchas veces hasta equivocarme mundanamente o hasta perderme en mis propias limitaciones.

Quisiera ser libre de rendir cuentas a ningún Mesías de turno y sin necesidad de complacer la modelada tendencia mayoritaria. Emprendo esta travesía sin mapa universal, sin pergaminos irrefutables y sin brújula ideológica. Avanzo solitario y vestido con una mansa sonrisa, alimentado por el sabor de una lejana lágrima

que nunca olvido y armado de uno u otro verso ensamblado de sentencias tan viejas como el frío.

Aun así, camino tambaleante por un oscuro sendero que me oculta la verdad de mi destino. Pisoteo a cada paso la valiosa porción de minutos que me ofrenda la incomprendida magia existencial. Avanzo lento y a veces hasta quedo inmovilizado por mi propio instinto proteccionista. Mientras tanto, vuela el invalorable momento. Cada veinticuatro horas me desprendo de otra fecha oportuna para besar a los míos y decirles cuanto los amo.

Otra oportunidad se marcha, para engendrar caridad de más obra y menos palabras. Atrás queda otro día propicio para percibir el perfume tropical de una flor despertada bajo una tibia aurora y resucitada por aves trovadoras. Hoy pudiese ser el mejor día, para hacer una llamada sorpresa a quien la merece, para tomar a besados sorbos un café a las tres de la tarde pensando en ti, para sentarme frente a algún poderoso rascacielos de cualquier gran ciudad observando la apremiante ilógica urbana o para fluir elevado en una tierna caricia erótica de esas que nos roban inexplicables suspiros del alma líbida.

Con cada página caída del incesante calendario, traspapelamos otra oportunidad de reinventar nuestra propia esencia, rompiendo desde adentro los inútiles y ajenos esquemas. ¿Quién puede atrasar indefinidamente sus llamadas fisiológicas? ¿Quién puede adelantar el amanecer, un segundo, sin permiso de la naturaleza? ¿Quién puede rescribir la historia de un ayer o evitar el embrujo del día de mañana?

La figura cronológica del tiempo, queramos o no, es solo otra de nuestras caprichosas invenciones. Es solo una elaborada matemática cíclica que impugna, entre sus páginas, dígitos y manecillas, a la más fundamental de todas las instancias, el ahora. El ahora, esa eterna cápsula existencial, en la cual nos transportamos desde la nada hasta nuestro propio destino.

Parece muy breve, pero este efímero lugar en el tiempo se multiplica exponencialmente al conjugarse con otra indómita entidad del ser, la voluntad. La voluntad, que, por acción u omisión, posee el poder de transformar toda intención en producto. Ya sea este, el inútil atascamiento entre postergaciones y arraigados temores o el pasaporte a la irreversible dinámica creadora. Por mí han transcurrido innumerables inquietudes. Por mi boca se deslizan varios miles de palabras a diario. Pero poco ha dejado huella cuando la voluntad no se ha presentado.

En su esencia, los sueños se pierden trabados en la almohada y no llegan tan siquiera al primer paso fuera de mi lecho. Las palabras que he soplado al vacío se han perdido huérfanas del poder germinante que requieren. Todo se convierte en un aliento insípido si no hay voluntad. Sin la esquiua voluntad, irreversiblemente consumimos este valioso espacio vital mientras contamos nuestros propios latidos.

Sin voluntad, nada sucede, no hay trascendencia, todo pasa y nada ocurre. Después de mi centro inmediato, ocupado por un jardín de seres insertos en mi intimidad y de mis anhelos en proceso de gestación, siempre me ha acompañado una extraña e inquieta

vocación de soñador. Vocación que a veces he querido vestir en palabras manuscritas para desfilas por las páginas de un tratado libre de pretensiones y limpio de comprometidas vendettas intelectuales.

Quisiera compilar un sumario de apuntes que me permita eternizar cuanto principio libertario e idea creadora ha palpado mi corazón o me han hecho penetrar en positivas y humanizantes dimensiones. Mi línea soñadora comienza y termina con el libre pensar, con el destape de la no tan inocente sinceridad educada, con el rebuscado juego de las mismas palabras que me persiguen y con el tímido amor que me envalentona a veces, hasta rayar en la insanidad.

Mi vocación de soñador me desboca, en un impulso cuasi enfermizo de escribir a gritos, sobre todas aquellas instancias que por hirientes reflejos pavlovianos, sensoriales o de la conciencia, se esconden entre nuestra propia maraña humana. Lo único que lamento de esta propia condición, es el no haber escuchado a mi inquietante vocación al momento de encaminarme en la profesión que hoy me alimenta.

No es porque me hubiese ganado mejor el pan, sino porqué definitivamente, me hubiese gozado el sudor diario infinitamente. Sin embargo, ese sueño retumbante y demente continúa retando a mi desgastada voluntad. Ciegamente se defiende, ante mi intuición y empuja mi voluntad hasta una esquina de mi propia existencia, ordenando... “¡Escribe! ¡Hazlo Ahora!”

Al plasmar el punto final, el escrito fue salvado en un archivo llamado “ahora” sin molestarle siquiera en volverlo a leer. Acto seguido, llamó a la oficina para atender los asuntos que quedaron pendientes debido a

su coordinada ausencia. Poco tuvo que resolver ya que la burocracia en la agencia proveía al menos dos personas disponibles para cada tarea programada.

La magistral ineficiencia radicaba en el esquema de permanecer atrasados en las gestiones de visitas y en la atención a los querellantes. Ese viejo truco le permitía a la agencia el competir por constantes incrementos en el personal y en el presupuesto. Estos cambios a su vez redundaban en frecuentes ascensos e incrementos de salarios. Quién diría que, a mayor burocracia, mejor remuneración.

Tomás sabía sobre el diseño ineficaz pero poco podía hacer al respecto. Después de todo, su puesto en la agencia era otro bocado en el apetito insaciable de la maquinaria gubernamental. Al terminar toda gestión oficial, Tomás se dedicó a escuchar música mientras navegaba en las páginas del Internet buscando y devorando información de todo tipo. Allí visitó lejanos lugares y se alimentó de seductora lectura relacionada con variados temas.

Entre otros, se nutría de novedades sobre tecnología de transmisión de datos por bandas microondas y literatura contemporánea de los países bálticos. Así continuó consumiendo referencias hasta que se topó con un tratado sobre política doméstica que le llegó mediante un correo electrónico de uno de los tantos foros que frecuentaba. Este pedacito de verdad le reclamó su atención.

A: Quien Pueda Interesar

De: Kano

Asunto: Auxilio

Vivo en un país del auto proclamado mundo democrático y que celebra el día de la constitución con múltiples desfiles de militares y largos discursos políticos. Elecciones son celebradas cada cuatro años para toda una gama de cargos ejecutivos y legislativos. A las últimas elecciones asistieron un 35% de las personas cualificadas para ser electores bonafide.

Casi el 90 % de las personas entre 18 y 30 años de edad nunca han votado. El político electo promedio tiene ya más de doce años en el poder. En las pasadas elecciones más de 25 % de los incumbentes corrió sin oposición, es decir entran por elección automática. Estos expertos de la reelección cuentan con extensas cuentas millonarias para aplastar a cualquier nuevo contrincante que aparezca.

Lo extraño en todo esto, es que los cargos electivos en que se empecinan en retener pagan solo una fracción de lo que una persona con similares calificaciones ganaría en el sector privado. Especialmente para más del 75% de ellos que son prominentes abogados. En el espectro político existen dos partidos principales demasiado parecidos y que se riñen solo en lo que les conviene.

Este un país que cuenta con extensos recursos y una tasa de impuestos exorbitante. Por lo tanto, su presupuesto es a todo los niveles muy jugoso y codiciado. Pero los políticos no lo pueden tocar con sus propias manos, eso sería dolo o enriquecimiento ilícito. Para eso existe la tenebrosa figura de los influyentes cabilderos. Estas hábiles criaturas recaudan “contribuciones políticas” de las partes interesadas en participar del uso del presupuesto y a su vez terminan

empujando los intereses de contribucionistas en la agenda de los políticos beneficiados.

Existen en cada nivel del gobierno y controlan todas las actividades que se ejercen en supuesta representación del pueblo. Los medios de comunicación se benefician de la parte de los recaudos que invierten en propaganda política pagada. Por lo tanto, su propio interés les impide denunciar el esquema de manera abierta. Yo no he dicho nada nuevo y el récord está ahí.

Solo he querido denunciar a quien pueda interesar este diseño de poder que acrecienta raíces y que podría convertirse en una dictadura invisible. Si alguien debiera retar esta tendencia es sin duda la población silente y muy especialmente, la juventud. En sus manos está la última carta. Es su turno de jugarla para revertir ese mar de intereses.

Para esto yo someto cinco puntos a seguir, que estoy seguro de que iniciaría la evolución de la democracia representativa hasta convertirla en democracia participativa.

1) Falte un medio día al trabajo o al colegio y proceda a inscribirse en el padrón electoral

2) No se afilie con ningún partido político u organización que requiera su fidelidad proselitista.

3) No vote por candidatos con más de dos términos en el poder ni vote por los candidatos que más recaudos de campaña acumulen.

4) No descarte los terceros partidos y auspicie los candidatos independientes.

5) Hable de este problema con sus amigos, pero nunca ejerza el fanatismo.

PS. Envíe copia de este E-mail a cinco amigos que usted conozca que estén en edad de votar.

Al terminar de escuchar el “E-mail”, concluyó que contenía vestigios de la simplista ingenuidad que abunda en cada epístola electrónica. Después de todo, el mensaje utilizaba el notorio formato de “leyenda de Internet” tan desgastado en las comunicaciones computarizadas.

Ese esquema, que presentaba una correspondencia dedicada, primero, a describir un problema de índole urgente para someter, luego una alternativa que, aunque no necesariamente viable, sí convincente. Por último, el mensaje deja caer un gancho esperando por la acción del lector.

Por definición, toda leyenda de Internet termina exhortando a distribución del mensaje a través de los medios de divulgación computarizada a un número determinado de candidatos a eslabones. No importa cuán veraz o encomiable fuese la misión, lo real intención es la difusión de un pedazo del grafiti electrónico. Tomás conocía perfectamente el boceto, aunque determinó reproducir el mensaje a los foros de política local y regional en que participaba con regularidad.

Figuró que después de todo, hasta el más tonto, era cobijado de cuando en vez por la razón. O quizás viceversa. Tomás no vaciló en copiar el

correo a varias docenas de recipientes que agrupaba en un listado programado de direcciones de e-mail a través del mundo. Una vez terminó con esta gestión, procuró contestar el tal Kano con una pequeña canción que recordaba de saber quién donde.

A: Kano

De: DREAMER

Asunto: Hay quien dice

*Hay quien dice
que el mundo no es para siempre
que lo pague la gente que viene
aunque sean nuestros propios hijos*

*Hay quien dice
que son pobres porque quieren
oportunidades todos las tienen
pero que no cuenten conmigo*

*Hay quien dice
la democracia es solo un juego
donde se impone siempre el dinero
¿para qué contar los votos?*

*Hay quien dice
que no hay candidato perfecto
que es muy relativo lo correcto
la televisión lo ha dicho todo*

*Hay quien dice
la libertad no es para todos
serán libres unos y atados otros
que la igualdad es una ilusión*

*Hay quien dice
que lo que cuenta es el sistema
sea de centro, derecha o izquierda
que el mentir es una institución*

*Hay quien dice
no hablemos los temas duros
platiquemos en cuartos oscuros
el silencio vale más que el oro*

*Pues yo digo
prohibido olvidar o callar
hagamos resonar la verdad
aunque se hagan los sordos*

Sin que nadie lo pudiese evitar, la tarde se evaporó. Junto con las ocho de la noche, llegó un bocinazo desde la calle que anunciaba un esperado encuentro. Eugenia, prefirió sonar el claxon varias veces para notificarle que le había llegado su hora a la cita. Tomás voló por la casa terminando de vestirse y de calzar los zapatos. Recogió sus cigarrillos, el encendedor y unos tantos dólares que rondaban por la habitación.

Antes de salir, acicaló su cabello, se perfumó y cepilló sus dientes. No habían pasado sesenta segundos desde el primer bocinazo, cuando Tomás salía por la puerta revestido de una joven sonrisa. Al montarse

en el auto, fue recibido por un beso en la mejilla y un halago sobre lo saludable que se veía. Tomás notó, cuan casual Eugenia había llegado y como su sencillez no reñía en ningún momento con su gracia.

Tomaron el camino más conocido y se dirigieron hacia la legendaria ciudad colonial de San Juan Bautista. Allí abundaban los centros tertulieres que siempre han acompañado a inéditos afectos de aquella y de otras generaciones. Durante el camino, conversaron las amenidades de sus intereses mientras se arrancaron risas mutuamente. También los acompañaba una música muy viva, cortesía de una radioemisora local que se jactaba de ser más chispeante que la misma Coca Cola.

Al aproximarse al área de la vieja ciudad, se percataron de la evidente congestión de tráfico que los recibía. Rápidamente, actuaron para buscar estacionamiento entre las oscuras calles que dormían a cuadras del epicentro de la vida nocturna. Recorrieron callejuelas desoladas y violentaron algunas señales de tráfico para ubicarse lo suficientemente próximos. De esa manera, poder llegar caminando hasta los centros nocturnos.

Sin persignarse ni acogerse a precaución alguna, estacionaron el auto en un estrecho callejón centenario que apenas se alumbraba por un desgastado farol. Aseguraron el auto con diversos aditamentos que variaban desde cadenas que ataban el timón hasta una inteligente alarma electrónica. Hábilmente se desmontaron del auto y comenzaron una apresurada marcha para huir de la oscura incertidumbre.

De repente y de ningún lado, surgió una figura delgada y tambaleante, que se les aproximó sin disimulo alguno. Ambos consortes, quedaron fríos por la imprevista intersección en la indefensa tenebrosidad. Según

se les fue acercando, pudieron divisar a un hombre profundamente lastrado por la droga y obviamente necesitado de su cura cotidiana. Ambos quedaron petrificados cuando el hombre increpó primero en una voz muy ronca.

“Oye Mano, yo soy el que cuida los carros en esta calle y son diez verdes por estacionarse en mi punto. ¿Tú me dices?”

Eugenia ya estaba dispuesta a entregar el pedido, cuando Tomás le respondió enérgico al lúgubre personaje.

“Te voy a dar cinco y no quiero problemas con mi carro. ¿Cómo tú te llamas?”

El hombre recibió los cinco olvidando los diez y le respondió muy rimbombante.

“Yo soy Papo Covadonga, y para cualquier cosa esta es la calle Concordia, mi calle, pana mío.”

La transacción quedó consumada sin más palabras. Así partieron ilesos, pero con latidos a todo vapor. La invasión de adrenalina les sirvió para apresurar el camino hasta el núcleo de la vida nocturna. Durante el trayecto, se tomaron de manos y sincronizaron una avanzada hasta llegar a la calle principal. Allí se percataron, que cada uno de los negocios cardinales rebosaban de comensales que esperaban turnos por entrar.

El bullicio era efervescente más allá de la velada que la joven pareja perseguía. Continuaron caminando de manos hasta llegar a un punto en

que ambos concurren a explorar. Era un pequeño y oscuro salón llamado “El Primitivo” que se presentaba como alternativa a la erupción de público que arrojaba las tabernas principales. Al entrar al rústico salón se encontraron con varios niveles de arquitectura colonial.

Caminaron entre mesas, estrechos pasillos y desgastadas escaleras que conducían hacia áreas algo privadas de la estancia. El salón estaba poblado de plantas colgantes y se alumbraba con tenues velas capturadas en rojas copas. La pareja se apoderó de una mesa y un par de sillas apretadas entre la oscuridad y la música. Sin mucha ceremonia fueron servidos con un par de tragos que Tomás ordenó.

Desde allí comenzaron a explorar el ambiente curtido de noches de tertulias. “El Primitivo” era uno de los tantos puntos de reunión del San Juan Colonial que aglutinaba los tragos y los buenos tiempos con una dosis de conciencia patria. Para esa tarea alternaba cantautores que sacrificaban sus amanecidas gargantas y sus causas para deleites de los menos conformes.

Una joven dama llamada Paula Burgos, amenizaba la velada desde una esquina del salón sentada en una humilde silla de barra. Le acompañaba solo su desgastada guitarra, su recia voz y una tibia copa de vino. Su canto perfumaba el aire en una trova pintada de singulares manifestaciones.

“Esta canción se la protesto a quien le caiga el sayo. A los demás espero que les guste. Se llama Canción de Protesta.”

Una decena de acordes de calentamiento, y Paula se transformó en la portavoz lírica de sus ideas.

*He disparado versos
a la izquierda del corazón
podrás negar su estampa
pero nunca su convicción
etiquétalos si quieres
que yo les sirvo razón*

*Veo al humilde en la calle
y me resisto a enmudecer
el capricho de la escasez
que casa a pocos con poder
y destierra en el hambre
los que se arriesgan a nacer*

*Aquí está
otra canción de protesta
Aquí estará
para joder las mentiras
Aquí la grito
para ver si hace eco
Aquí la vivo
latiendo en mi voz*

*En edificios de cristal
lapidados en mármol
se apandillan los gabanes
resolviendo por contrato
quien vive y quien muere
a costa de sus honorarios*

*Que barato es el sufrir
y que cara es la verdad
quien se ocupa por la suerte
de los quedados atrás
dibujados serán en cifras
sin olor a humanidad*

*No pretendo sermonear
con ecos de conciencia
solo soy un fantasma
perdiendo la paciencia
en un mundo alucinado
en su propia inteligencia*

*Solo quisiera respirar
esta canción de protesta
donde el argumento duele
sin modas y sin etiqueta
y sin rendir tributo liviano
a fórmulas perfectas*

*Aquí está
otra canción de protesta
Aquí estará
para joder las mentiras
Aquí la grito
para ver si hace eco
Aquí la vivo
latiendo en mi voz*

Paula terminó con rasgados compases de cierre, mientras se oyeron tibios aplausos desde la concurrencia, que contaba con varias docenas de trasnochadores. La solista, reclamó al público para que sugirieran algún tema para ella darle vida. Sin pensarlo mucho, Tomás invocó, “Viernes”. Ese número era uno de los favoritos en tales esferas y muy a tono con el peticionario. La enérgica dama atrapó el pedido y le dio vida inmediatamente, después de cuatro acordes en tono de do.

*Boricua que trabajas,
te las buscas o te las barajas
sientes que al llegar la noche
ni tu perro te conoce*

*Cada lunes maldito
cuando el sol pega un grito
y te derriba de la cama
duele tanto otra semana*

*No divisas el instante
en que cuelgues los guantes
y renacer en la delirante
noche de este viernes*

*Que llegue el viernes
eso vamos rogando
y con el mazo dando
pa' volver a ser gente*

*Poder abrazar una cintura
y darle sogá a la locura*

*apretando una cerveza
hasta volarnos la cabeza*

*Irnos con pasaje de ida
echándole pique a la vida
y en prestados labios sentir
que no hay planes de dormir*

*Morder al mundo entero
despedirte del dinero
caerte de bruces o tirarte
y que se joda, es viernes*

Por eso....

*Que este y todos los viernes
nosotros, los Boricuas requerimos
oficialmente y ahora mismo
sea día de fiesta permanente*

Con la última estrofa la solista repartió gracias y se declaró en receso para recargar su garganta con otra copa de vino. Tomás y Eugenia, desde el apartado recoveco, se entregaron a sus privadas conversaciones que fluían entre los profundos tragos y las humeantes fumadas. Primero charlaron sobre la hija de Eugenia y sus cualidades niñas. Esto obviamente, desde la perspectiva de su propia madre.

Salió a relucir en la conversación, que la chiquilla se quedaba esa noche en casa de su abuela materna. Tomás no resistió la tentación de confesar que él había sido criado por su abuela, Doña Prudencia. Poco

después, la plática se extendió hacia la música que recién interpretaba la trovadora y la voz apasionada que ella complementaba.

Eugenia, ató el hilo del diálogo con la mención del soñador, que publicaba poemas clandestinos en los recursos de las oficinas del gobierno. Eugenia mencionó un estribillo que le gustó mucho.

“Te acuerdas de esa décima del Dreamer que comenzaba con algo de una noche de poemas y delirios. Esa que apareció el mes pasado.”

Tomás le contestó entusiasmado el comenzar de la pieza.

“Seguro que me acuerdo, se llamaba “Delirio eterno” y me la sé de memoria. Tiene un pie forzado que dice...”

*En esta noche poetiza,
cantaré al amor tan recio,
para incendiar esta vida,
como un delirio eterno.”*

Eugenia, quedó impresionada de la memoria de Tomás sobre el tema, pero no le dio mucho crédito a la aseveración de que supiera toda la pieza de memoria.

“Como va a ser que te la hayas aprendido si esa décima es larguísima.”

Al percatarse de la incredulidad de Eugenia, Tomás procedió a lucir sus dotes de evocación. Sin mucho disimulo, el poeta clandestino lo arriesgó todo. Como si fuese poseído por las voces una vez más, tomó la mano de su amiga y la sujetó suavemente sobre el tope de la pequeña

mesa. Entra la tímida luz de las velas desató un privado monólogo de versos a ojos cerrados para concentrarse en cada línea.

*He llegado a mis papeles
por mis caminos hermanos
y de ellos he admirado
de cada amor un orfebre.
Y cuando canto a querer
hambrientos de caricias
nacen mis versos sin prisa
desde yo mismo infinito
y mis locuras dedico
en esta noche poetiza.*

*Destronaré los rencores
sin señuelos y sin himnos
y sin esperar que los signos
me revelen sus pasiones.
Retaré las predicciones
aunque me tilden de necio
y venceré los sortilegios
guarnecido en un poema
y para que valga la pena
cantaré al amor tan recio.*

*Por canciones de lujuria
abriré del mundo la brecha
persiguiendo la estrella
que enardezca mi furia.*

*Y no callaré las penurias
ni esconderé mi sonrisa
y al que exija otra rima
le regalaré un racimo
de pecados prohibidos
para incendiar esta vida.*

*Acataré solo el brío
demoliendo las censuras
para desnudar la dulzura
de este arrebató mío.
Y para el corazón frío
serviré mi aliento lleno
de sangre, vino y sexo
retando mi propia esencia
a renacer en la cepa
de un delirio eterno.*

Eugenia, quedó en un silencio eléctrico mientras sujetaba la mano de su privado poeta. Por un par de segundos, Tomás dudó de su último atrevimiento y trató de evadir el giro de la conversación pidiendo una tregua a aquella faena poética. Su compañera, accedió al punto sin otros argumentos. La velada continuó en un vaivén de amenos momentos y tertulias de íntimo colorido.

Los minutos se ataron a las horas mientras los tragos se consumían mucho más impetuosamente en el vaso de Tomás. Así llegó el momento, en que sus apagadas facultades se diluyeron en profundos sorbos de “Rum Punch”. Entonces por iniciativa de Eugenia, ambos

decidieron marchar calle abajo para cerrar la velada. En la oscura senda, sus atadas manos jugaban calladas señales privadas.

La andada prosiguió entre provocativas sonrisas. Sin que ninguno de los dos pudiese reclamar quien asumía la iniciativa, la caminata fue interrumpida por un largo beso. Detrás de ese, llegó otro acompañado de más fuego. En medio de una calle, permanecieron enlazados hasta que Eugenia comenzó a desplegar formalidades.

“Tomás, no sigamos y vamos que ya es tarde. Además, tú estás un poco tomado y no quiero que sigamos en esto hasta que estemos buenos y sanos.”

Tomás no podía ni quería creer la última expresión. Trató en vano de hacer galantes acercamientos que fueron elegantemente evadidos. Entonces llegó la pregunta.

¿Qué te pasa?

A lo que Eugenia, respondió una compleja justificación, ajena al derrame de hormonas y sudores que se vertían por aquella vieja calle.

“Buenos y sanos, es decir sobrios los dos, llegaremos hasta donde ambos queramos, pero, así como ahora, suceden cosas y después quien sabe. De eso te puedo hablar yo.”

No fue necesario explicarle a Tomás el significado de los términos madre soltera ni evasión de la paternidad. Estos conceptos, le habían acompañado desde antes de su mismo nacimiento. Tomás, accedió

desarmado de argumentos y de sobriedad, no sin antes tratar de establecer su versión de los eventos venideros.

“Tú me conoces y sabes que yo llegaré hasta donde tú me digas. Por solo eso quisiera preguntarte...”

Eugenia interpuso tiernamente su mano frente a la boca de Tomás, que todavía saboreaba una mezcla del último beso y el último argumento. La joven le miró a los ojos y en un tono muy íntimo continuó.

“No, no quiero que me preguntes nada ahora, después tendremos tiempo para eso. Entonces, quizás tu vendrás donde mi o yo donde ti y me podrás expresar todo lo que quieras en una simple pregunta. Te prometo que estaré allí para contestar y decidiremos lo que mejor sea para ambos. Que no te queden dudas de que aguardo por lo que me quieras preguntar.”

La caminata y la conversación continuaron de ahí en adelante en tonos menos entusiastas. Las palabras toleradas casi sobaban y las que faltaban estaban pospuestas hasta la próxima sobriedad. Tomás permaneció serenamente caballeroso por fuera, aunque quemándose intensamente por dentro.

Al llegar al auto, el tenebroso vigía había desaparecido. En la ruta de retorno, Eugenia manejó el auto al compás de su avivada música mientras Tomás permanecía un tanto retraído por el decaimiento de su agonizante ebriedad.

En un momento dado, Eugenia pensó que Tomás se había quedado dormido, pero este la miraba de reojo calladamente. Durante el

trayecto, la joven le lucía más divina y deseada a cada instante. Así llegaron al portal de su casa antes de que nadie lo pudiese impedir. Sin bajarse del auto, ambos accedieron a un profundo beso de despedida. Tomás se quemaba por invitarla a entrar a su casa para continuar aquel último beso.

Yo no estoy seguro, pero pienso que ella hubiese accedido después de algunas trabas. Al Tomás desmontar del auto hubo menos parlamentos. Las miradas y las calladas sonrisas lo decían todo y un poco más. Allí quedó Tomás solo y estático, parado sobre el encintado de su calle. No movió un dedo mientras observaba como el auto tomaba la curva y se desaparecía en la oscuridad.

En su silencio, trataba de descifrar entre la suerte de su ebriedad y el ímpetu de sus latidos. Mientras entraba a su casa, su mente revoloteaba muy cerca de las cicatrices de aquella noche. Noche que he maldecido tantas veces.

“WAKEUP BABY”

Entonando sus primeras palabras al entrar en su habitación. El silente equipo despertó y le respondió en su mecánico diálogo, a la vez que encendía todos sus periféricos.

Baby say hello to master DREAMER

No E-mail Sended

No E-Mails Received

End of Communication Report

Waiting for Command

Antes que Tomás se pudiese dar cuenta, su instinto lo había conducido hasta sus herramientas computarizadas. Un flujo de deseos le recorría la sangre en una mezcla de alcohol no muy modesta. Eso no impidió que sus manos flotaran por el teclado y desatara su vena lírica. No hacía falta buscar el tema.

*Junto a ti mi vida
no necesito amuleto
soy un hombre completo
en una vigilia infinita
alimentado en caricias
rogando no te marches.
Quédate aquí esta noche
refugiada en mi querer
derramando pasión, mujer
en mi alcoba de sudores.*

*Mañana por la mañana
quédate aquí conmigo
como si fuese domingo
entre besos y sábanas
pospongamos la semana
hasta que el amor diga.
Me vale si espera la vida
mientras te siga amando
y en mi cama secuestrando
para siempre tus caricias.*

*Quédate aquí escondida
donde no existe el reloj
atendiendo nuestro amor
con tu corazón de niña
que se entrega y olvida
los demás y la cordura.
Vivamos para la dulzura
sin esperar por el cielo
y destilemos el anhelo
en un brindis de locura.*

El ardido hombre se preguntaba a sí mismo. ¿Por qué ella no se quedó aquella noche con él? Profería mil arrepentimientos y otras mentales excusas tratando de justificar su desaire. Olvidaba, sin embargo, que él nunca se lo llegó a pedir. Aquella noche la semblanza del poeta, de su amante y la mía misma serían otras. Por qué no le pidió que se quedara, no lo sé. Solo sé que siguió escribiendo nervioso como un enjaulado animal en celo. Celo que le abriría las ventanas a algunas de sus más bellas líneas.

*Si tuviera que invertir
tres estrofas sin color
para explicar el amor
que me humedece en ti
le restaría el vivir
para que aquí quepa.
Sería sueño en ausencia
o un te quiero callado*

*con la nostalgia a mi lado
mintiendo tu presencia.*

*Si tuviera que desnucar
mi soberbia al amarte
para la piel desgarrarte
con el éxtasis universal
que no aspiro a explicar
en esta vida o en otras.
Escondería las ropas
en nuestras aventuras
por un mundo a oscuras
y con juergas de sobra.*

*Si tuviera que disimular
las cartas de mi suerte
contra la misma muerte
mi vida contra el jamás
le apostaría sin pensar
aunque pierda la vida.
Y con gusto pagaría
con mi último respiro
por venirme contigo
en una mortal caricia.*

Continuó escribiendo otra hora más sin mirar tan siquiera el reloj. Sus desbocados sentidos y hasta la misma confusión los hacían desbordarse en versos y prosas que fluían desde muy adentro. Pronto se percató de que algo más le pedía el cuerpo en aquella noche de apetitos. La sangre

le pedía otro trago, aunque su hálito le rogaba que continuara escribiendo.

Más allá de las tres de la mañana, terminó de grabar su enardecido trajín poético en un pequeño disco magnético. Sin encomendarse a nada, tomó el disco recipiente, las llaves de su auto y una pequeña tarjeta de acceso a la oficina de ORPE. El aditamento de acceso no era específicamente su propia tarjeta sino un espécimen genérico que el mismo se había agenciado por confusos medios. Antes de salir de la casa activó su equipo de anonimato electrónico mediante su botón manual. Una secuencia conocida precedió el evento en la pantalla del computador.

**SEQUENSE INITIATED SOÑADOR
ANTI-TRACER ACTIVATED
SENDING PROGRAM & E-MAIL
TO ORPE-STAT ORBE
ANTI-TRACER ACTIVATED SENDING E-MAIL TO
FORUM(S)...
FREEDOM, POETRY, END OF FILE ORBE ANTI-TRACER
DEACTIVATED END OF COM. ORPE TO DREAMER
END OF PROCESSING**

Tomás salió de su casa a toda prisa y asegurando tan solo el portón principal. Su huida le condujo primero hasta una licorería cercana que permanecía abierta a todas horas. Allí se abasteció de una botella de un vino rojizo muy agresivo para esas horas de la noche. Su siguiente objetivo fue llegar hasta su auto que dormía en su lugar acostumbrado.

De camino, empuñó varias veces la botella y apresuró largos tragos de la pócima. Al llegar a su auto, empuñó el codo una vez más para casi rematar la botella. Insensatamente, arrojó el recipiente con tres dedos de vino a un lado de la carretera donde subsistía media docena de florecillas silvestres. Tomás, advirtió la quimera vegetal que sobrevivía desarmonizando entre la apatía urbana y el sucio tiempo.

Dificultosamente, inclinó su cuerpo hacia el brote y tomó una de las florecillas por el tallo. Sin entender el porqué, de su propia gestión, la desprendió de un jalón. Torpemente llevó el pequeño botín hasta el bolsillo de su camisa. Luego, revivió su auto con el acostumbrado comando verbal y lo abordó. Partió por su más acostumbrada ruta y no tardó quince minutos en recorrer lo que en las mañanas le ocupaba más de una hora. Al llegar a ORPE, dejó su auto en las afueras del edificio y sin disimulo alguno, trepó por el portón principal que permanecía cerrado.

Con toda calma, caminó hacia una de las puertas laterales del inmueble. Utilizando su falsa contraseña, operó la puerta para arreglar una incógnita entrada. Una vez adentro y sin encender luces, caminó directo a su cubículo que le quedaba relativamente cerca. Se sentó en su silla de labores y encendió su modesto computador. Cuando esa gestión fue completada, abrió la gaveta que servía de guarida para sus andadas clandestinas y comenzó a manipular sus aditamentos.

REIVING E-MAIL

FROM DREAMER

ORBE-STAT ANTI-TRACER ACTIVATED

SENDING E-MAIL TO FORUM(S)... FREEDOM, POETRY,

**END OF FILE END OF COM. DREAMER TO ORPE ORBE-
STAT ANTI-TRACER DEACTIVATED END OF PROCESSING**

Al terminar con la transacción, procedió a cerrar con llave su gaveta y a apagar el equipo. Sin perder más tiempo, se dirigió a un oscuro despacho que quedaba al otro lado del edificio. Allí penetró a un sencillo cubículo que acogía el escritorio de Eugenia. Su primera misión fue sacar varias flores marchitas de un pequeño florero de cristal que adornaba el tope del escritorio. En el transparente envase, colocó la pequeña florecilla, que traficaba en el bolsillo de su camisa.

Aunque la vista le fallaba debido a su evidente ebriedad y la oscuridad de la oficina, no tuvo dificultad para encender el computador. Una vez el sistema requirió la contraseña de entrada, Tomás oprimió una combinación de teclas que le permitieron activar el computador sin necesidad de identificarse como un usuario particular. Inmediatamente, tomó el disco magnético en que había grabado sus últimas letras y lo introdujo en el lector correspondiente.

Desde allí, ejecutó un simple programa que había preparado para la ocasión. Al terminar la corrida, sacó el disco de la computadora y colocó su mano sobre el interruptor de encendido. De repente, detuvo su acción al percatarse en la pantalla de un mensaje imprevisto que le enfrió la sangre.

ITRUUDER DETECTED IN SYSTEM 23657

ILEGAL ACCESS TO ORPE SYSTEM AT 3:46 A.M.

*** * * W A R N I N G * * ***

Any UNAUTHORIZED ACCESS to a government computer could result in prosecution by the State Law.

If this is an accidental situation, you must call immediately to the following number 787.889.9988.

Acto seguido, el teléfono que se encontraba en el escritorio de Eugenia comenzó a sonar. Parte de la ebriedad de Tomás se transfiguró en pánico empapado de adrenalina. A toda prisa el computador fue apagado, pero el timbre telefónico continuaba sonando insistentemente. Tomás salió corriendo del cubículo de Eugenia y se dirigió a su propio escritorio. Sus pulsaciones corrían más rápido que él, cuando arribó a su área designada.

En su nervioso desespero tomó un pequeño bolso de tela que usaba para guardar libros en su escritorio y tiró su contenido sobre el tope del mueble. En una alocada prisa, abrió la gaveta de su escritorio y recogió de ella el notorio ANTI-TRACER y parte de la cablería que le ataba. También fueron extraídas del mismo lugar una libreta de apuntes y una serie de discos magnéticos sin orden alguno. Todo fue arrojado al interior del bolso que permanecía casi vacío.

Tomás no podía admitir que hubiese caído en semejante celada. Yo tampoco me lo hubiese imaginado si hubiese sido él. Sin perder más tiempo, corrió en la oscuridad hacia la puerta lateral por donde había invadido el edificio. De igual manera, salió corriendo hasta el portón principal y comenzó a trepar bolso en mano.

Al llegar a la cima del pórtico, se lanzó hacia lado exterior en una larga caída que lo arrojó al suelo. Rápidamente, se levantó y dio una serie de pasos en dirección a su auto, cuando de repente, le tuve que gritar con mi más autoritaria voz.

“¡ALTO!!!!, POLICIA, ALTO! ¡Tire ese saco al suelo y no se mueva!”

Nuestras inquisidoras luces, le alumbraban el rostro cuando perdido en su propia adrenalina, cometió su monumental desatino. Sin pensarlo, trató de argumentar con nosotros de manera incomprensible. Yo trataba de leer sus intenciones, pero él cubría parte de su rostro con el bolso que empuñaba para evadir nuestras luces. El oficial Juncos y yo exigíamos a gritos su rendición mientras permanecíamos apuntándole en una trancada defensiva.

Entonces. aconteció el maldito instante que nunca me he podido perdonar. Mediante un movimiento ebrio y torpe introdujo su otra mano en el saco de tela a la vez que se aproximaba vacilante hacia mí. Yo le apuntaba firme al centro del pecho. Un alto más no le fue suficiente para acatarse y el desatino requirió el precio completo. Halé el funesto gatillo una sola vez. Un relámpago alumbró su pálida faz mientras su pecho se abría al inesperado destino.

De espaldas cayó al suelo en un solo movimiento de inercia. El bolso voló a más de un metro de distancia de sus manos que brillaban en la sangre que surgía a borbotones. Pensé que el solitario disparo sería suficiente para atravesar su terquedad de lado a lado. Sin embargo, su albedrío lo continuaba arrastrando hasta el bolso que yacía en el suelo. Sin acercarnos un paso más, tomamos las providencias necesarias mientras le continuamos apuntando.

Varios objetos permanecían regados, por el impacto, alrededor del herido que trataba de llegar a uno de ellos. Con mucha cautela, le permití tomar del suelo, un cuaderno que a su vez apresaba un lapicero entre sus páginas. Con manos invadidas de temblores, Tomás comenzó a escribir mientras se retorció en posición fetal. Mi compañero y yo, nos acercamos cautelosamente hasta alcanzar a patear el pequeño bolso fuera de su alcance.

Verifiqué su contenido para encontrar él más grande de mis temores. No había arma alguna. Al sangrante joven, también se le revisaron las ropas, por si ocultaba alguna sorpresa mal habida. No encontramos nada, ya que Tomás nunca había tocado un arma de fuego en su vida. Mi compañero, comenzó a aplicarle presión en la herida como medida de primera ayuda, mientras procuraba la llegada de paramédicos por su radio transmisor.

Yo estaba confundido con aquel cuadro de un moribundo tratando de escribir sobre una libreta manchada por su propia sangre fresca. Pero más estupefacto, me hallaba con la certeza de que el supuesto victimario se había convertido en mi propia víctima. Sin mirarle a la cara, me le arrimé para ver cuál era la urgencia de aquella moribunda redacción. Sin mucha dificultad, le arrebaté el cuaderno de sus manos y comencé a leer al azar, algunas de las páginas tintas en su tibia sangre.

“Es la vida una rueda entre risas, pasiones y dolor. Es una moneda de dos fases que por un lado es un beso y por el otro una lágrima. Cuando vayas a pagarle a quien le debes una lágrima, procura saldarlo con un beso. Si ese ser, parte de tu lado, siguiendo tú en su deuda, busca al desvalido y págale con la mejor cara de tu moneda.

Justicia no es arrancarte un sufrimiento por el daño que has causado a los demás. La equidad humana es más compleja que eso.

Conlleva equiparar en bien tu propio mal y curar con bondad las heridas que has infligido. Porque en ti está, créelo. Desata su poderío y espárcelo sobre ~~~s ~~~a ~ Creed en..~~~~.....

Inmediatamente, quité la vista del papel y busqué contacto visual con el herido. Este, me miraba débilmente a los ojos mientras manifestaba en voz muy tenue una serie incoherencias entrecortadas. Lo único que recuerdo es la mención de las palabras “poder” y “amor”.

Mi compañero, continuaba auxiliando al abatido joven en una causa que cada vez lucía más lejana. Los signos vitales iban desapareciendo en la misma medida en que surgían pistas sobre la identidad del agonizante. La aflicción me invadía por las circunstancias en que todo había sucedido y no pude resistir la tentación de abrir el pequeño cuaderno en otra página y continuar leyendo.

“... y he sido gótico quizás para el que me mira desde la comodidad de su imperio. Y solo he decorado las preocupaciones mundanales con mi universo de otras ventanas.

Quizás emulo a los godos, que decoraban catedrales queriendo complacer a sus propios ojos, pero alegando honrar al dios de sus tiempos. Yo solo he decorado mis sueños en los góticos detalles esculpidos en los escasos símbolos que la expresión me provee. Mi deseo, solo ha sido el plasmar un verbo libre de ataduras sociales pero florido y estilizado en su recital.

Como el que mira a una flor y puede ver a una mujer o el que mira una mujer y ve en ella a mil flores. Así he querido ser. Como el sol, que se acuesta en la tarde brindando sus majestuosos atardeceres y se despide de este hermoso lugar. Como una estirada sombra, que se pierde en la oscuridad, pero no sin antes, alcanzar su mayor extensión en el suelo que le brinda alojamiento durante cada día.

Así como los godos, estiraban rostros en sus retratos y los cuerpos en sus esculturas, buscando estilizar sus realidades hasta donde el material les ofrecía espacio. Siempre agilizados desde y hacia el cielo, hacia el crecer, hacia la eternidad de quien la necesita. Porque el fin de cada día, es el segundo más crítico y lánguido. Allí es donde desesperadamente, se alargan nuestras góticas siluetas sobre la faz de la tierra. Por eso, quisiera ser como la figura gótica, que se amplía ante el sol que la despide.

Solo eso, un Gótico Soñador, sin más pretensión que la extensión de mis propios sueños que se marchan en la tarde.”

Por curiosidad, lo miré de nuevo a la cara, pero ya su voz se había apagado. Cerré el cuaderno y lo coloqué en sus inertes manos mientras esperaba por el resto del operativo policiaco, que recién comenzaba. Tomás, fue recogido por una ambulancia aún con vida, pero dejando atrás todo un mar de evidencia.

Murió de camino al hospital, sin necesidad de confesar sus intrusiones en el mundo de la clandestinidad poética. Consigo se llevó sus mejores días, que nunca llegaron, y parte de mi sanidad anímica, que todavía hoy, persiste en ocultarse de mí mismo.

Pocos días después, los oficiales de la comisaría nos ayudaron a coordinar un unilateral caso de resistencia al arresto y agresión a la autoridad. Eso nos sirvió para evitar ser encausados por atropello de poder o quien sabe sí hasta por otros cargos.

La noticia se regó a lo largo y lo ancho de la semana, que recién comenzaba gracias a la crónica periodística que se encargó de difundir nuestro relato. Uno de los partes noticiosos más escuetos servía de desenlace a la historia oficial.

Policía ultima al Soñador

“El notorio pirata electrónico ‘Dreamer’ fue ultimado de un balazo por policías que atendían una llamada sobre un acceso ilegal en las facilidades de ORPE. Los hechos ocurrieron a eso de las 4:00 AM frente al portón principal de la Oficina Regional de Planificación Ecológica. Según la versión oficial de la policía, el joven Tomás Landa Hernández de 28 años, que había publicado ilegalmente una serie de escritos en las computadoras del gobierno bajo el seudónimo de ‘Dreamer’, fue sorprendido saliendo de las facilidades de ORPE.

Este había irrumpido en altas horas de la noche, cuando fue detectado por los mecanismos de seguridad de la agencia. Al tratar de salir del edificio, Landa resistió agresivamente a su arresto, por lo que fue herido de un balazo en el pecho por el oficial Avelino González que atendía la llamada junto al oficial Manuel Juncos. A pesar de los esfuerzos del oficial Juncos y de los paramédicos que asistieron, dicho disparo le ocasionó la muerte de camino al hospital.

Al señor Landa, quien vivía solo, en el área de Puerto Nuevo, no se le conocen familiares a los cuales notificar la trágica noticia. También se sabe que el occiso era un oficial de inspección de ORPE y que portaba una tarjeta de acceso falsificada y numerosos equipos electrónicos relacionados con la piratería de señales de microondas. En su residencia, fueron ocupadas modernas computadoras, numerosos manuscritos y demás evidencia relacionada.

Se entiende que esta persona actuó solo en sus gestiones ilegales porqué... Pase a la página 9-B para continuar...”

Sentimientos conflictivos causó la noticia en la madrugada de aquel sábado. Algunos comenzaban a cuestionar la fuerza empleada por la policía contra un hombre desarmado. Otros, se quejaban por la pérdida de una talentosa persona en gestiones de esa índole. Los simpatizantes más entregados del gobierno se manifestaron agradecidos de que este intruso hubiese desaparecido del panorama. Yo por mi parte, nunca he podido volver a ser el mismo.

Por otro lado, y a pesar de la notoriedad del asunto, el reportaje nunca alcanzó a Eugenia que trató en balde de comunicarse con Tomás durante el fin de semana. No fue hasta temprano el lunes, en que se enteró de la manera más infortunada. Al llegar a ORPE para comenzar labores, Eugenia se percató de un sinnúmero de compañeros que pululaban a las afueras de la agencia cerca del portón principal.

Después de estacionar su auto, se dirigió hacia el lugar para indagar sobre la eventualidad. Una compañera del departamento de cartografía le ofreció los detalles necesarios.

“El viernes en la noche la policía le pegó un tiro a ese muchacho del departamento de querellas, tú sabes, el bien calladito. Parece que lo cogieron saliendo de sabotear las computadoras y se puso a formarle un reperpero a los guardias. Entonces le pegaron un tiro en el pecho. El pobre se murió de camino al hospital, me da tanta pena. Tú lo conocías, se llamaba Tomás Landa, parecía buen muchacho.”

Eugenia, no recogió muchos detalles, que por lo visto eran innecesarios. La crónica la dejó más aturdida que desinformada. Insegura en su proceder y huérfana de comentarios, comenzó una lenta marcha hacia el interior de las facilidades. Su vista se perdía en la lejanía de unos recuerdos no tan distantes y un nudo en la garganta se apoderó de toda posible palabra. Al arribar a su área de trabajo le rodeaba un mutismo absoluto.

El aliento le faltaba no por fatiga, sino por el suplicio que le apretaba el pecho. Su consciente no le permitía aceptar los eventos que se le presentaban y la desarmaban en lo más íntimo de su ser. Una vez llegó a su base de trabajo, se sentó de una caída y permaneció inmutable por varios minutos. Sin deseos algunos de hacerlo, comenzó su gestión de encender el computador. El sistema le solicitó que introdujera el nombre del usuario y la contraseña.

Más bien guiada por reflejos laborales, escribió su nombre y su contraseña, que obviamente era el nombre de su hija. Poco a poco, el computador cumplió su ceremonia mañanera y desplegó el monótono menú general de opciones. Eugenia, no resolvía por donde comenzar y el dolor no le concedía fuerzas para ejercer funciones de trabajo alguna.

Su vista flotaba esquiva por su oficina buscando una bocanada de aliento que le permitiera proseguir. Al pasear su mirada sobre su escritorio, percató la presencia de una fresca flor amarilla que permanecía mirándole desde el pequeño florero cristalino. Eso fue más que suficiente, para que se le escapara una espesa lágrima que le cruzó el rostro.

Comprendiendo que no podría trabajar en semejantes condiciones, la compungida joven procedió a seleccionar la última opción del menú. Esta opción leía EXIT aunque no garantizaba alivio alguno. Sin más dilaciones, manejó el puntero hasta la opción escapista, presionó fuerte y esperó por la acostumbrada respuesta. Sin embargo, algo ocurrió que denotaba una secuencia irregular.

La pantalla se tornó lentamente en un azul tenue en vez de la imagen negra indicativa de retirada. Para abundar en la confusión de Eugenia, sus ojos presenciaron un evento de insólitas dimensiones. En oscuras letras cursivas, comenzó a revelarse un texto que viajaba lentamente de abajo hacia arriba en la pantalla, desapareciendo a su vez, por la parte superior del monitor.

Su sosegado paso, le permitió a Eugenia leer todo el mensaje, a pesar de sus desgarrados sentimientos. Una prolongada carta, le robaba su reflexión, más aún cuando Eugenia percibió que la misiva estaba dirigida a ella misma.

Querida Eugenia;

¿Cómo resumir el amor en una sola pregunta? ¿Qué palabras son necesarias para cambiar el ritmo de tus palpitaciones? ¿Cómo

podiese transfigurar un simple verso en el más apasionado de tus besos? ¿Qué caminos he de tomar para encontrarme contigo en una vigilia de ardientes deseos? ¿Por qué a veces quisiera abrazar hasta tu sombra y beber un sorbo del aroma de tu perfume que aun flota a mí alrededor cuando te has marchado?

¿Cuántas veces he de bailar con la ilusión y cuantas noches he de acostarme con el anhelo de ser la imagen que brilla en lo profundo de tus ojos? ¿Por qué no dudo un segundo en desintegrar mi más apreciado poema en permuta por el aliento de una sensual palabra brotando de tus labios? Son tantas las preguntas y uno solo es el instante que acarrea nuestra ventura. Así es. Yo pregunto y tú contestas, si te parece y cuando te parece.

Tu privilegio es el de marcar el paso y el camino, mi suerte es caminarlo con las condiciones que tus sentimientos o resentimientos provean. Solo me alberga la esperanza de que el veredicto de tu corazón sea tan dulce como la última sonrisa que leí en tu mirada. Esperanza que alimenta mi ilusión de que el azar nos acoja como viajeros que, atravesando los senderos de la piel, queden por siempre prisioneros de los escondidos silencios del placer.

Un impaciente deseo me acorrala cada vez que te miro. Un ansia de alcanzar a un ser que se ate de manos con mi espíritu, para encontrarme a mí mismo en el interior de mis distantes mundos. Al verte pienso en un romance que burle el métrico compás del tiempo y que derrote el maldito misterio del desamor con la magia de una suave caricia capaz de domar el más salvaje y carnal de mis deseos.

¿Qué pregunta pudiese inquirir, para que me ayudes a descifrar toda esta vorágine de sortilegios, que brota de mi pecho y que espera callado por el tuyo? Eugenia, quizás lo que yo quisiera preguntarte es tan sencillo que se escapa de las mansas manos que te escriben. He querido envasar el suave murmullo de mi vacilación en el interior de una colección de palabras y he intentado atrapar mi empeño entre dos questionantes símbolos que denotan un mar de dudas.

Pero, y este, es un gran pero. Pero he aquí un hombre que, provisto solo de palabras, se siente derrotar la desesperanza, la apatía, el destiempo, las circunstancias y quién sabe si hasta la mera muerte. Ese soy yo, el mismo que corto de palabras, te pintaría un sueño cerca del alma en el que puedas viajar por siempre y allí te cantarían un nuevo día de sonrisas y besos cada mañana.

Un hombre que esperanzado y decidido toca a las puertas de una mujer como tú para invitarla a recorrer un mundo de pasiones y sembrar profundamente un colorido jardín de sueños. Ese soy yo, Tomás, el que te pregunta sin tocarte ni mirarte, pero estando aún tan cerca y presente en ti, como mi alma me lo ha permitido. Y así te pregunto.

¿Eugenia, dime si eres la mujer que este pequeño soñador anhela para semejante tarea de amor?

Eugenia, requirió de otra prolongada bocanada de aire para asimilar el revelador texto que ardía en sus llorosos ojos morenos. Un temblor le embargaba desde el centro de su ser hasta todas sus temblorosas extremidades. Una de sus manos, recurrió a cubrir su boca evitando que

se le escapara un llanto de su dolida garganta mientras la otra ala trataba de manejar el teclado.

Así, y con mucha dificultad terminó de leer aquella inesperada declaración de sentimientos. Al llegar al final del escrito y sin que la pantalla pudiese avanzar más, aparecieron dos pequeños recuadros, cada uno del tamaño de una moneda. Ambos recuadros muy similares en apariencia, pero encerrando emociones opuestas, proveían un lugar para contestar la arrebatada interpelación.

La primera opción, expresaba la respuesta de afirmación, que el soñador esperaba y deseaba. *Sí, yo soy esa mujer que anhelas*. La alternativa discrepante, negaba muy parcamente la afinidad deseada en una forma libre de dolorosas justificaciones. *No, yo no soy quien anhelas*. Eugenia, fijó su vista sobre ambas opciones, mientras continuaba poseída por un dolor que le partía el pecho en una avalancha de sentimientos.

Sin despegar su izquierda de su rostro, levantó la derecha del teclado y lentamente la movió hacia la pantalla que esperaba por una réplica. Sin que le rozara duda alguna, Eugenia aproximó sus temblorosos dedos sobre una de las alternativas provistas y los posó sobre la faz luminiscente, escogiendo su selección. Un diminuto relámpago electrónico se disparó desde el toque y el monitor parpadeó un instante al asimilar la contestación.

Aun en total derrumbamiento, quedo allí sentada, estremecida y arropada por la sombra de un profundo llanto que le cerraban sus ojos a momentos. Dentro de su cubículo, le acompañaban solo sus lágrimas y el elocuente computador. Subsiguiente y sin aviso previo, comenzó una

ceremonia de incidentes en respuesta al delicado toque que había depositado sobre el cristal. Al mirar otra vez a la pantalla, percibió que la imagen del peculiar mensaje se estaba opacando acompasadamente.

Pausó su llanto, solo para ver como una total oscuridad encubría el texto como si el computador se estuviese apagando de aflicción. Eugenia, quedó perpleja por un eterno minuto de oscura y silenciosa expectativa. Entonces, la desconsolada mujer procedió a mover su mano hacia el interruptor de electricidad alimentador del ordenador que permanecía en ciega mudez. Una vez posó sus dedos sobre el botón del suministro eléctrico, presionó temblorosamente para liquidar la vital energía.

Ya casi advertía un "click" cuando sigilosamente, un pequeño punto blanco comenzó a surgir muy cerca de la esquina inferior izquierda del aparato visor. Eugenia detuvo su gestión de aplacar el sistema y prestó toda su atención al pequeño punto que se iba agrandando lánguidamente mientras se tomaba tenues tonalidades amarillas. El objeto continuó su lento desarrollo óptico, hasta convertirse en una pequeña figura del tamaño de una uña, pero fácilmente identificable sobre el negro fondo de la pantalla. Sus tristes ojos no podían dar crédito a lo visto.

Era una delicada flor, afín a un clavel y con una calidad visual muy precisa, a ratos parecía tomar vida prestada del mecánico aparato. Pocos segundos después de la aparición de la imagen, comenzaba la definición de otro pequeño punto cerca de la parte superior del visor. El punto no terminó de convertirse en clavel cuando ya habían retoñado

otros tres capullos esparcidos por la pantalla. Luego germinaron otros y poco después varias docenas más.

Cada flor, retoñaba lentamente hasta apoderarse de alguna parte del jardín que resplandecía ante el brillo de sus negras pupilas. Eugenia, no había terminado de atestiguar el florecimiento de aquel milagro cuando surgió una diminuta franja oscura que se trasladaba de derecha a izquierda en la parte inferior de la imagen.

Dentro de la franja, marchaba un pasaje de delicadas letras estilo cursivo, que a su vez desaparecían por la frontera izquierda del monitor. Ella secó temblorosamente sus lágrimas con sus manos, para tratar de leer aquella banda de pensamientos antes de que se perdiesen para siempre dentro de las fugaces fronteras del momento.

“Fuiste huésped en el mundo de mis sueños. Has caminado por mis deseos escapándote al arribo de cada sol y tus negros ojos me han alumbrado durante mis complejas divagaciones. Eugenia, eres la dama que me ha inspirado a vestirme de verso y viajar por una encumbrada prosa hasta tocar tus labios.

Para mí, eso ha sido vasto y fértil. Para ti, quisiera que fuese radiante e imperecedero. Hoy has escogido ser la mujer que anhelo para labrar un jardín de sueños. Mi alma se sonríe plena por la gentileza de tu aprecio. Con tu providencia, me has brindado la esperada oportunidad y el delicioso pretexto para empuñar un verso que luchaba cautivo en mi corazón esperando por este instante. Quisiera que lo aprecies.”

***“Aunque mis sueños se estrellen contra cada mañana
y la luz seque de raíz mis más esperanzadas ilusiones;
aunque la soledad me acorrale anacoreta en las calles
y el piadoso Ángel de la Vida me dé la espalda sin aviso;
aunque en mi último segundo rasgue el suelo con mis manos
buscando un desesperado porqué o intentando otro milagro;
aunque todos prediquen naturaleza contraria a mi credo...
insistiré en mi destino y me prenderé del último hábito de vida
para increparle al mundo lo que siempre he profesado”***

“¡Yo creo en el infinito poder del amor!”

El texto se retiró de la pantalla con el mismo ritmo en que había llegado. Terminando de leer aquello, Eugenia se entregó desconsolada al llanto. Sus quejidos se ahogaban en las paredes de su cubículo que la reservaban en su privada agonía. Decenas de sus compañeros de oficina, permanecían reclusos en sus tareas, aunque algunos perturbados por los eventos que recién se enteraban.

En un mar de emociones, trató de buscar cierta compostura, que le serviría para regresar a su casa e intentar borrar, un día que nunca debió haber sido. Procedió a apagar el computador sin mucha ceremonia. Ubicó su mano sobre el interruptor y oprimió el rojo botón. Una vez desconectado el equipo, recogió sus escasas pertenencias y tomó la pequeña flor intrusa.

Trató de limpiar su rostro de los trazos de sufrimiento que le marcaban. Ya había iniciado su marcha cuando de pronto se comenzaron a oír ruidos extraños desde los otros escritorios. Varios quejidos notificaban

que alguna irregularidad imperaba en el ambiente. Pareciera que los demás compañeros se lamentaban por algún inconveniente inesperado. La voz de alarma cundió.

“¡Se cayó el sistema!”

La compungida mujer, miró al cubículo limítrofe y atestiguó que el computador de su vecino se había apagado súbitamente. Así había sucedido con todos los terminales del área. Muchos de los usuarios golpeaban teclas desenfrenando maldiciones, mientras otros se apresuraban a buscar refugio en un café o un cigarrillo. Pocos percibieron de primera intención el milagro que comenzaba a renacer.

En cada burocrático computador, que poblaba aquella oficina y en todos los sistemas de producción que se encontraban en uso por las dependencias del gobierno en aquel lunes en la mañana, sucedía lo mismo. Muy lentamente se divisaba el alquimista truco de los claveles que retoñaban ante la vista atónita de decenas de miles de usuarios. Risas, por dioses, asombrados gemidos y comentarios de todos tipos recibían la llegada del tapiz de flores que invadía irreverentemente las pantallas en aquella hora pico de la semana.

Desde cada oficina del gobierno, cada escuela, cada corte y cada burocrático escritorio, surgió el mismo milagro. Toda labor esperaba sumida en el juego de las amarillas flores que despertaban sobre el oscuro fondo. Eugenia estaba petrificada a mitad del pasillo, enmudecida y con una mirada letárgica sobre el equipo de su adyacente.

Mientras tanto, millares de seres observaban cautivados como el inesperado silencio se convertía en un pequeño jardín de quince pulgadas diagonales que burlaba todo protocolo de labores. El despliegue ya duraba más de dos minutos cuando de pronto comenzó a distinguirse desde el centro de cada pantalla un pequeño punto rojo que sobresalía entre el amarilloso vergel.

El punto continuó creciendo hasta divisarse como una pequeña línea horizontal. Así emergió hasta que todos pudieron leer un escrito que brillaba en un intenso tono escarlata. Un simple mandato en elaborada tipografía gótica vibraba tatuado sobre una guarnición de claveles.

“Creed en el infinito poder del amor”

Auto perdón

*“El infinito poder del amor
más allá del sentido poético
de las meras palabras,
es el deber de rebuscar consciente
dentro de la esencia humana
para verter la verdad sobre el caos
y ocasionar la ineludible armonía evolutiva.”*

Después que los eventos que condujeron al desenlace del infortunado Tomás Landa me involucraran en su suerte, tuve acceso ilimitado a toda evidencia relativa al caso. Esto fue así por cortesía de la oficina de la fiscalía que nunca manifestó la menor intención de presentar cargos contra nosotros. A ese azar le puedo agregar los extensos testimonios del personal del Colegio San Sebastián y de la misma Eugenia Martínez que presencié en la comisaría.

A dichos testimonios, le siguieron mis consecuentes entrevistas con algunos de los implicados, que tropezaron con mi propia demanda de respuestas. De ese contacto con la abundante evidencia, obtuve el insumo de sus complejos escritos y copias de sus múltiples correos electrónicos. Otra de mis fuentes más relevantes fue la colección de horas de video y audio grabaciones que su computador conservaba y que destaparon muchos de los pormenores de la historia que he relatado.

Han sido numerosas las horas que he invertido en mi voraz pesquisa e incontables las notas que he tomado de sus extensos apuntes

autobiográficos. Este proceso me ha permitido atestiguar ciertos aspectos de la trayectoria de este inquieto soñador.

Durante aquella época, leí el mamotreto varias veces, además de revisar una gran cantidad de discos compactos repletos de la esencia de sus últimas andanzas. En ese insólito periodo de mi vida, me paseé por insospechados laberintos mentales e irreversiblemente cuestioné el todo más de una vez.

Sin intención de hacerlo, me fui adentrando en las profundidades de un mundo de causas sin altares, mientras me despeñaba por las impacientes venturas del raciocinio crítico. Ese duro proceso, en conjunto con la fatalidad de haber sido el verdugo ejecutor, de quien se interponía como preceptor de mi propia conciencia crítica, me afectó más allá de la frágil cordura que nos cobija. Paulatinamente, la entrega a la difusa abstracción me consumió, hasta el grado de desentenderme a ratos de la aprobada realidad.

Mis superiores, en el precinto policial, percibieron que la situación ya se había ido de mis manos, cuando me encontraron en un baño del cuartel escribiendo desesperados versos en las paredes con gotas de mi propia sangre. Inmediatamente, fui desarmado, suspendido de labores y referido a ayuda médica. Mi casa fue allanada y todo el material del caso fue retirado de mi posesión. Todo excepto lo que pude esconder aquí y allá. Una muestra de ellos toma vida en este desesperado tríptico que aquí confieso.

Durante mi estancia en esta institución psiquiátrica, fui ayudado por múltiples profesionales. Hoy les doy gracias a todos ellos. Pero fue cuando conocí la opinión del Doctor Campos, que comencé a sentirme

mejor. Después que tantas horas de terapia y conversaciones, el Doctor Campos me indicó, que mi estado requería extrovertir las vivencias que me atormentan.

Anteriormente, había tratado de comunicar mi dilema con prójimos que persistentemente me pagaron con un pedazo de ingrata soledad. No fue hasta una fría mañana de enero, en que una revelación me concedió el designio de mi propia salvación. Algo me profirió desde un lugar que no alcancé a ver y en una lejana voz que repetía, “*Escribe, Hazlo Ahora*”. Esas palabras continuaron rebotando en mi herido entendimiento por semanas, día y noche, hasta que cedí rendido.

Desde ese momento en adelante, he colmado las páginas que he podido con aquello que cargo en mis recuerdos y con la compilación de notas que no me han podido arrebatar. Así han nacido estos parcos escritos que reseñan solo dos cortas facetas de un largo sueño y que inocentemente procuran desencadenar la sombra de mi efímero error. Quizás así podré volver a ser yo mismo.

Poco he tenido que aportar a estas dos historias. Es más, lo que falta que lo que sobra en ellas. Carestía que, pese a mi insistente rastreo, se apodera del voluminoso vacío que la “*Imagen Central*” impone. Sin embargo, sigo y seguiré buscando, profundamente convencido de la existencia de una trascendental faena, escondida en los oscuros momentos de la parte inédita de la vida de Tomás Landa, El Soñador.

El mismo, que en una yunta de sangrientos papeles me entregó la fórmula de su propio perdón y la certidumbre de que solo hemos rasgado una ínfima parte de su aportación. Aportación que rinde tributo

a la inconformidad de su espíritu y que como él mismo escribió una vez, en cada uno de sus versos irradian presentes.

*“Busco futuro en un sueño
y del pasado un deleite
pero coincido en lo eterno
de este verso presente.”*

*Dibujando en las nubes
canciones y amaneceres
me malgasto en los papeles
que denuncian mis costumbres.
Y permito que perturben
a mis espejismos de dueño
los engaños y empeños
de mis cinco sentidos
y como un niño perdido
busco futuro en un sueño.*

*Y me deshago del miedo
desempolvando amores
de paralelos horizontes
y laberintos del tiempo.
En mis noches reviento
como estrella impaciente
que extravía su oriente
y entre constelaciones
soy y no soy ilusiones
y del pasado un deleite.*

*Y retumbo en la puerta
meditando en la muerte
y desde mi íntima suerte
me visita la respuesta.
Que signo, la vida esta
sazonada de misterios
donde evoco y encuentro
mi dialecto olvidado
no soy futuro o pasado
pero coincido en lo eterno*

*Y me extiendo sin temor
acariciado por siglos
del ahora siempre vivo
revolucionario en amor.
Y sin ínfulas de salvador
subrayo lo inteligente
infinito y permanente
de cada lumbre humana
que remoja en la llama
de este verso presente.*

Por eso insto y me atrevo a suplicar a cualquiera que haya atestiguado los eventos que acompañaron al gótico poeta durante su larga y oculta faceta, a que libre de miedos, narren su suerte y rescaten su fecunda obra. Desesperadamente ansío desplegar los hechos bajo la luz de las palabras que el mismo escogió para darle forma a su verdad.

De esa manera, no todo sería en vano y quizás pudiésemos comparecer ante el componente esencial del Tríptico del Soñador. Ya sea en su aliciente prosa o en su verso generoso. No me importa cómo. Pero que advenga a nosotros para vencer esta miserable culpa que me roba el juicio y que inclementemente sigue atando mis horas a las paredes de esta institución.

Desesperadamente;

Avelino González

Pabellón 12 - Cuarto 1206

Hospital Psiquiátrico de San Juan

4 de septiembre de 1989

